

70 AÑOS DE CRÓNICAS EN VENEZUELA



TOMO 2

**Curaduría
de Elvia Gómez**

**Prólogo
de Francisco
Suniaga**

**«La función de un buen periodista
es la de leer la realidad,
es decir, el buen periodista tiene que introducir
en su texto una mirada que vaya en contra
del lugar común, una mirada
que discuta el lugar absolutamente
común en el que se inscriben
muchas veces muchos textos periodísticos»**

Leila Guerriero

«Su texto tiene que demostrarme que me desea»

Roland Barthes

2
c

**Curaduría
de Elvia Gómez**

70 AÑOS DE CRÓNICAS EN VENEZUELA

TOMO 2

Prólogo de Francisco Suniaga



70 años de crónicas en Venezuela

Tomo 2

EDITOR GENERAL

Sergio Dahbar

CURADORA

Elvia Gómez

COORDINADOR EDITORIAL

Harrys Salswach

DISEÑO

Jaime Cruz

INVESTIGACIÓN DOCUMENTAL

Elvia Gómez y Nour Issa

CORRECCIÓN DE TEXTOS

Carlos González Nieto

PRODUCCIÓN

© Cyngular



AGRADECIMIENTOS

A los fotógrafos de comandos de campaña, al archivo de fotografía del Bloque de Armas, a Daniel de Armas, a Vasco Szinetar, a Guillermo Suárez, a Gabriel Osorio por el apoyo prestado.

Depósito legal: lf19020169001464

ISBN: 978-980-7212-92-2

Impreso en Gráficas Acea

Impreso en Venezuela

Printed in Venezuela



Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares de copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendido la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

ÍNDICE

Presentación PÁG. 11
por Juan Carlos Escotet Rodríguez

Prólogo PÁG. 13
por Francisco Suniaga

CRÓNICAS

La Venezuela turbulenta dio una lección a América PÁG. 25
D. F. Zavala

El movimiento copeyano despertó la nueva mística del civismo PÁG. 30

Siete minutos esperó Gallegos que 80 mil almas le aclamaran PÁG. 32

El sombrero de Larrazábal se quedó en Quíbor PÁG. 34
Javier Rodríguez

Delirante río humano se desbordó en el Zulia por Betancourt PÁG. 39

Caravana urredista llegó a un pueblo en penumbras PÁG. 41
Hernández y Moradián

Larrazábal, Caldera y Betancourt sellaron la unidad con sangre PÁG. 42

El voto femenino se reveló en sus ropas PÁG. 44
Julio Barroeta Lara

El dominó liberador de Larrazábal PÁG. 47
Felo Jiménez

Los campos petroleros amanecieron de fiesta PÁG. 49
Machado y Briceño (enviados)

Para votar un cacique guajiro recorrió 10 kilómetros a pie PÁG. 52

Cinco discursos por día con ayuda del avión y la bestia PÁG. 55

Betancourt: “Es la primera vez que he dormido bien en dos meses de ajeteo” PÁG. 59

De Maturín a Caripito la oscuridad sabotó a Leoni PÁG. 62

Votos sí, balas no PÁG. 63

El martirio del retraso irritó a los maracaiberos en las colas PÁG. 67
H. C.

“Un extranjero indeseable” vaticinó el triunfo de CAP PÁG. 70

Luis Herrera Campíns se coronó como “el campeón del retorno” PÁG. 72

Miguel Schapira

Los hijos de la democracia pidieron a Lusinchi cambiar las cosas PÁG. 76

Ángel Ciro Guerrero

La llama de la patria joven se apagó en la tarima PÁG. 82

Lucy Gómez

María Damasia de los Dolores quiso votar antes PÁG. 84

Carmen Teresa Valdez

Risas, lágrimas, comparsas y heridos por Lusinchi PÁG. 86

Felipe R. Solórzano

Las mesas esperaron inactivas por el Presidente Herrera PÁG. 87

Miyó Vestrini

Petkoff: “La campaña reafirmó mi confianza en un pueblo generoso y tolerante” PÁG. 90

Jorge Villalba

El Puma se soltó el moño en el mitin de CAP PÁG. 93

Alfredo Álvarez

La propaganda salió del exilio y la Ley Seca pasó a la reserva PÁG. 97

Álvarez Paz cerró a golpe de gaitas PÁG. 98

Alberto Morán

En el día de Caldera la abstención fue la gran olvidada PÁG. 100

Gregorio Salazar

Cuando Miraflores no fue noticia PÁG. 103

Migdalís Cañizales V.

El guardaespaldas del presidenciable en campaña PÁG. 105

Gustavo Rodríguez

19 kilómetros de cabalgata en lomos de Frijolito PÁG. 108

Roberto Giusti

Chávez: “Para que gane el sí, vengan a mí los ricos” PÁG. 112

Luis Zambrano

¡Mande, mi comandante! PÁG. 115

Gisela Rodríguez

“Ahora sí que no nos gana ni Bambarito” PÁG. 117

María Gabriela Méndez

“Yo también tengo miedo, pero no lo demuestro” PÁG. 119

Milagros Socorro

Para el revocatorio Catia amaneció de voto PÁG. 126

Ramón Navarro

El día más largo de Enrique Mendoza PÁG. 128

Rafael Osío Cabrices

A punta de diana pararon a titirimundi PÁG. 131

Mabel Sarmiento

Viaje redondo en Volkswagen rojo desde Miraflores PÁG. 133

Hernán Lugo Galicia

Desolación en el Palacio de los Cóndores PÁG. 135

Mariana Albarrán Pasini

Capriles, una estrella pop en La Fría PÁG. 137

Leonardo Padrón

La marea roja volvió a Miraflores PÁG. 142

Joseph poliszuk

La campaña de Capriles en el feudo de Chávez PÁG. 144

BBC Mundo

Maradona, el recurso final de Maduro PÁG. 146

Europapress

Un país de locos donde los que pierden bailan PÁG. 150

Yesenia Rincón Castellano

La mejor noche opositora en 17 años PÁG. 154

Luzmely Reyes

El pueblo sabe quiénes son ellos y quiénes somos nosotros PÁG. 158

Boris Muñoz

En Venezuela ha vencido la unidad PÁG. 162

Fernando Mires

PRESENTACIÓN

Juan Carlos Escotet Rodríguez

Lo que más sorprende de esta segunda entrega de *70 años de crónicas en Venezuela* es lo distinta que es, si se le compara con el primer volumen, que publicamos el pasado 2015. Estas notables diferencias entre uno y otro, en tanto que libros pertenecientes a una misma serie, son un estimulante punto de partida para reflexionar sobre las enormes posibilidades del periodismo como ejercicio profesional.

En el primer volumen la selección atendió, en lo primordial, a criterios de calidad y diversidad temática: los 49 textos que lo componen hablan de una amplia paleta de realidades. En ellos destacan el cuidado de la escritura, la plasticidad de sus contenidos, la relación que cada autor estableció con el tema de su respectiva crónica. Es una antología que habla de la considerable riqueza cultural y estilística que ha cultivado el periodismo venezolano.

Esta segunda entrega de *70 años de crónicas en Venezuela*, como ya lo señalé, responde a criterios que son, desde la primera página, llamativamente propios. La autora de la selección, la periodista Elvia Gómez, ha escogido una ruta temática y un recorrido que va desde 1946 al 2015. En una primera visión, puede decirse que los textos despliegan una travesía por la historia política de la segunda mitad del siglo XX y lo que va de este comienzo del siglo XXI. Pero esto podría ser una generalización, porque el tema específico de su curaduría son los procesos electorales, registrados desde múltiples perspectivas: la participación masiva de los ciudadanos en cada votación; las concentraciones o mítines, que han sido un signo de la mayoría de las contiendas; la aproximación al desempeño cotidiano de los candidatos, asunto siempre magnético para el interés de los reporteros y de los lectores.

La otra diferencia, quizás más sustancial, es que esta selección tiene el sello propio del reportero. En cierto modo, el libro constituye un homenaje al reportero nato: a los profesionales que han ejercido la más vital de las prácticas profesionales del periodismo, que es la de ir en búsqueda de los protagonistas de la noticia; la de asistir a los eventos ciudadanos donde la política se vuelve una realidad; la de seguir, sin intermediaciones, los hechos para luego narrarlos con precisión y atractivo a los lectores. Se trata de una selección de textos, si se me permite la expresión, cargada de personas y de la geografía nacional, donde se hace evidente el anclaje profundo que lo electoral tiene en la cultura política venezolana.

La lectura atenta de los textos resulta reveladora: muestran que en nuestro país han

estado presentes valores de convivencia, respeto por el que piensa de modo diferente, comprensión de que Venezuela es y debe ser el interés superior de toda confrontación política. La escena, narrada en una de las crónicas, donde tres candidatos presidenciales se encuentran en la sede de la Organización Nacional de Donantes de Sangre en plena campaña, para hacer su respectiva donación, es una de las páginas iluminadas de este libro, por la simbología que ese acto contiene: que hay causas públicas que están y deberían estar por encima de las parcialidades políticas.

Y es esta la cuestión a la que quiero llegar: al recordatorio de que hay proyectos y causas en la vida de las sociedades que no deberían estar expuestos a las perturbaciones que son propias de la confrontación política; que hay causas e instituciones que no deberían perder nunca su norte y el rumbo de sus acciones; que hay problemas de la sociedad venezolana que demandan de una respuesta consensuada, problemas que no tendrían que estar sometidos ni a la demagogia ni a la improvisación: políticas públicas que apunten a la solución real de los problemas.

Esto me conduce a otra conclusión: no hay actividad humana, y en ello incluyo la gestión de la política, que esté exenta de reconocer que la convivencia nos exige a todos establecer límites. Ese establecer límites del que hablo se refiere, en lo esencial, a dos cosas: en primer lugar, al ejercicio cotidiano y multiforme del respeto a los demás. La promoción de una Cultura del Respeto al Otro, he ahí un asunto al que el periodismo puede contribuir de forma determinante. En segundo lugar, la obligación que cada quien tiene de hacer las cosas bien, sea cual sea su ámbito de desempeño profesional: cuando cumplimos nuestras tareas, las cadenas generacionales, productivas, familiares y sociales funcionan de forma fluida. Empeñarse en dar lo mejor de sí mismo es una manera de rendir tributo a la convivencia de la cual somos parte. Las retribuciones de hacer las cosas bien son personales, pero también sociales.

Esta publicación viene a sumarse al caudal de libros que, por fortuna, se multiplican en Venezuela y el mundo. Aunque somos una organización especializada en servicios financieros, nuestros limitados esfuerzos editoriales siempre atienden a una premisa: que los libros que circulan bajo la marca de Banesco expandan los conocimientos sobre nuestro país y, cada vez que sea posible, contribuyan a propagar para Venezuela una cultura de la convivencia. Sé que *70 años de crónicas en Venezuela Tomo 2* se inscribe en esa premisa. Ojalá que los lectores así lo aprecien.

PRÓLOGO

Francisco Suniaga

En estas crónicas de las campañas electorales en Venezuela saltan a primera vista las notas que retratan las cualidades políticas de nuestro pueblo: su diversidad, la pasión festiva y militante con la que acompaña a sus favoritos, su sentido de lo político e incluso ese vínculo emocional, tal vez pernicioso, con el hombre y no con sus ideas. También están retratados el talante democrático, la tolerancia, la nobleza, el buen humor y, con mucha fuerza, la esperanza que ha tenido siempre este pueblo de que su voto sea el que decida su destino.

Desfilan asimismo por estas páginas –desde las elecciones para la Asamblea Constituyente de 1946 hasta las del pasado 6 de diciembre de 2015 para elegir a la actual Asamblea Nacional– los diferentes actores de la política criolla en sus momentos de victoria y derrota. Los líderes que en más de los 70 años de evolución han ido moldeando con su conducta y sus discursos la forma y el contenido de la democracia de los venezolanos. Una auténtica gesta, paciente y constante, de aquellos que a lo largo de estas décadas han luchado para mantener el sistema democrático del país en sintonía con las concepciones desarrolladas por la humanidad a lo largo de la historia. Tarea que a veces por cotidiana pierde, a la vista de los ciudadanos comunes, sus perfiles trascendentes.

Y por supuesto aparece en el primer plano y de la manera más nítida el protagonista principal de este ya largo proceso: el pueblo venezolano. Protagonismo popular orientado por una idea que ha marcado el norte de la marcha democrática de la nación desde la muerte del tirano Juan Vicente Gómez. Una idea de país nacida en las manifestaciones estudiantiles de 1928 que comenzó a concretarse con las elecciones legislativas de 1946; primera vez en su historia, para entonces de casi siglo y medio, en la que todos los ciudadanos, sin distingo alguno, concurrieron a las urnas para elegir a sus representantes a una asamblea que escribiera la primera constitución democrática de Venezuela.

Las crónicas de tono optimista que narran esas primeras elecciones libres y universales de nuestra historia no ocultan el carácter dramático del episodio histórico que se vivía. Venezuela, atrapada desde su independencia en el agujero negro de las dictaduras caudillescas y militares, no conocía la experiencia del voto democrático. La idea de que la voluntad general de la nación fuese expresada por la participación

libre de todos los ciudadanos en unos comicios, donde la opinión de cada uno, sin que obstara su sexo o su nivel de escolaridad o su religión, tenía exactamente el mismo valor, era absolutamente nueva, y como tal incierta en su desarrollo.

Rómulo Betancourt aseguraba que la noche previa a las elecciones de la Asamblea Nacional Constituyente de 1946 fue la más larga de su azarosa vida. No estaba seguro de si el pueblo venezolano iba a respaldar su propuesta de emprender el duro camino de construir un país democrático. Solo se tranquilizó, y pasó de la angustia a la euforia, cuando supo que, desde la madrugada del 27 de octubre de ese año, los hombres y mujeres de esta tierra hacían colas para elegir a sus representantes, sin que la voluntad que expresaran pudiese ser distorsionada en forma alguna.

La Asamblea Constituyente nació con el mandato de imaginar y plasmar en la primera constitución democrática una nación fundada en las mismas ideas básicas de la cultura de Occidente a la que siente pertenecer: la libertad y la democracia, con todos sus aparejos, como marco para la convivencia social. Principios que constituyen desde entonces una terca aspiración republicana que pareciera tatuada en el alma misma de la nación.

El golpe militar contra el presidente constitucional Rómulo Gallegos, el 24 de noviembre de 1948, y la dictadura militar que se instauró y subyugó a los venezolanos durante casi diez años, detuvieron la evolución del sueño democrático, pero no pudieron segarlo. La resistencia de los ciudadanos a esa dictadura costosa en muertes, prisión y exilio se dio en el contexto de la Guerra Fría y, no obstante, se libró sin perder jamás el norte: la restauración democrática. De esa resistencia a Marcos Pérez Jiménez quedó además una gran lección: el entendimiento de que la unidad de los demócratas es un requisito necesario para derrotar a una tiranía. Es historia que cuando los factores que enfrentaban al régimen, desde diversas parcelas ideológicas, asimilaron esa verdad y comenzaron a actuar en forma coordinada, la lucha democrática del pueblo venezolano ganó la masa crítica necesaria para derrocar al dictador.

El espíritu unitario y la visión de país que se forjó a lo largo de dos lustros en las trincheras democráticas se materializaron el 23 de enero de 1958 y se proyectaron por varios años sobre el sistema político de Venezuela. Las crónicas de la corta e increíblemente intensa campaña previa a las elecciones generales del 7 de diciembre de 1958 así lo reflejan. Allí se percibe de manera clara el respeto y tolerancia que debe tener toda competencia electoral entre quienes forman parte de la misma nación. Ese reconocer al adversario como un conciudadano que tan solo tiene una visión distinta en torno a los remedios necesarios para los males que pueden aquejar a la patria que se comparte, y no como un enemigo interno. Ese reconocimiento y respeto por el otro que aparece retratado, por ejemplo, en la crónica publicada en *El Nacional* titulada «Larrazábal, Caldera y Betancourt sellaron la unidad con sangre».

En esa nota se narra un acto institucional en la Organización Nacional de Donantes de Sangre en el que participaron los tres candidatos a la presidencia: Rómulo Betancourt, Rafael Caldera y Wolfgang Larrazábal. En un gesto propio de aquel momento, el último cedió a Betancourt y a Caldera, respectivamente, el turno en el derecho de palabra aludiendo a su jerarquía histórica superior. Algo impensable en la Venezuela del presente. Betancourt dijo que la presencia de todos allí tenía un doble propósito: «Primero, contribuir a esta altruista obra, y segundo, ratificar nuestro firme propósito de mantenernos dentro de un ambiente de entendimiento y de unidad, ahora y después de las elecciones».

Entendimiento y unidad que se desgastó más pronto de lo deseable, por lo que la campaña para las elecciones del primero de diciembre de 1963 tuvo un aire mucho más espeso, salpicado con episodios de violencia. No solo había terminado, como era lógico, la luna de miel por el 23 de Enero sino que además la atmósfera de convivencia política se había enrarecido por la insurrección armada de la izquierda venezolana, alentada desde la Cuba de los Castro. Por si eso no bastara, el gobierno de Betancourt debió también confrontar, a lo largo de su período, conspiraciones e intentonas militares desde la derecha. El propio Presidente fue objeto de un atentado, el único en la historia democrática, detrás del cual estaba el dictador Rafael Leónidas Trujillo. Todo ese ambiente proyectó su sombra sobre las nuevas elecciones.

La campaña electoral de 1963 se realizó bajo la amenaza permanente de sabotaje por parte de las llamadas Fuerzas Armadas de Liberación Nacional. Amenaza que se mantuvo hasta la víspera misma de la fecha fijada para votar. Esa circunstancia dejó una herencia nefasta en materia de civilidad democrática: desde entonces han sido autoridades militares, a través del Plan República, y no civiles, las encargadas de vigilar y custodiar el proceso electoral. No obstante las intimidaciones violentas de los extremistas, el pueblo venezolano de nuevo acudió en forma masiva al llamado de sus líderes democráticos y si algo resaltó en la jornada fueron las largas colas ante las mesas en todo el territorio nacional.

En lo personal, esa campaña fue para mí muy especial porque fue la primera en la que tuve conciencia de lo que significaba la pugna política. Mis percepciones infantiles estuvieron marcadas por dos circunstancias: vivir en una isla, Margarita, y ser parte de una familia urredista. En aquellos tiempos la ingenuidad de los electores aún tenía cierto volumen, pero la de los margariteños, ilusionados por la candidatura de Jóvito Villalba, alcanzaba niveles suicidas. Ignoraban que el prisma isleño distorsionaba la realidad electoral del país y estaban absolutamente convencidos, adectos incluidos, de que Jóvito iba a ser el nuevo presidente. Bastaba comparar su visita a la isla, una auténtica apoteosis, con las de los otros candidatos. Margarita era entonces el mundo y Jóvito Villalba tenía la investidura de una deidad viviente.

Ni siquiera la noticia de la inminente victoria de Raúl Leoni, llevada por un agente

viajero de una casa capitalina importadora de telas, Jaime Jiménez, en su parada anual en la sastrería de mi padre, modificó el optimismo ciego de los urredistas. Jaime era una suerte de Melquíades garcíamarquiano que traía las noticias y las novedades tecnológicas de la Venezuela que estaba más allá del mar, de la que Margarita era entonces, como ha vuelto a ser ahora, apenas una lágrima. Cuando venía, muchos se acercaban a la sastrería para informarse de lo que ocurría allende el mar. Cuando les dijo que era tal el convencimiento en el triunfo de Raúl Leoni que la gente de tierra firme llamaba «elec-leonis» a los venideros comicios, no quisieron creerle. Como cualquiera que se atreve a citar datos empíricos ante una audiencia fanatizada, Jaime Jiménez, colombiano por más señas, fue tildado de hereje y adeco encubierto.

Por esa razón, el efecto de la victoria de Acción Democrática fue devastador en el universo urredistas. No podían entender cómo el dios margariteño pudo haber caído derribado por un mortal desangelado que ni siquiera era elocuente y no emocionaba a las multitudes con su verbo. Fue esa noche del primero de diciembre de 1963 cuando por primera vez escuché la palabra «fraude», que mi padre y sus compañeros de partido repitieron durante meses, en compañía de otra palabra igualmente fea, «traición» –la que, según decían, había cometido Caracas al desviar sus votos («que eran de Jóvito», según ellos) hacia Arturo Uslar Pietri y Wolfgang Larrazábal–. La democracia era un aprendizaje que apenas comenzaba y las lecciones más duras, las que de veras enseñan, las reciben siempre los perdedores. Eso, eventualmente, los hará mejores ganadores, cuando y si les toca.

Con su holgado triunfo electoral, Acción Democrática, además de derrotar a la insurgencia guerrillera se erigió como el partido hegemón del sistema político venezolano. Quizás por esa misma circunstancia, confiada en su fuerza electoral que no se traducían en fortaleza institucional, cuatro años después, en 1967, convocó a unas elecciones primarias para definir quién sería el candidato de las generales de diciembre de 1968. Esas primarias resultaron desastrosas para el partido y, en mi modesta opinión, para la suerte de la democracia venezolana a partir de entonces.

Los competidores internos fueron Gonzalo Barrios y Luis Beltrán Prieto Figueroa. La nomenclatura adeca se decantó por el primero, pero era incuestionable que la candidatura del maestro margariteño tenía el apoyo de la mayoría de las bases del partido. El triunfo de Prieto fue claro, pero el CEN de AD, con Betancourt a la cabeza (nadie es perfecto), decidió desconocerlo y con ello decretó la división más gruesa en la historia de la organización. Prieto fundó entonces el Movimiento Electoral del Pueblo y compitió por la presidencia con su propio grupo. Copei, destinatario de lo que Betancourt alguna vez llamara «odio táctico», fue el gran beneficiario de la división y su candidato Rafael Caldera ganó las elecciones por poco más de treinta mil votos.

Según el cálculo del CEN adeco, era preferible perder el Gobierno y no entregarle el partido a Prieto y sus aliados. La jugada por poco resulta redonda porque AD recuperó parte importante de su militancia durante la campaña electoral (de hecho ganó las

elecciones legislativas, que se votaban en la misma jornada con una tarjeta pequeña), y perdió la presidencia por el margen más estrecho en elecciones algunas. Ciertamente, por una carambola inesperada y en forma relativa, la democracia también se fortaleció al materializarse el principio de la alternabilidad: por primera vez en la historia de Venezuela un presidente entregaba el poder a otro de signo ideológico distinto. Lo que echó por tierra una vieja conseja fundada en la viveza criolla: Gobierno no pierde elecciones.

Pero el daño estaba hecho, el desconocimiento del triunfo de Luis Beltrán Prieto en las primarias fue uno de esos golpes cuyos efectos se sienten *a posteriori* y tienen un poder devastador. No fue para menos, desde entonces el fraude a la Ley, el desconocimiento de la voluntad popular, el abuso de poder y el autoritarismo quedaron vivos como posibilidades dentro del sistema democrático.

Desde la oposición, AD volvió a fortalecerse y para las elecciones siguientes, hasta el último minuto, hubo en el país la expectativa de una nueva candidatura de Rómulo Betancourt. Pero el líder de AD rechazó la posibilidad de ser reelegido y abrió las puertas a un candidato cuyo arraigo popular alcanzó niveles estratosféricos: Carlos Andrés Pérez. La de 1973 marcó el inicio de las campañas carnavalescas y dispendiosas –dicen que fue en proporción la más cara de la historia–. En ella comenzó la era de las encuestas, encuestólogos y asesores electorales importados de Estados Unidos y los «jingles», y se comenzó a ensayar el bipartidismo de AD y Copei. Los Gaither, Napolitan y Reese devinieron en actores políticos y sus nombres resonaban tanto como los de los líderes políticos.

Ambas campañas fueron lucidas, pero la de CAP fue superior. El lema era atractivo para los nostálgicos del autoritarismo, que aquí siempre los ha habido: «Democracia con energía». La definición de su candidato fue consona con ese lema. A una fotografía de Lorenzo Fernández, el candidato copeyano, durmiendo en el avión, el comando adeco contrapuso una de Carlos Andrés saltando un charco. Los venezolanos conocen y recuerdan bien esa imagen que pasó a ser un hito en la historia gráfica del país.

Chelique Sarabia compuso para CAP el *jingle* «Ese hombre sí camina», que es aún hoy, más de cuatro décadas después, familiar a nuestros oídos. En otro ámbito, el de las vallas publicitarias, también fue superior el ingenio de los expertos adecos. A una sucesión de vallas en la autopista regional del centro, donde se exaltaban las condiciones de Lorenzo Fernández –estadista, profesional universitario, padre de familia–, los adecos opusieron una sola, la última, que simplemente decía: «...Pero Carlos Andrés es mejor».

En aquella campaña también fue importante el resurgimiento electoral de la izquierda a través del Movimiento al Socialismo, el partido que fundaron Pompeyo Márquez, Teodoro Petkoff y Eloy Torres. La campaña, con José Vicente Rangel, su candidato, disfrazado de José Gregorio Hernández, fue novedosa, inteligente e impecable en lo estético. No en balde entre sus creativos estaban Jacobo Borges y Pedro León Zapata. El MAS no tuvo *jingle*, tuvo un himno igual de pegajoso que compuso Mikis Theodorakis, conocido en todo el planeta por haber compuesto la música de *Zorba el griego*. El MAS quería

aparecer como el partido de la esperanza de una izquierda democrática y moderna, y vaya si entonces lo parecía.

En 1978, se acentuó el tono carnavalesco de campaña electoral anterior, pero la pugnacidad entre los principales competidores fue aún mayor. El ataque contra Luis Piñerúa, un hombre del aparato adeco, fue particularmente duro. Piñerúa, quien carecía de grado universitario, fue definido por la campaña de su adversario principal, Luis Herrera Campins, como ignorante y con carencias intelectuales que le impedían ejercer la presidencia.

Luis Herrera Campins, abogado, periodista, con fama de culto, fue definido como el hombre capaz de «arreglar esto», como rezaba su lema de campaña.

El de Luis Herrera era un rostro relativamente poco conocido para el grueso de la población, resultaba simpático y tenía un estilo peculiar. Se disfrazó de adeco guachamarón, con «safari», sombrero pelo'e guama y con un refrán popular a flor de piel. Si en aquel año electoral alguien hubiese despertado de un largo coma y hubiese visto a ambos candidatos en televisión habría creído que el adeco era Luis Herrera. Detrás de esa metamorfosis estaba un asesor gringo llamado David Garth, con vasta experiencia en campañas en Estados Unidos, conocido por sus comerciales de televisión realistas y agresivos. Detrás de Aleida Josefina y Caucagüita, «una vergüenza nacional», convertidas en íconos de la desidia gubernamental, ganó unas elecciones que parecía imposible que AD pudiera perder.

El gobierno de CAP tenía buenos números en su valoración popular y la economía, aunque ya problematizada en el plano financiero, estaba boyante. Pero Luis Piñerúa, en verdad un hombre serio, honesto e inteligente, no estaba hecho para ganar simpatías electorales. Era la corrección personificada y su lema de campaña, «Correcto». Con ello aparecía ante los venezolanos como un tipo con muy malas pulgas y una circunspección de ministro protestante que lo distanciaba de la idea de líder popular venezolano. Los adecos, *sotto voce*, decían que hacer campaña por él era como empujar un carro sin ruedas. Su amenaza de perseguir a los delincuentes y llenar de cárceles el país atemorizaba hasta al más inocente de los ciudadanos. Ni el pito que cantaba su nombre ni el alegre *jingle* que le inventó Chelique, «Con quién estás tú compañero», pudieron ayudarlo a modificar esas percepciones.

El primer año del gobierno de Luis Herrera, 1979, fue el que marcó el final de la Venezuela buena y el comienzo de la mala, según afirman el grueso de los economistas. A partir de ese año, el Palinuro venezolano cayó al agua y la nave nacional perdió el rumbo. El gobierno del presidente Herrera coronó una pésima gestión económica con una devaluación del bolívar en febrero de 1983 (el infausto «Viernes Negro»), año en que se elegía al nuevo presidente y a los diputados y senadores al Congreso de la República, que así se llamaba. La mala vibra electoral que produjo su administración resultó catastrófica para su partido en las elecciones de 1983 (y, curiosamente, también para las de 1988).

La necesidad del cambio era tan sentida que un par de años antes de las elecciones de 1983, AD ya había seleccionado a su candidato y lo había puesto en el congelador, a la espera de la oficialización de la campaña electoral, a iniciarse seis meses antes de las elecciones. Desde ese entonces, así lo reflejaron consistentemente todas las encuestas, Jaime Lusinchi tenía una considerable ventaja sobre quienquiera que fuera electo candidato copeyano. El abanderado fue Rafael Caldera, una figura histórica nacional, fundador de Copei y, por derecho, cofundador junto con Betancourt y Villalba de la democracia en Venezuela.

La ventaja de Lusinchi le permitió hacer una campaña positiva, «Dile sí a tu país», donde el «sí» se confundía con el de su nombre y permitía que la imaginación gráfica popular adeca se desbordara. Se convidaba a los jóvenes a rescatar a Venezuela y construir una «democracia social». La bonhomía del candidato hacía el resto.

Eso obligó a los copeyanos a jugar muy duro y recurrir a tácticas de dudosa corrección política. Los ataques fueron directos contra el candidato adeco. La propaganda verde resaltaba, por ejemplo, la condición de buen esposo de Rafael Caldera y, aunque no se mencionaba a Lusinchi, todos sabían de la deteriorada situación matrimonial del adeco y de la relación amorosa que mantenía con Blanca Ibáñez, su secretaria privada. Otra campaña, la más famosa, rayana en la mamadera de gallo, fue la del doble de Jaime Lusinchi. El médico adeco, era fama, jamás rehuía un escocés y en oportunidades se excedía en su consumo. Comenzó a correrse en Caracas el rumor de que a Lusinchi lo habían visto borracho y armando escándalos en el bar X, en la tasca y o el restaurant Z. Los adecos denunciaron que los copeyanos habían contratado a un doble de Jaime Lusinchi para realizar esos actos. Cuestión que, por supuesto, los copeyanos negaron y el asunto quedó para la anécdota.

El evento más importante de esa campaña fue el famoso debate entre Rafael Caldera y Lusinchi. Según aconsejan los expertos electorales, un candidato con una ventaja tan grande como la que tenía el adeco suele no debatir con su rival para evitar un *lucky punch* del rival, pero en esa oportunidad se rompió la regla. La campaña de Caldera había comenzado a girar en torno a que, como era sabido, él era el candidato más «preparado» y que Lusinchi se negaba a debatir porque era inferior intelectualmente. La experiencia de Piñerúa (quien tercamente se negó a debatir con Herrera aunque su ventaja no era tal) estaba muy reciente y los adecos se vieron forzados a aceptar el debate televisivo, el primero entre los candidatos de los dos grandes partidos. La contienda resultó tablas (ambos bandos asumieron que la habían ganado y Caldera tenía que haber ganado por *knock out* para tener opción a una remontada). Para Lusinchi, sobre quien había menores expectativas, eso fue suficiente para mantener su ventaja y galopar las elecciones. El peso del mal gobierno de Luis Herrera fue demasiado incluso para Caldera.

Hubo en esa campaña un hecho curioso del que fue actor Jóvito Villalba, el otro sobreviviente del Pacto de Puntofijo. En 1978, Villalba había apoyado a Luis Herrera Cam-

pins y, aunque URD y su líder se caracterizaron por su conducta pendular en la política criolla, había la expectativa cierta de que repitiera su apoyo a los demócrata cristianos. El inefable político margariteño apoyó a Lusinchi y esta vez tenía algo más que un argumento, se afirmaba en una razón profética. Sostuvo Villalba, con la autoridad que le daba el haber sido también fundador de la democracia, que apoyaba al candidato adeco porque la reelección, que intentaba Caldera por primera vez, tenía una trayectoria nefasta en América Latina. Era, sostenía, el inicio de la inestabilidad política y una puerta abierta a gobiernos autoritarios. Para muestra citaba los casos de Getulio Vargas y Juan Domingo Perón. El tiempo pareciera haberle dado la razón al maestro.

En 1988, Copei vino por la revancha. Esta vez el expresidente era el adeco, Carlos Andrés Pérez, «El Gocho» («pa'l ochenta y ocho»), y el debutante era el copeyano, Eduardo Fernández, autodenominado «El Tigre». Ya el maestro Villalba había muerto y no hubo quien advirtiera al país del nefasto historial de la reelección. URD, por una vez coherente, tampoco apoyó el intento reeleccionista de Pérez y lanzó la candidatura de Ismenia Villalba, primera mujer que en Venezuela se atrevió a presentarse como candidata a la presidencia.

El triunfo de Carlos Andrés Pérez se fundó en tres factores principales. El primero fue la política económica electoralista del gobierno de Lusinchi, que aumentó más allá de la imprudencia el gasto público. Y no solo se echó mano del dinero que había en el Banco Central, hasta dejar en unos pocos cientos de millones de dólares las reservas internacionales, sino que se contrajo además una deuda mil millonaria a corto plazo en la misma moneda, exceso que Oswaldo Álvarez Paz, en una memorable intervención parlamentaria, llamó «el tarjetazo». Ese dispendio generó una falsa sensación de bonanza económica que, además de su efecto electoral, hizo que Lusinchi fuese el presidente con el nivel de popularidad más alto al momento de dejar Miraflores en la historia democrática del país. Las consecuencias de esa política irresponsable son conocidas: el nuevo gobierno debió aplicar un programa de ajustes más severo que, no obstante sus bondades técnicas, generó el estallido de violencia popular del 27 de febrero de 1989. De allí en adelante, la estabilidad económica y política del país ha sido vacilante.

El otro factor en el triunfo presidencial adeco de 1988 fue el candidato. Carlos Andrés Pérez era formidable en las campañas electorales. Era carismático, incansable (arrancó su campaña con tres grandes concentraciones el mismo día), tenía entonces 65 años pero era un calco del candidato fogoso de tres lustros atrás. Caminaba con gran rapidez y saltaba charcos con igual facilidad, estaba en forma y lo demostraba. Con tan solo su saludo, agitando ambas manos en el aire comunicaba esa energía a sus seguidores. Su lema electoral, «Carlos Andrés, la fuerza de la esperanza», alimentaba la expectativa de la vuelta a los viejos buenos tiempos de su anterior gobierno.

Conscientes de esa fortaleza del candidato adeco, Eduardo Fernández buscó en el apelativo «El Tigre» una forma de acercarse a las masas. Ciertamente el alias tuvo pegada,

pero en ese afán de popularizar a Fernández, su comando de campaña cometió un error que todavía es recordado en el presente. Una noche, Eduardo Fernández y su esposa María Isabel se fueron a dormir en el rancho de unos militantes copeyanos de un barrio caraqueño. El gesto generó el efecto contrario al que se esperaba porque lució falso y demagógico.

El acierto más importante de la campaña copeyana fue el ataque que se hizo al candidato adeco por su posición, calificada de débil, en el diferendo territorial con Colombia. La propaganda verde se afincó en una declaración infortunada de Carlos Andrés Pérez al respecto y mantuvo una fuerte campaña televisiva sobre el tema. El efecto sobre las encuestas fue notorio y la ventaja de CAP disminuyó de manera preocupante para el comando adeco, que apreció la llegada del día de las elecciones, el 4 de diciembre, con el mismo alivio del boxeador que ha recibido un *knock down*. El descenso de Pérez se evidenció al contarse los votos, pues su ventaja, que siempre rondó los veinte puntos porcentuales o más, se redujo tan solo a doce. Ganó por menos de un millón de votos, seiscientos mil menos que el millón y medio que Lusinchi le había sacado de ventaja a Caldera cinco años antes.

El tercer factor del triunfo de Carlos Andrés Pérez en 1988 fue, aunque parezca mentira, el mal recuerdo en los electores del gobierno de Luis Herrera Campins, hecho que las encuestas registraban de manera consistente. Para la campaña de «El Tigre», el gobierno de Herrera tenía el peso y la connotación negativa electoral que en Venezuela, hasta la llegada de Chávez, tuvo la frase «el gobierno anterior». Ese hecho fue recogido por Pedro León Zapata en un memorable «Zapatazo». El caricaturista dibujó un animal que era mitad tigre de Bengala mitad cerdo, que identificó como «El Cochitigre» –lo primero por la gordura del presidente Herrera, siempre objeto de jocosidades entre los venezolanos–. El comando adeco, consciente del impacto de la caricatura, empapeló el país con afiches del engendro copeyano.

La campaña electoral de 1988 fue el final de una era política; serían las últimas donde el resultado estaría dominado por el bipartidismo como forma estructural de la política venezolana. Los eventos catastróficos ocurridos a lo largo del gobierno de Carlos Andrés Pérez fueron demasiado para la estructura bipartidista: los saqueos del 27 y 28 de febrero de 1989, cuyas consecuencias aún determinan las decisiones políticas venezolanas, los golpes militares del 4 de febrero y del 27 de noviembre de 1992, el juicio y encarcelamiento del presidente Carlos Andrés Pérez en 1993 y la crisis bancaria de ese mismo año. El reflejo de la crisis estructural del bipartidismo quedó demostrado con los resultados de las elecciones de 1993, en las que los cuatro principales candidatos obtuvieron entre los treinta y veinte puntos porcentuales.

El triunfador fue el expresidente Rafael Caldera al frente de una coalición de diecinueve partidos que él mismo denominó «el chiripero». Diez años después de su anterior intento reeleccionista, y después de haber dinamitado su propio partido, Caldera ascen-

dió a la presidencia de una Venezuela que ya había cambiado de manera profunda. La asimetría generacional de su elección quedó retratada en el hecho de que los otros tres competidores no habían nacido (Claudio Fermín [1950] y Andrés Velásquez [1953]), o eran muy niños (Oswaldo Álvarez Paz [1943]), cuando ya Caldera había sido candidato a la presidencia en 1947. El resultado llevó a una necesaria coalición con Acción Democrática, controlada de manera férrea por Luis Alfaro Uceró, quien, como Caldera, también tenía un largo recorrido político y con su famoso «inciso» había sido ya protagonista de la Asamblea Nacional Constituyente de 1946. Una Venezuela que tenía la mirada puesta en el cambio político y en el siglo XXI pasó a ser gobernada por dos dirigentes en edades de retiro. Con ello se perdió la posibilidad de renovar, con una carta propia, el sistema político establecido en 1958, en la quinta del mismo doctor Rafael Caldera Rodríguez.

La izquierda venezolana, que antes aglutinaba el Movimiento al Socialismo, bajo el liderazgo de Andrés Velásquez y su Causa R dio un salto electoral cualitativo y cuantitativo importante para la futura evolución de la política criolla. En primer lugar, llegaron a estar convencidos de sus posibilidades de triunfo, de hecho alegaron fraude. Y luego, obtuvieron casi el veintidós por ciento de los votos, abandonando el cinco por ciento histórico del MAS; con ello la mesa quedó servida para que Hugo Chávez dispusiera en 1998 de una base para la formación de su coalición triunfadora. Conducida por dos líderes que ya habían sido protagonistas políticos cuando el grueso de la población ni siquiera había nacido, Venezuela comenzaba a vagar por el desierto. Y en eso estamos.





»1946«

D.F. Maza Zavala

La Venezuela turbulenta dio una lección a América

Un ciudadano describe en primera persona la experiencia novedosa de elegir, por voto directo y secreto, una Asamblea Constituyente

I ESTE REDACTOR DURMIÓ INQUIETO las horas de la madrugada del día 27. Escuchaba cada hora pronunciada por el reloj, como si estuviera esperando la de su ejecución. Imaginamos que muchos electores fueron víctimas de la misma tensión. Una noche emocional para los hogares venezolanos, especialmente para las mujeres, pues se iban a enfrentar a la prueba de su primera votación.

No esperamos el amanecer en el lecho. A las cuatro de la mañana saltamos inquietos y pronto estuvimos en la calle, recibiendo en pleno rostro el aire fresco que bajaba de las colinillas cercanas. No hicimos una hazaña de madrugadores. Por las mismas calles marchaban apresuradas, friolentas, envueltas en chales y abrigos, señoras honorables, jovencitas lindas, apenas pintadas, como si la «toilette» cotidiana hubiera sido aplicada con descuido; graves hombres maduros y muchachos reidores y parlanchines que lanzaban al espacio cerrado del alba sus voces optimistas. Marchábamos por la calle con el mismo objetivo: llegar rápidamente a las mesas de votación. Algo de común había en nosotros, y, así, nos mirábamos a hurtadillas, como haciéndonos la siguiente reflexión:

—Esos van a lo mismo que yo.

Más adelante creció la desordenada procesión. Gente humilde, gente encopetada, ricos, pobres, jóvenes, viejos, hombres, mujeres en marcha hacia las mesas electorales. Bajo el cielo gris apenas hecho claro por la luz del amanecer, los pasos resonaban suaves, apagados, y las voces susurrantes y los rostros uniformes.

Los grupos solo hablaban de elecciones, de política, de votos, de colores. La intensidad política se mide por la abundancia del color. Ya casi nadie se fijaba en los cartelones de propaganda. Todo el mundo sabía muy bien lo que quería: había hecho su escogencia y ahora iba a realizarla.





Isaías Medina Angarita,
1941 circa

IA las seis de la mañana, hora señalada para la apertura de las votaciones, ya estaban formadas largas colas multicolores en los sitios fijados para las diversas mesas electorales. Las colas crecían incesantemente. Llegaban nuevas cifras a aumentar la longitud a cada segundo. Niñas frágiles como tallos de arbustos, señoras rozagantes, ancianas venerables, ancianos, jóvenes engominados, jóvenes sin gomina, serios y responsables. Por encima de las colas, en torno a ellas, por sobre la ciudad, crecía el amanecer, a pesar del cielo gris, de la ausencia de sol y de que ni a los poetas se les ocurría declamar versos.

Los estómagos vacíos y fríos no lograban influir en la alegría de los rostros, en la intención de hacer chistes, en la sana espontaneidad de expresar contento. Todo el mundo estaba satisfecho, sea cual fuera el color bajo el cual se cobijaba. Todo esto resultaba muy hermoso, muy nuevo, aun cuando otras veces, en años anteriores, habíamos votado. Pero ahora resultaba distinto, a cada lado de nosotros esperaba una mujer su turno de votación, con la cédula electoral bien apretada entre las manos entumecidas. A nuestra derecha una dama distinguida que miraba a través de unos anteojos montados al aire en oro. A nuestra izquierda una muchacha humilde, envuelta en traje barato de algodón, bostezaba y sonreía de vez en cuando. Tendimos la vista hacia toda la longitud de la cola. Constatamos esta simple relación de mujeres a hombres: tres a uno. En realidad estas han sido unas elecciones de influencia femenina.

Pasó un grupo de cuatro personas, uniformadas en blanco. Supusimos se trataba de una familia: padre, madre, dos hijas. Y alguien exclamó sin ironía, pero con gracia:

—¡He aquí una familia unida!

III Cuando nos correspondió el turno hicimos entrada al local. Unos soldados serios y graves como en Semana Santa nos registraron de pies a cabeza. Somos pacíficos y estábamos desarmados, con una sola arma sin efectos violentos: la cédula electoral. Nos identificamos. Una chica muy linda nos homenajéo al clavar nos una mirada viva de sus ojos morenos y consideramos salvado el día. Nos proveyeron de tarjetas de todo color. Pensamos brevemente en la filosofía del arco iris, en la fugacidad de estos abigarrados aspectos de la luz, en las esperanzas de los partidos políticos que se alineaban tras cada una de aquellas tarjetas pequeñas, hermosas, flexibles. Cada tarjeta un mundo de ideas. Y votamos. En el cesto de los desperdicios se amontonaban los pedazos mezclados de las tarjetas rotas. ¡Esperanzas rotas! Algunas parecían dotadas de vista y nos miraban desde el fondo de su impotencia, con dolor. Pero dentro del sobre blanco y sellado iba ya al seno de la urna el objeto de nuestra opinión. Cuando nos mancharon el meñique derecho en señal de haber votado, nos brotó la íntima paz de la conciencia. Ya podíamos levantar alta la frente hacia el sol de los libres.

Cuando en el autobús colocamos la mano derecha sobre el espaldar del asiento delantero, el vecino de la butaca se lo quedó mirando y sonreímos con satisfacción, sin ocultar la diestra. En días ordinarios nos hubiera avergonzado la mancha de tinta como un escolar

desaplicado cuando el maestro descubre su impericia al escribir. Pero en ese día y en los que le siguieron la nuestra, la de todos los que la llevábamos, era una muestra de honor republicano, de íntegra responsabilidad como ciudadanos de un país que ya sabe lo que quiere y lo que puede.

IV En las puertas de los locales de votación cumplían su deber los soldados. El fusil enhiesto, en esta ocasión, era una garantía, una demostración de seguridad. Más que hombres en armas, eran misiones que respaldaban el ejercicio de un derecho sobre cuyos hombres descansaba la seguridad de la República.

Pasaban raudos los *jeeps*, los carros militares, malos camiones de transporte de tropas. Recorrieron la ciudad desde antes del amanecer hasta que terminó el proceso electoral. Estaban en ejercicio de un mandato.

No hubo necesidad de intervenciones de la fuerza para establecer el orden. El pueblo venezolano colocado en la cima más elevada del civismo se hizo honor a sí mismo y puso en marcha la historia de nuevo. Esta nación, de fama turbulenta, de indisciplinada, de inadaptada, ha dado una lección de democracia, de responsabilidad política, de madurez ciudadana a toda la América sorprendida. Los cables vibraron cuando se transmitió la noticia porque en nuestro continente, a excepción hecha de los Estados Unidos, se tenía la costumbre de que unas elecciones normales eran aquellas en las que «solo había cuatro o cinco muertos y siete heridos». Nosotros hemos tornado anacrónica esta definición. Elecciones normales han sido las nuestras, en las que no hubo ni un muerto, ni un herido, ni un arrestado, ni un solo golpeado en toda la extensión del país.

Las Fuerzas Armadas están complacidas por no haber tenido que intervenir para restablecer el orden si hubiera sido violado. Un orden perfecto reinó a través de todo el proceso. Este es un pueblo que se ha encontrado a sí mismo, se conoce y se estima. Ya podemos estar voceando que somos pioneros de civismo en América Latina.

V Podemos afirmar que no hubo abstención electoral. Más del 98 por ciento de los inscritos votaron responsablemente. Era algo que estaba en la conciencia de todos los venezolanos. Hubo, pues, fe en el proceso, fe en la idea del sufragio. Y hoy repetimos lo que dijimos en la oportunidad del aniversario del movimiento de octubre: se ha salvado la fe.

El triunfo ha sido del que el pueblo quiso que fuera. Los votos de la Victoria, hay que reconocerlo, son votos populares. Aún hay mística en los sectores que respaldan a sus conductores. Los otros partidos han obtenido votos de acuerdo con sus fuerzas militantes y con la simpatía que inspiran. Claro está que algunos cálculos han fallado pero en la urna de votación casi siempre fallan los cálculos demasiado optimistas.

»1947«

El movimiento copeyano despertó la nueva mística del civismo [★]

Rafael Caldera movilizó en su primer cierre de campaña una larga caravana de automóviles, camiones y gente a pie entre el Panteón y la avenida México

CON CONCENTRACIONES EN LA PLAZA DE LOS CAOBOS y en el Panteón Nacional finalizó ayer su campaña electoral el candidato de Copei, Rafael Caldera. En la primera lo esperó una multitud portando estandartes y gallardetes verdes que luego lo acompañó a la plaza del Panteón. Su discurso lo pronunció desde la sede del partido Copei, radiado por las emisoras Ondas Populares y La Voz de la Patria. El candidato copeyano llegó a la Plaza de los Museos a las seis y media de la tarde en un automóvil con la capota baja, acompañado de una comitiva de automóviles. Allí, brevemente, saludó a sus militantes declarando que al mismo tiempo que estaba emocionado por el recibimiento, estaba fatigado por la gira, por lo cual se excusaba de no hablar más largo. Rápidamente, la multitud se disolvió encaminándose hacia el Panteón por la avenida México. En las puertas y balcones de algunas ricas mansiones se habían tendido paños verdes y gallardetes del mismo color. A lo largo de la avenida tres grupos nutridos gritaban al paso del candidato. Una larga comitiva de automóviles de marcas caras, camiones y gente a pie, lo siguió. Frente a la Cervecería Caracas, la comitiva del candidato copeyano se cruzó con algunos vehículos con banderas blancas que marchaban al mitin de la plaza Urdaneta. Se produjeron algunos incidentes sin importancia, se cruzaron gritos y consignas contrarias. En la esquina de Perico, un grupo de copeyanos intentó vanamente detener vehículos y grupos de miembros de Acción Democrática que se dirigían también a la plaza Urdaneta. Hubo algún altercado, se intercambiaron gritos y rápidamente se restableció el orden.

Desde la sede del partido Copei, el candidato derechista pronunció su discurso de fondo. Habló de su gira al interior de la república, de los pueblos que había visitado, de la significación de su candidatura nacida el 29 de octubre como oposición a la candidatura

[★] Sin firma

de Gallegos. Dijo que había encontrado gentes dispuestas a luchar por lo que él representaba y que el movimiento copeyano había despertado una nueva mística: la del civismo. Señaló a Copei como el partido de la oposición que había ganado mayormente la voluntad de los opositores, no obstante la existencia de otros partidos que luchan contra el régimen actual. Lo explicó diciendo que Copei significaba la sinceridad y la doctrina. Afirmó que sí lo habían oído los trabajadores petroleros y que había ido a las regiones del Zulia a pesar de todos los vaticinios de catástrofe que se habían hecho.

Dijo que al principio se había tratado de atribuirle a su candidatura un carácter simbólico. Que cuando sus enemigos se convencieron de lo contrario, se habían lanzado por el camino de la injuria.

Pasando a otro tema, presumió que en ese momento, en la plaza Urdaneta, lo estaban atacando los oradores de Acción Democrática. Se defendió de los ataques que se le habían hecho como enemigo de las conquistas sociales y negó haber sido abogado patronal. Dijo que cada vez que había defendido a un obrero, un patrono, la Ley del Trabajo le había dado la razón. Hizo una larga historia de presuntos sabotajes de que había sido objeto y trajo a colación antiguas conversaciones sostenidas con don Rómulo Gallegos en relación con la libertad del proceso electoral. Dijo que estaba desilusionado. Terminó diciendo que si se hubieran abstenido –los de Copei– de lanzar candidato presidencial hubieran dicho que su actitud abría camino a la revuelta armada, porque no tenían fe en el pueblo. Dijo habían hecho una campaña en condiciones desiguales, pero que los había acompañado la mística patriótica. Terminó pidiendo a los presentes que votaran por la tarjeta verde.

Al terminar, la multitud se disolvió en medio de un extraordinario desfile de automóviles particulares, a los cuales subieron la mayor parte de los asistentes al mitin.

EL NACIONAL, 13 de diciembre de 1947

»1947«

Siete minutos esperó Gallegos que 80 mil almas lo aclamaran[★]

En un acto en El Silencio, Acción Democrática invitó al pueblo a decidir su propio destino después de 137 años

UNA ASOMBROSA MULTITUD, calculada conservadoramente en 80 mil almas, plenó por completo la plaza Urdaneta y las calles adyacentes en El Silencio, portando millares de banderas blancas, cartelones, afiches, faroles y monigotes, en la mayor manifestación política que ha presenciado Caracas en todos sus tiempos. Este acto de clausura de la campaña electoral de Acción Democrática y de su candidato a la Presidencia de la República, Rómulo Gallegos, fue iniciado oficialmente a las 8 y 45 de la noche, pero desde las 6 y 30 minutos comenzó a concentrarse el público frente al Bloque Número 1, desde cuyos portales principales y desde una improvisada tribuna dirigieron su palabra al pueblo los dirigentes de dicho partido. Pérez Salinas expresando que dicho partido estaba fundamentalmente constituido por obreros y campesinos y que de allí su conducta consecuente frente a las reivindicaciones sociales de estos.

Recordó que durante el presente proceso electoral, reaccionarios copeyanos, utilizando métodos fascistas, asesinaron a varios obreros y campesinos en el interior de la república. Anunció que el 14 de diciembre sería el entierro de Copei.

Alberto Carnevalli afirmó que esta monstruosa concentración era la respuesta viril del pueblo caraqueño a la insolencia de los falangistas atrincherados en Copei, y concluyó diciendo que la reacción quedaría sepultada bajo una montaña de votos blancos.

Valmore Rodríguez fue breve en su intervención. Manifestó que Acción Democrática venía del pueblo e iba al pueblo. Que este escogería no depositar ni un solo voto por Copei, el que tan solo contaría con los manchados de la reacción gomecista y del sector del clero reaccionario.

Luis Lander hizo historia, recordando cómo el Libertador se había visto precisado a combatir a los frailes reaccionarios que predicaban al pueblo que alzarse contra Fernando

[★] Sin firma

VII era alzarse contra Dios. Señaló que Copei, usando una táctica ventajista, había lanzado a sacerdotes falangistas en una alocada campaña contra los partidos populares, atemorizando a los humildes con mentiras falaces como la de «perderán el cielo al no votar verde».

Lander agregó que durante toda esta campaña electoral los oradores de Acción Democrática no habían emitido un solo insulto contra el candidato adversario, y que a las intrigas de este siempre habían respondido armados de la doctrina democrática, con justas razones populares y con un programa de gobierno inspirado por el pueblo y la realidad nacional.

El poeta Andrés Eloy Blanco, tocado de boina, inició su discurso explicando que se encontraba aquejado de una gripe tenaz. Dijo que el pueblo se hallaba en un momento supremo: en la víspera de decidir sobre su propio destino, hecho que ocurría por primera vez en Venezuela después de 137 años de haberse proclamado la república. Expresó que la sensibilidad democrática de nuestro pueblo dictaba por quién se debía votar y por quién no. Y refiriéndose al Copei, manifestó que era ese el partido de la oligarquía, la misma que reclamaba la organización de un Estado corporativo. La misma gente cuyo grito «¡Caldera, Caldera, Caldera!» se asemeja mucho al de «¡Franco, Franco, Franco!».

Señaló que Caldera había repetido en veinte mítines que mientras Gallegos escribía novelas tontas él escribía un tratado de Derecho Social. Un tratado, sí, impregnado de la filosofía fascista del corporativismo.

Siete minutos estuvo esperando Rómulo Gallegos que la multitud cesara en sus gritos de aclamación para iniciar su discurso. Al presentarse en la tribuna, las exclamaciones de «¡Viva Gallegos!», «¡Abajo Copei!», «¡Gallegos sí, Caldera no!» atronaban el recinto de la gran plazoleta.

Comenzó diciendo el candidato de Acción Democrática que no podía faltar Caracas a este acto reclamado por Acción Democrática, el auténtico partido popular.

EL NACIONAL, 13 de diciembre de 1947

»1958«

Javier Rodríguez

El sombrero de Larrazábal se quedó en Quíbor

De gira por Occidente, el contralmirante recibió serenata de las universitarias merideñas y el homenaje de un niño homónimo

EN LOS RECORRIDOS ELECTORALES DE TODO CANDIDATO POLÍTICO siempre hay muchas incidencias que no se publican, por no tener importancia como noticia aunque sí la revisten desde el punto de vista humano o como simple anécdota pintoresca. Esta vez queremos salirnos de la norma y vamos a relatar algunos de esos hechos ocurridos durante la gira política por Occidente del contralmirante Wolfgang Larrazábal, a la que asistimos como enviados especiales de *El Nacional*, en compañía del reportero gráfico Pedro Garrido.

Wolfgang segundo

Ocurrió en Punto Fijo. A la puerta del Hotel Caribe, se agolpaban centenares de personas esperando que el contralmirante descendiera las escaleras desde el primer piso, donde se encontraba su habitación. Allí había gente de todas las esferas sociales, pero muy especialmente llamaba la atención una mujer de apariencia pobre que sostenía a un pequeño niño entre sus brazos. Al darse cuenta de que la mirábamos y éramos periodistas, la señora se acercó y nos dijo, señalando al hijo:

—Se llama Wolfgang. Igual que el contralmirante.

Pedimos a Garrido que tomara unas fotos, mientras ella nos mostraba la partida de nacimiento y continuaba explicando:

—Le pusimos así porque nació el 23 de enero de 1958. Su nombre completo es Wolfgang Rafael. Su padre se llama José Luna, obrero petrolero, y yo Reyes de Luna. Tenemos seis hijos más.

El segundo Wolfgang empieza a llorar pero en eso comienzan los aplausos, al aparecer en lo alto de la escalera el candidato de URD. La señora se despide y se dirige hacia Larrazábal para que este salude al niño.

«Despierta, Contra, despierta»

Tal vez la más simpática de las anécdotas ocurridas durante la gira fue la protagonizada por un grupo de jóvenes estudiantes de la Universidad de Mérida.

Al llegar al aeropuerto fue tan grande la multitud que acudió a recibir a la comitiva que las medidas preventivas que se habían tomado resultaron inútiles. Y mientras Wolfgang era conducido en un carro abierto, este reportero, conjuntamente con el compañero Rafael Villasana, buscaron refugio en un automóvil perteneciente a una familia local, que nos condujo hasta el hotel.

Allí conversando con varias de las muchachas estudiantes que venían en el carro, ellas nos manifestaron su propósito de «dar una serenata» en la madrugada al candidato presidencial. Reímos de buena gana lo que nos pareció un chiste y poco después nos fuimos a dormir.

Pero, evidentemente, no conocíamos la voluntad de las merideñas. Y poco después de la 1 y 30 de la madrugada sentimos la música junto a nuestra propia ventana. Las muchachas nos manifestaron, al asomarnos a la ventana, que deseaban conocer el lugar donde se encontraba Larrazábal.

Hasta allí las llevamos y bajo el balconcito comenzaron a cantar una parodia de las populares «Mañanitas».

–«Despierta, Contra, despierta».

Al primer intento no hubo respuesta del apartamento del contralmirante. Pero las estudiantes no se dejaron vencer. Subieron la pequeña escalerilla y junto a la propia puerta repitieron la canción. Al fin Larrazábal asomó la cabeza y saludó a las muchachas, que ni tardas ni perezosas le extendieron los libros de autógrafos y como una disculpa le dijeron: «Perdone, contralmirante, no queríamos despertarlo».

Larrazábal, sonriente, respondió enseguida:

–Sí, sí, así es...

El sombrero de la unidad

Otro incidente risueño fue el ocurrido con un sombrero de cogollo que usa Larrazábal desde su partida de Caracas.

El citado sombrero tenía bordados con letras amarillas sobre una franja de tela roja la leyenda siguiente: «El candidato de unidad». Había resistido todos los embates de la accidentada gira; se había caído varias veces de la cabeza del contralmirante ante el empuje de las multitudes, pero siempre el sombrero había vuelto al poder de su dueño.

Larrazábal, al parecer, ya le había tomado cariño al sombrero y no salía de ninguno de los hostales donde se hospedó sin cerciorarse de que no se le había perdido, pero, en Quíbor, en medio de un delirante recibimiento, el sombrero cayó de la cabeza del contralmirante y una ansiosa simpatizante se apoderó de él, sin que fuera posible a los demás miembros de la comitiva recuperarlo.





Arturo Usler Pietri y Wolfgang Larrazábal, 1958 circa

Al llegar al próximo pueblo, Larrazábal reclamó su sombrero y al tener noticias de su pérdida, se dice que «orquestó» tremendo lío. Unos afirman que el contralmirante dijo que «tenían que buscarle de todas formas su sombrero».

Al día siguiente, ante la imposibilidad de conseguir el viejo sombrero, el contralmirante se consiguió uno nuevo aunque sin el llamativo rótulo. Al saludarnos en la mañana nos dijo, señalando hacia la cabeza:

–He tenido que buscarme otro. El viejo me lo «cambiarón» por Quíbor.

Los ataques infecundos

Algunos militantes de partidos políticos parecen no comprender que la misión del periodista es informar lo que ve aunque les moleste a muchos.

Y prueba de ello fue lo que ocurrió con la transmisión radial de un partido político en el Táchira. Con tristeza, pudimos escuchar que se trató de «vendidos» a los periodistas que cubríamos la información de la gira larrazabalista, como enviados especiales de los diarios de Caracas.

Se afirmó que aumentábamos las cifras de asistentes a los actos y al margen de esa aseveración se nos acusó de encontrarnos comprados por el comando de URD.

Por supuesto que esos difamadores deben haberse sentido muy mal cuando las fotografías de los reporteros gráficos que nos acompañaban demostraron que lo único que hacíamos era cumplir honestamente con la labor informativa que se nos había encomendado.

EL NACIONAL, 4 de diciembre de 1958

»1958«

Delirante río humano se desbordó en el Zulia por Betancourt [★]

Proveniente de Trujillo, el candidato de AD cerró su campaña en Maracaibo con un mitin nocturno en la plaza Baralt

UNA INMENSA MUCHEDUMBRE que llenó las inmediaciones de La Ciega desde las 5 de la tarde de ayer recibió a las 9 y media de la noche al máximo líder del partido Acción Democrática, Rómulo Betancourt, quien procedente del distrito Bolívar vino para clausurar su campaña electoral en el estado Zulia.

Junto con el señor Betancourt llegaron el doctor Jesús Paz Galarraga, jefe del partido en el estado, y los dirigentes doctor Ángel Emiro Govea, Juan José Del Pino, Luis Vera y otros destacados miembros de la dirección adeísta, seguidos de una caravana de automóviles.

En medio de un entusiasmo desbordante que en veces obstaculizó seriamente la marcha del automóvil en que viajaba Rómulo Betancourt para dirigirse a la plaza Baralt, la muchedumbre congregada a todo lo largo del trayecto no cesó de vitorear y expresar su adhesión absoluta al candidato presidencial de AD.

Aproximadamente a las 10 de la noche subió a la tarima situada en la plaza Baralt el señor Betancourt, siendo aclamado por una multitud extraordinaria, la cual se aprestó a escuchar las palabras del líder.

Antes de iniciar su discurso el máximo líder de AD le precedieron en el uso de la palabra los dirigentes adeístas Ismael Ordaz y doctor Ángel Emiro Govea, como también el rector de la Universidad del Zulia, doctor Antonio Borjas Romero, candidato independiente de Acción Democrática para el Congreso Nacional.

En Cabimas

La más impresionante concentración popular que se haya realizado jamás en Cabimas se vio ayer cuando masas compactas de trabajadores petroleros, campesinos, hombres y mu-

[★] Sin firma

jeros de todos los sectores sociales del pueblo, ocuparon enormes extensiones de las calles y avenidas –especialmente de la principal– que convergen en la plaza Bolívar, para recibir al candidato presidencial de Acción Democrática, Rómulo Betancourt.

El gran río humano que se había formado desde muy tempranas horas de la tarde se desbordó en delirantes y atronadores aplausos cuando el líder de Acción Democrática hizo su entrada a la población de Cabimas, y se prolongaron hasta que Betancourt subiera a la tribuna, donde habló luego por espacio de una hora al pueblo de la zona petrolera.

Betancourt llegó a Cabimas acompañado de una inmensa caravana de automóviles, que en honor al líder acciondemocratista se había trasladado en horas de la mañana a Carvajal para darle la bienvenida. Betancourt fue esperado por grandes multitudes conglomeradas en las poblaciones intermedias, especialmente Lagunillas y Bachaquero. Betancourt hacía parar su automóvil y en cada ocasión les explicó a las gentes que muy a su pesar no podía detenerse.

PANORAMA, 5 de diciembre de 1958

»1958«

Hernández y Moradián

Caravana urredista llegó a un pueblo en penumbras

Jóvito Villalba hace campaña por Larrazábal en Cariaco

UNA CARAVANA URREDISTA encabezada por el Dr. Jóvito Villalba llegó a esta población a eso de las siete de la noche.

El pueblo estaba completamente a oscuras, sin embargo una multitud se concentró en la plaza principal para oír al doctor Villalba.

Para comenzar el mitin hubo necesidad de encender lámparas de gasolina, mientras los vehículos iluminaban con sus faros por los cuatro costados de la plaza. Inés de Moya inició el acto con un recuento político de los últimos nueve meses.

El segundo orador fue el dirigente juvenil Ramón Delgado y luego habló el profesor Dionisio López Orihuela. Villalba agradeció las manifestaciones y dijo: «Yo aquí no me siento orador, no soy el tribuno que ustedes aclaman, porque ante tanta miseria que he visto por las calles de este pueblo, que no tiene luz, que le falta agua, escuelas, trabajo, dispensarios, las palabras sobran. Aquí me siento luchador, porque la palabra no puede ser un instrumento de lucha. Siento ante este triste panorama mi rebelde condición de luchador. Nutridos aplausos interrumpieron las palabras de Villalba. Después habló sobre la candidatura del contralmirante Larrazábal.

EL NACIONAL, 5 de diciembre de 1958

»1958«

Larrazábal, Caldera y Betancourt sellaron la unidad con sangre [★]

En la Junta de Beneficencia, donde atendieron la invitación para una campaña humanitaria, se descubrió que los tres candidatos comparten el factor A+

EN UN SENCILLO ACTO efectuado ayer en la Organización Nacional de Donantes de Sangre, los tres candidatos presidenciales donaron su sangre como contribución a la campaña humanitaria que se está desarrollando en todo el país.

El primero en llegar a la ONDS fue el líder de Acción Democrática, Rómulo Betancourt. Minutos después hizo su aparición el doctor Rafael Caldera, candidato de Copei, que fue recibido por un grupo de partidarios en la puerta, y por último llegó el contralmirante Wolfgang Larrazábal, que también fue aplaudido por las personas que se encontraban en la calle y el interior del local.

Después de un caluroso saludo de los tres candidatos, estos pasaron a inscribirse en el libro de registro de donantes de sangre y a continuación pasaron a las mesas donde se procedió a la donación de Betancourt y Caldera, ya que Larrazábal se encontraba indispuesto y con un estado febril.

Una vez efectuada la donación, los candidatos pasaron a un departamento del fondo del local donde hizo uso de la palabra el doctor Miguel Rustra, presidente de la Junta de Beneficencia, quien manifestó que allí se encontraban unidos los tres colores, el amarillo, el blanco y el verde, con el solo objetivo de salvar una vida.

Por su parte, el doctor González Nava, hablando a nombre de la Cruz Roja Venezolana, agradeció el gesto generoso y expresó que este sería un ejemplo para todo el pueblo de Venezuela, que debe colaborar cada vez más con la humanitaria empresa.

Siguió en el uso de la palabra el presidente de la Organización Nacional de Donantes de Sangre, Abraham E. Salas, que se mostró muy entusiasmado por la presencia de los tres candidatos presidenciales.

—No hay nada más bello que sean ustedes los que den el ejemplo —aseguró.

Terminadas las palabras del doctor Salas, los dirigentes del Banco de Sangre pidieron a los candidatos presidenciales que hablaran. El contralmirante Larrazábal, dirigiéndose a Rómulo Betancourt, expresó:

–Por jerarquía, le corresponde a usted primero.

Betancourt dijo que interpretaba los sentimientos de Larrazábal y Caldera al decirles que esta presencia allí tenía un doble significado:

–Primero, contribuir a esta altruista obra, y segundo –continuó–, ratificar nuestro firme propósito de mantenernos dentro de un ambiente de entendimiento y de unidad, ahora y después de las elecciones.

Al terminar su intervención Betancourt, Larrazábal volvió a hablar:

–Ahora le toca al Dr. Caldera, no solo por jerarquía sino por el orden alfabético.

Todos rieron el chiste y el Dr. Rafael Caldera comenzó a decir que tanto él como Larrazábal se adherían a las manifestaciones del candidato de AD e hizo votos por el sostenimiento de esa unidad.

El último en hacer uso de la palabra fue el candidato de URD, PCV y MENI, Wolfgang Larrazábal.

Con cara sonriente el contralmirante afirmó:

–Cuando nos disponemos a dar una gota de sangre para una causa tan noble, sentimos una gran emoción. Esto es porque dar una gota de sangre es estar sentando bases para el futuro de Venezuela.

Y finalizó:

–Me enorgullece que, después de la campaña política, nos encontremos aquí, todos los candidatos, en un ambiente de fraternidad.

Terminado el acto, Larrazábal, Caldera y Betancourt charlaron durante un largo rato sobre las incidencias de la pasada gira electoral.

El mismo tipo de sangre

Poco después, y tras retirarse los candidatos presidenciales, el reportero aprovechó para averiguar sobre el tipo de sangre de cada uno de ellos. Un funcionario del Banco de Sangre, señor Terry J. León, dijo que el examen de laboratorio había revelado –suerte de coincidencia– el mismo tipo de sangre en Larrazábal, Caldera y Betancourt. «Esto parece ser una ratificación más de la unidad», dijo.

–¿Qué tipo de sangre poseen?

–Pertenecen al grupo A factor RH positivo. Es un tipo raro, porque no es universal.

Terry terminó diciendo que cada candidato había donado 300 centímetros cúbicos de sangre. Y que Larrazábal, a pesar de no haber donado en esta ocasión, ya tenía una reserva en la ONDS.

»1958«

Julio Barroeta Lara

El voto femenino se reveló en sus ropas

Por la profusión de colores en los vestidos, faldas y cotas, un altísimo porcentaje de los votos de las mujeres podía ser deducido en las calles de Caracas

CARACAS ESTUVO AYER MECIDA POR UNA CALMA TOTAL. Desde la madrugada, envueltos en el clima fresco, un tanto frío de diciembre, los ciudadanos fueron a buscar sitio en las filas electorales. Muchos no habían probado ni café. Nunca se había visto tanta profusión de colores en los vestidos de las mujeres. Un altísimo porcentaje de los votos ya podía ser deducido por las faldas o cotas que portaban: rojo como para capear toros, blanco inconfundible hasta los zarcillos, verde que abre caminos como la luz del semáforo, amarillo como un jirón de bandera.

Fueron, pues, las mujeres quienes con mayor orgullo mostraban el color de su partido. En los hombres una que otra camisa, o una discreta corbata, tibiamente apenas revelaban el secreto del voto.

Y así tranquilas, con muy pocos relieves para la crónica del periodista, la Caracas jacarandosa enmudeció para escoger con un mudo gesto de su espíritu a quienes habrán de gobernarle y a quienes habrán de dar las leyes que necesita, como un traje nuevo, la democracia estrenada el 23 de enero.

Una gran emoción trocada en ocasiones por nerviosismo mantuvo embargados a los votantes.

Muchos era la primera vez que iban a unas elecciones, como la señora Ana Cecilia de Rojas, de 21 años, quien depositó su voto en la Escuela Francisco Pimentel. Si para muchos el triunfo de sus colores era, por ejemplo el ver a los suyos ir al Gobierno, para ella sus aspiraciones quedaban resumidas en estas palabras: «Que aumenten las escuelas para que mis pequeños puedan ser personas útiles».

Allí mismo, una señora de 80 años, Aura María Castro, unía su voto a una especie de plegaria: «Muy contenta estoy de votar. Con el favor de Dios espero un cambio muy bello».

Todas estas aspiraciones que no han de quedar truncas, y muchas más de igual noble-

za, fueron las que movieron al electorado. No importa que cada cual se haya sentido defraudado al no ver una gran cosecha de tarjetas para su partido. Lo importante viene a ser lo que dijo monseñor Arias Blanco, Arzobispo de Caracas, después de votar: «Este debe ser el único sistema para que en el futuro suban en nuestro país nuevos gobiernos».

En ninguna de las elecciones anteriores pudo verse un electorado más callado ni más nervioso. Fueron muchísimos los casos de personas que echaron las tarjetas con el sobre de votar en la caja de los desechos. Y no campesinos, sino gentes cultas, habituadas, incluso a estos trajines. Otros no acertaban a meter el dedo en el pequeño tintero. Los hubo que se devolvían del biombo con todas las tarjetas en la mano. (La verdad es que detrás del biombo cada cual se siente como si estuviera en un confesionario.)

Las colas electorales comenzaron a granear en horas del mediodía. Curioso resultaba que las damas que llevaban suéteres de lana con los colores de su partido sudaban bajo el sol, pero no se desprendían de ellos. Una decía, no sin cierta ingenuidad: «Caramba, esta Caracas sí se ha vuelto calurosa». En el reloj de Santa Teresa sonaba la una de la tarde.

Una de las cosas más pintorescas que pudieron verse en relación a «insinuación electoral» fue una dama que llegó a una mesa de la Escuela Francisco Pimentel con las uñas cuidadosamente pintadas con el color de Copei. Todos rieron. Especialmente las muchachas que hacían filas con zarcillos rojos, collares amarillos, faldas o cotas blancas.

Era evidente que la dama podría perder las elecciones; pero les ganaba en imaginación.

Pero si el día transcurrió lleno de anécdotas y de sano humorismo, nada fue tan espectacular como el escrutinio. Primero, miembros de las mesas que consideraban que a las cuatro sería el cierre tuvieron que esperar hasta casi las seis, debido a instrucciones del Consejo Supremo Electoral.

El curioso acto, uno de los más impresionantes rituales que pueden ser vistos en la vida moderna, se inició de esta manera:

–Pueden empezar ya –dijo alguien que llegó apresuradamente.

–No, señor, ¿y la disposición del Consejo Supremo Electoral?

–Precisamente ordena el consejo que se inicie el escrutinio, porque está lloviendo.

–¿Acaso que esto es casabe? –comentó uno por lo bajo.

Todos los presentes, funcionarios y testigos, veían la urna con algo de escolares que contemplan una piñata: ¿qué tendría adentro?

Alguien dijo que comenzarían. Para ello ahuecó la voz. Todos se pusieron muy graves y comenzaron a ajustarse los botones de la chaqueta. La urna fue puesta en el centro de la mesa:

–Únicamente el presidente de la mesa puede tocarla –señaló otro de los funcionarios, mientras con las manos insinuaba un prudente retiro.

El presidente de la mesa, reposadamente, adoptó una actitud sacerdotal. Rasgó con una navaja la cinta y abrió la caja del susto. Fue tomando sobre por sobre, prácticamente

con la punta de los dedos mientras decía con tono de quien hurga frente a un público su pumpá de adivino:

–Vean ustedes que tomo solo uno.

El conteo de las tarjetas fue cosa de quien maneja explosivos:

–Que nadie las toque, solo el presidente –insinuó un joven imperiosamente legalista.

Creo que así, como más o menos, ha debido ser en todas partes. Es verdad que los escrutinios tardaron un tanto; pero cada ciudadano, de cualquier partido, de cualquier simpatía, puede estar seguro de que aquel exceso de celo que convirtió en ceremonioso el conteo de los votos no es otra cosa que la certeza que cada funcionario tenía de que estaba tocando el máspreciado de los tesoros: la voluntad popular.

Cuando nos retirábamos alguien nos contó:

–Durante el plebiscito (lo nombramos acá, con el perdón de las damas, los caballeros que nos leen), durante el plebiscito, repetimos, le ocurrió a mi hija que al llegar a la mesa vio que un agente de policía se ocupaba de decir a quienes llegaban: «Tome usted todas las tarjetas y meta esta –que era naturalmente la de Vallenilla Lanz– y la introduce así...».

Es decir que el policía, muy gentil, las metía por el elector. Después agregaba: «Ve usted: así no tiene ningún trabajo...».

EL NACIONAL, 8 de diciembre de 1958

»1958«

Felo Jiménez

El dominó liberador de Larrazábal

Por primera vez en nueve meses, el contralmirante durmió hasta las diez de la mañana. Cuando despertó, ya su esposa había regresado de votar

EL CONTRALMIRANTE (D) WOLFGANG LARRAZÁBAL UGUETO, candidato a la Presidencia de la República por el partido URD, con el apoyo del PCV y la agrupación MENI, estuvo durmiendo ayer hasta las 10 de la mañana. Cuando despertó, ya su esposa había regresado de votar. Larrazábal se rasuró, tomó un baño y salió a la sala, donde fue saludado por el periodista. Vestía pantalón de dril, color crema; camisa marrón a cuadros y zapatos del mismo color.

—¿Se acostó tarde, contralmirante?

—Como todas estas últimas noches —respondió—. Todavía me siento cansado por el trajín de esta rapidísima campaña que debí realizar.

Lucía más delgado Wolfgang Larrazábal. En el antebrazo derecho, muy cerca de la muñeca, la huella de una de las últimas manifestaciones que lo recibieron en el interior: un rasguño de unos cinco centímetros de extensión, sobre el cual tuvo que aplicarse una tira de esparadrapo pues se le infectó. De seguidas él mismo revelaría:

—Creo que perdí unas seis libras en los últimos días.

—¿El rasguño dónde fue?

—No recuerdo con exactitud. Creo que en Barlovento o Curiepe.

Wolfgang Larrazábal abandonó la sala y se fue al comedor para tomar un desayuno ligero; pan tostado, mermelada, mantequilla, leche y café.

Un día distinto

El contralmirante Larrazábal pasó ayer un día completamente distinto a los que ha vivido desde el pasado 23 de enero cuando fue designado presidente de la Junta de Gobierno. No fue el levantarse temprano para atender los problemas del Estado, como lo hizo durante más de nueve meses; tampoco los apresurados viajes de un lado a otro de la república

para caer en brazos de las multitudes, como ocurrió en los últimos veinte días.

El de ayer fue un día de descanso, de verdadera tranquilidad y esparcimiento. A las 10:30 am terminó el desayuno y diez minutos más tarde recibió la visita del senador Eugenio Lascurain y su esposa, Blanca de Lascurain, quienes previamente habían convenido en ir a buscar a la familia Larrazábal para trasladarse a las afueras de Caracas.

–¿A dónde irán?

–Es una invitación que nos hizo Don Guillermo Villasmil a su finca en Petare –dijo la señora Mercedes de Larrazábal.

A Wolfgang y su esposa los acompañaron los pequeños Elluz y Fernando. Enid, la mayor, no pudo ir por encontrarse colaborando en una mesa electoral. El candidato presidencial pasó la mayor parte del día en Petare, pues su regreso ocurrió faltando cinco minutos para las seis de la tarde.

En Petare estuvieron con el grupo el señor Guillermo Villasmil, el capitán de fragata José Vicente Azopardo y su esposa, Aura Aular de Azopardo; el señor Juan Ramón Hernández y su esposa Mercedes de Hernández. Los hombres jugaron dominó; las damas se entretuvieron con el juego de canasta. En ambos grupos se conversó sobre diversos temas sin que ninguno llegara a caer en el plano de la política.

Los asistentes a la reunión se sentaron a la mesa sobre las cuatro de la tarde. Se sirvió un sancocho de gallina, carne a la parrilla, arroz, dulce y leche. El contralmirante comió con apetito lo mismo que su señora. Luego de concluido el almuerzo, las frases de despedida y el retorno a la urbanización Santa Mónica. La llegada de los Larrazábal a la casa se produjo bajo lluvia. Wolfgang fue el primero en entrar a la casa; después la señora Mercedes y los niños cubriéndose con sombrillas. En aquel momento los amigos de la casa seguían con atención, frente al radio-picot, los resultados de los escrutinios. Larrazábal saludó y se detuvo un instante a tratar de arreglar el ruido del aparato.

–¡Almirante, estamos barriendo en Caracas! –dijo alguien en la sala. Wolfgang dejó el radio y se fue directo a sus habitaciones.

–¿Subirá luego? –preguntamos a la esposa.

–No creo. Dijo que hoy es su día de descanso.

En efecto, el contralmirante se había agotado por el intenso trabajo de los últimos veinte días. Y quería reposar a gusto. Como no lo hacía desde el pasado 23 de enero, cuando acaparó el primer plano de la política nacional.

EL NACIONAL, 8 de diciembre de 1958

»1958«

Machado y Briceño (enviados)

Los campos petroleros amanecieron de fiesta

Una anciana se baja de un destartalado autobús, viene de un pueblo distante a 56 kilómetros. En 1958 los habitantes de toda la zona petrolera del Zulia concurrieron casi por unanimidad a las urnas

DESDE LOS MÁS APARTADOS RINCONES, campesinos, trabajadores petroleros, utilizando los más variados sistemas de transporte, desde el fiel jumento hasta el moderno avión, los habitantes de la zona del distrito Bolívar cumplieron ayer por tercera vez en la historia del país el deber de votar bajo un sistema democrático para elegir presidente constitucional de la república.

Alrededor de 65 mil personas de las 79 mil inscritas depositaron el sobre conteniendo su manera de pensar sobre cómo ha de estar constituido el próximo Congreso, los cuerpos deliberantes consiguientes y quién debe ser, en concepto de cada cual, el primer magistrado de la república.

Desde las 5 de la mañana, las casas de los campos petroleros se vieron abiertas, como un día de fiesta.

Cada jefe de familia y los suyos con edad para hacerlo abandonaron momentáneamente el hogar para testimoniar su fe en los destinos del país y el gobierno que habrá de erradicar para siempre el golpismo civil o militar.

A 56 kilómetros a votar

Una anciana se baja de un destartalado autobús. Viene de un pueblo distante a 56 kilómetros. De allí salió a las 3 de la mañana y los presentes hacen una cortesía, abandonando el derecho de cola dejándola pasar. La anciana cumple muy bien su deber y el voto lo deposita. Alguien guasón le pregunta por quién ha votado.

—El voto es secreto —contesta la simpática anciana.

Y casos así se ven, como aislados, por todo el conglomerado petrolero. Las escuelas y concentraciones no son suficientes para dar cabida a las mesas electorales. Por ello, en los

campos, las compañías petroleras facilitan locales. Y así, entre el enrejado que cerca a los habitantes del campo residencial, votan los petroleros.

Los ciegos, que abundan sobre todo en el municipio Santa Rita, acudieron con algunos de los suyos a las mesas de votación. Una simpática anécdota puede referirse. Llegan dos ancianos –Lorenzo Sandra y Saturnino Luzardo, ambos ciegos– y piden sus tarjetas. Uno de ellos es ayudado por su hijo, que luego se supo era de ideas contrarias políticamente. Y cuando quiso indicarle cómo escoger las tarjetas, la reacción del viejo fue excelente: «No, no, ¡déjame a mí solo, que yo sé muy bien lo que hago!».

La carretera «H»

A lo largo de una empetrolizada carretera que tiene por nombre una sola letra, «H», se ubica la mesa que más electores inscribió: casi 5 mil. Y se subdivide la mesa en muchas adicionales, para poder permitir a tal cantidad de ciudadanos cumplir con su deber. Es digno de ver cómo a los lados de la larga vía se han multiplicado las viviendas de los que no tienen casas adjudicadas por las compañías. Sin embargo, fue una de las que más rápido terminó su trabajo.

«El Zamuro»

El nombre del buitre venezolano tiene una población del municipio capital del distrito Bolívar. Apenas eran las 4,15 cuando ya los integrantes de la mesa presentaron su urna; su escrutinio ya estaba de primero, con lo que terminaban sus labores. El resultado trajo alegría a un grupo de un determinado partido. Los miembros habían cumplido a cabalidad sus labores y los 59 electos que componían la mesa acudieron desde una extensión de casi una hectárea a la redonda para la jornada cívica.

Ejemplo sin igual

Tal vez sea el distrito Bolívar y la zona petrolera del Zulia la que siempre ha sido tenida como más peligrosa, porque ha sido baluarte y exponente cuando de dar el frente a la tiranía se trata. Y lo dejó ver ayer cuando, por el contrario, hizo gala de un civismo único al no registrarse ni el más leve herido durante el día de los comicios. De barriadas pobres, ricas, de fundos campesinos, de campos petroleros, todos depositaron su papeleta, y bajo la mira protectora de las Fuerzas Armadas, prestas a defender la soberanía, se desarrolló el proceso en una calma casi inaudita. Fue un ejemplo de cómo un pueblo pacífico puede tornarse, cuando el caso lo requiera, en el más agresivo y hostil, cuando de defender su soberanía se trata.

Votó casi el 98 por ciento

Los inscritos para votar en todo el distrito Bolívar fueron 79.967, repartidos así: municipio Cabimas: 41.914; Lagunillas: 32.406, y Santa Rita: 5.647. Y ya entrada la noche, computando los inscritos con los votantes, se llegaba a la conclusión de que quizás sea el distrito Bolívar la zona que tenga el mayor porcentaje en cuanto a sus votantes. Se calcula que unos 74 mil habitantes consignaron sus votos en las mesas ayer.

Desde las 4 de la tarde, se aglomeraban frente al Palacio Municipal los habitantes para escuchar los primeros resultados.

La Junta Electoral Distrital Principal estuvo en todo momento, desde el sábado en la noche, trabajando para que todo saliera a la perfección. Intervino en más de un centenar de casos, resueltos satisfactoriamente. Hubo personas que equivocaban las instrucciones, metiendo todas las tarjetas en el buzón destinado a desperdicios. Ciegos que no habían podido tener noticias sobre la diferencia en las tarjetas para ellos, y así por el estilo. Los hombres que laboraban para cumplir esta misión fueron Carlos Fossi, Isauro Méndez, Jesús Semprún, H. Ferreira, Rafael Ramírez y Pedro Alfonso.

PANORAMA, 8 diciembre de 1958

»1958«

Para votar un cacique guajiro recorrió 10 kilómetros a pie [★]

José Domingo Ipuana, corpulento, sudoroso, obeso, relata que no consiguió carro para movilizarse. Después de 10 años de tiranía, la población indígena en Maracaibo madrugó para votar

TODO MARACAIBO SE VOLCÓ ayer desde las 4 de la mañana con el propósito de llegar a las mesas electorales y formar las enormes colas para cumplir con el sagrado deber del voto.

El proceso electoral, visto por el reportero policial, se desarrolló de una manera democrática, muy tranquila. En algunos barrios hubo pequeños incidentes pero afortunadamente fueron resueltos por las autoridades competentes que intervinieron de manera oportuna.

En los barrios, donde el hambre y el frío viven junto con sus habitantes, el pueblo valiente, oloroso a libertad, dejó de dormir.

Las hamacas quedaron colgadas y, como en los velorios, se «sostuvieron» con el café negro, caliente, servido en tacitas de peltre y pequeñas totumitas.

Allí en esos ranchos, de tablas y cartón, con hambre y asquerosidades, donde no existe un reloj despertador, donde la tuberculosis y las epidemias juegan con el niño flaco, de abdomen pronunciado, hombres, mujeres y ancianos hicieron guardia desde el sábado por la noche.

Porque Juan Bimba o Juan Descalzo o Juan Necesitado es así: después de diez años de torturas, robos, en que la tiranía desangró a Venezuela, comprendió su responsabilidad y muy temprano, junto con el canto del gallo, se fue a ocupar su puesto de batalla, sus «colas» de la libertad.

El industrial, comerciante, profesional y el obrero se acomodaron en sus colas. Uno a uno pasaron por delante de la mesa y con sus tarjetas y el sobre blanco votaron en secreto.

10 kilómetros para votar

En el dispensario de Ziruma, el barrio indígena, el cacique José Domingo Ipuana, dueño de una gran extensión de terreno y ganado en La Guajira, caminó 10 kilómetros para votar.

Ipuana vive en los alrededores del cine Capitolio, pero anteayer fue a casa de un compadre.

–Fui donde Pepe a jugar dominó y como se me hizo tarde me quedé a dormir allá.

–¿Dónde vive él?

–Después de la alcabala de Cabeza de Toro.

Ipuana, corpulento, sudoroso, obeso, parece desaparecer por instantes entre aquel «guayuco» de tela kaki. Se sienta para descansar de la caminata que ha dado.

–No conseguí ningún carro que me trajera –dice.

–¿Por qué?

–Venían llenos. No quise perder tiempo y caminé...

Después la cola... Tres cuartos de hora parados, para una persona de sesenta años le hace efecto.

–Pero estoy contento con todo –concluye.

Segundos después, aquella figura desaparece con dificultad por entre la cortina de seda. Ipuana escoge las tarjetas de su preferencia. En la escuela del mismo barrio, seis mesas electorales parecen no dar abasto a la enorme cantidad de votantes.

Los guajiros, esa raza sufriendo, sin que hasta ahora les hayan tendido el puente de recuperación, están en las colas.

Existe tranquilidad y los miembros del Ejército destacados para velar por el orden no han tenido trabajo. Estos indígenas entienden que esos votos y esas tarjetas son sus únicas armas de lucha para la ansiada recuperación.

Las mujeres con sus hijos en los brazos votaron y esperan el resultado. Ellas saben que la democracia hay que construirla y defenderla.

Rapidez en Corito

Las mesas 1, 2, 3 y 4 de Corito cumplieron a cabalidad su misión. Los votantes que acudieron a ellas cumplieron con su deber en un tiempo récord.

Se respiraba una tensión por los tres candidatos, pero no se llegó al extremo difícil.

–Bueno, eso lo veremos mañana, sin necesidad de discutir mucho...

«Mirá, mirá, dame la botella»

Juan de la Cruz Salas, trujillano de 28 años, domiciliado en El Milagro, y Blas Francisco Nava, de Cabimas, 30 años, con vivienda en Monte Claro, llegaron detenidos, estaban borrachos. Cuando los agentes policiales los sacaron de la radio patrulla se tambalearon ante la comandancia.

–¿Y esto qué es. Dónde nos traen?

Un agente contesta con gracia:

–Entren, que están en su casa...

–No... no... Hip... hip. Yo vivo por el Milagro –responde Salas.

Ambos se pelearon borrachos.

–¿Por qué?

–Le pedí la botella para que no se la bebiera toda y me tiró. Yo le contesté –afirma

Nava.

Casi al instante dos agentes traen a Euro Vinicio León Montero, casado, domiciliado frente al museo.

–¿Qué le pasó a este?

–Me traen porque no pude evitar dos tentaciones: la de votar y tocar.

–¿Tocar, tocar qué?

–Bueno... junto a mí había una hermosa mujer con traje «saco»...

–¿Qué ocurrió?

–No lo sé... hip... como que se me pasó la mano.

El rascabuchador entró a dormir su «rasca» en la policía.

Tranquilidad total

Entre los pequeños incidentes surgidos en la ciudad y sus alrededores no lograron torcer en ningún momento el proceso cívico, el alto espíritu libre, democrático, al que se lanzó ayer el pueblo del país.

La conquista de la libertad respiraba después de 10 años, el 23 de enero. Esa libertad que costó vidas y lágrimas. A esa libertad no prestada ni empeñada sino definitiva va Venezuela.

PANORAMA, 8 de diciembre de 1958

»1958«

Cinco discursos por día con ayuda del avión y la bestia [★]

Rafael Caldera, en su quinta Puntofijo, hace el balance de una campaña presidencial vertiginosa de dos meses

PARA EL DOCTOR RAFAEL CALDERA, máximo líder del Partido Socialcristiano Copei, el día de ayer fue en su comienzo «normal y corriente» y solamente tuvo las consabidas y esperadas variantes, ya en horas de la tarde cuando se comenzaron a conocer los resultados no oficiales emitidos por las radiodifusoras comerciales.

Reportero y fotógrafo llegamos a la casa del doctor Rafael Caldera, quinta Puntofijo, a las 7:02 minutos de la mañana, y allí comenzó el día con el candidato a la Presidencia de la República por Copei.

En la mañana

El primero en llegar a la casa del doctor Caldera fue el doctor José Antonio Pérez Díaz, presidente del Concejo Municipal y candidato número uno por Copei al Concejo Municipal.

En la casa del doctor Caldera, Puntofijo, todos estaban en los altos. El primero en bajar es el candidato presidencial, por Copei. Luce un traje de color beige, camisa blanca, corbata verdi-blanca, zapatos marrones y medias blancas.

—Madrugaron ustedes —fue lo primero que dijo el doctor Caldera a los periodistas a título de saludo.

—Compadre —hablaba el doctor José Antonio Pérez Díaz—, fui el primero en votar en Catedral.

Y vino el abrazo de ambos y luego el apretón de manos del doctor Caldera para los periodistas y la invitación a tomar café.

Y bien, ¿qué desean ustedes?

La respuesta es pronta. Un día con el doctor Rafael Caldera, máximo líder del Partido Social Cristiano, y muchas fotografías.

Durmió cinco horas

–Me acosté hoy (ayer) a la una y media de la madrugada y aquí me tienen ustedes. Me levanté a las 6:30, o sea que dormí solo cinco horas, y ello se debió a que mis hijos me hicieron abandonar la cama muy temprano.

Una taza de café negro y accede a la entrevista. Habla de la recién finalizada campaña electoral.

–Demostró la auténtica madurez del pueblo venezolano.

–¿Y de usted?

–Bien. Creo que solamente rebajé un kilo a lo largo de la campaña de dos meses, comprendida entre el 7 de octubre y este 7 de diciembre.

–¿Cuántos discursos?

–A razón de cinco discursos por día, sin repetirlos –sonríe.

Y se extiende. Utilizó todos los medios posibles de locomoción. El avión, el helicóptero, el transporte automotor, las bestias, caminó. No siguió ningún régimen alimenticio especial.

–¿Qué se imagina usted que piense ahora Pérez Jiménez?

–Pérez Jiménez debe estar pendiente del resultado de este proceso electoral y de las elecciones y ansiando que los venezolanos nos equivoquemos. Les daremos la gran batida.

–¿Cómo ve usted el resultado electoral?

–Estoy seguro de que el electorado no se equivocará. Esperemos la tarde de hoy para hablar de ello.

Viene luego a unírsele su familia. Su esposa doña Alicia Pietri de Caldera; sus hijos Mireya, de 15 años; Rafael Tomás, por cumplir 13 años; Juan José, quien nació el 4 de febrero de 1948, fecha en la cual el Congreso procedía a proclamar a don Rómulo Gallegos como Presidente de la República; Alicia Elena de 7 años; Cecilia de 5 años y, por último, Andrés de 4 años, o sea el que estuvo a punto de morir asesinado cuando la Seguridad Nacional le lanzó una bomba contra su residencia. Ha llegado la hora de salir para la iglesia a oír la misa.

Él mismo, conduciendo su propia camioneta, sale para la iglesia de El Recreo en Sabana Grande.

Con el presidente de la junta

A las puertas de la iglesia llegaba en esos momentos el doctor Edgar Sanabria, presidente de la Junta de Gobierno y ambos, el doctor Sanabria y el doctor Caldera, candidato presidencial por Copei, se unen en un abrazo. Entran a la iglesia y toman asiento cerca del altar mayor en la nave izquierda, mientras la familia del doctor Caldera se queda atrás.

Moseñor Ferreira oficia la misa y da lectura al Evangelio de San Juan. Hace la salvedad de que durante todo el día en las iglesias se dirán misas porque el país vaya a la constitucionalidad con orden y sobre todo pensando en Dios y el futuro.

Al concluir la misa y despedirse el presidente de la Junta de Gobierno del candidato presidencial del Copei, el doctor Caldera retorna a Puntofijo y dice al llegar:

–Vamos a leer los periódicos y ver cómo nos trataron hoy.

Lee los periódicos, comenta cada una de las noticias relacionadas no solo con su persona, su candidatura y el proceso electoral, sino las que atañen a los otros candidatos. Le causa gracia el que los tres candidatos, Betancourt Larrazábal y él, tengan el mismo tipo de sangre.

El desayuno

El doctor Caldera y su esposa, así como sus hijos mayores, van a desayunarse. Se permite la entrada a los fotógrafos al comedor y el doctor Caldera dice que todo es frugal.

–Vean ustedes: huevos fritos, cereal y frutas, además del café con leche.

Y agrega que siempre es igual. Parte una manzana y le da un pedazo a una de sus pequeñas hijas. En esos momentos comenzaron a llegar visitantes a la casa.

El doctor Caldera, al acercarse las 10 de la mañana, anuncia el deseo de concurrir a la mesa de votación para cumplir, junto con su esposa, este deber. A pie –solamente dista la Escuela Federal Padre Sojo tres cuadras de su casa– van hacia el local, donde está instalada la mesa de votación que le corresponde.

El voto

Junto con su esposa Alicia Pietri de Caldera, el doctor Caldera llega a la Escuela Federal Padre Sojo en medio de los aplausos de los que allí hacen la cola para votar. El primero en cumplir con este requisito es el doctor Caldera, quien presenta su boleta con el No. 56 y luego lo hace su esposa con el No. 65.

Un recorrido por las mesas

Luego de retornar a su casa, el doctor Caldera inicia una visita por todas las mesas de votación y se extiende hacia La Charneca, donde es aplaudido por los votantes congregados ante las mesas de votación.

En la tarde

Todos están pendientes de los primeros resultados. Se obtienen noticias no oficiales y el doctor Caldera comenta estos resultados. Ya cuando va cayendo la noche, el doctor Caldera, acompañado de los doctores Rodolfo José Cárdenas y Eduardo Tamayo, sale en su auto para efectuar sendas visitas, tanto al local del Partido Integración Republicana como al Partido Socialista de Trabajadores. El reloj marcaba las 6:15 de la tarde.



Rómulo Betancourt, 1945 circa

»1958«

Betancourt: «Es la primera vez que he dormido bien en dos meses de ajetreo»[*]

Cómo transcurrió el día de las elecciones en la quinta Maritmar, residencia del ganador de las presidenciales

TEMPRANO LE REGALARON UNA TORTA que a las 7:30 era cortada para celebrar. Como los chirulíes pidió el desayuno al levantarse. Le sirvió su esposa caraoatas fritas que su hija le ayudó a degustar en una mañana optimista.

El candidato presidencial de Acción Democrática, Rómulo Betancourt, vivió ayer en 17 horas dos fases: la una de absoluta serenidad, desde las 7 de la mañana hasta las 6 de la tarde, y la otra de gran emoción desde esta hora hasta pasada la medianoche, en conocimiento de suficientes informaciones de los elecciones a su favor.

En efecto, cuando los reporteros llegaron a las 6 y 30 de la mañana a la quinta Maritmar de la entrada de Baruta, resultó una sorpresa increíble la noticia dada por alguien de que el candidato aún permanecía en su cama. Era la hora cuando ya la ciudadanía se ubicaba en las colas frente a las mesas electorales para cumplir con el deber del sufragio y los otros candidatos estaban de pie.

En la casa había absoluta tranquilidad y solo algunos familiares del candidato iban de un lugar a otro. Eran los esposos Antonio Barrera y señora Elena Betancourt de Barrera y su hija, Luisa Helena Barrera Betancourt.

—Rómulo no se ha levantado —decían a cada periodista que entraba a la quinta.

Los empleados atendían algunas llamadas telefónicas y repetían lo mismo. Llegaban algunos ramos de flores con inscripciones expresivas. Vimos las enviadas por Alejandro Oropeza Castillo y señora, unas rosas con una tarjeta de Yolanda y Fina. Hacia un rincón del comedor una gran torta con las letras AD.

[*] Sin firma

«Por primera vez he dormido bien en dos meses»

Cuando ya se hacía más grande el grupo de reporteros y fotógrafos, apareció Betancourt con su esposa.

—¿Cómo están ustedes, muchachos? —preguntó.

Inmediatamente le pasaron los periódicos, no sin antes comentar:

—Es la primera vez que he dormido bien en dos meses de ajetreo.

Rómulo preguntó por el desayuno, y como uno de los reporteros se extrañara de que lo hiciera inmediatamente después de dejar la cama, riéndose, comentó:

—Es que yo soy como los chirulíes.

El candidato vestía un flux gris y una corbata azul pálido con pintas, y zapatos marrones bien lustrados. Ningún comentario hizo respecto al día que se iniciaba. Y se dedicó por entero a leer las noticias de *La Esfera*.

Era, aparentemente, un día corriente para Betancourt. Ninguna alusión al tema político. Era como decir «esperemos a que se desarrolle el proceso y veremos a la noche».

Extremo derecho de un equipo de fútbol

En su despacho, Betancourt, con su inseparable pipa, dio una declaración escrita para la revista *Élite*. Luego, habló de deportes, más concretamente de fútbol.

—Ustedes saben que yo, en el año 1926, fui extremo derecho del equipo Venezuela, y también estuve en equipos sabaneros.

Había interés de uno de los representantes en que el candidato dijera si en su programa de gobierno estaría el dar preferencia al deporte. Y Betancourt dijo que sí.

Eran ya las ocho y Rómulo aceptó ser entrevistado por un corresponsal de la CBS, de Nueva York. Fue intérprete su sobrina Luisa Helena.

Caraotas fritas

Doña Carmen llamó a Betancourt para el desayuno. Y toda la familia se sentó para comer caraotas fritas —las pidió el candidato al entrar a la cocina—, huevos en revoltillo, pan y café.

Veinte minutos después, Betancourt, conservando el mismo aplomo y como si no le diese importancia al acontecimiento que empezaba a consumarse, aceptó los *flashes* de los fotógrafos, en charla con su hermana y su sobrina.

No tengo sangre de horchata

Por Últimas Noticias, el candidato presidencial se informó que él, Caldera y el contralmirante Wolfgang Larrazábal tienen el mismo grupo sanguíneo.

—Eso demuestra que no tengo sangre de horchata —dijo Betancourt.

Leyendo algunas otras noticias, Betancourt dijo: «Estamos viviendo un momento verdaderamente hermoso». Y de las elecciones de ahora, dijo que eran tan democráticas como las del año 1947. Y esto lo han reconocido los otros partidos.

A las nueve, Rómulo se registró los bolsillos buscando la cédula electoral.

–Si no las llevas, no puedes votar –dijo doña Carmen, y lo repitieron a coro algunos periodistas.

«Ya se cumplió con el deber»

A las 9 y 15, el candidato dispuso que se alistarán los vehículos. Era la hora de salir hacia la mesa de votación, en la Escuela Municipal Andrés Bello, en Chacao.

Con su esposa, a las puertas del garaje, Betancourt respondió a la curiosidad del reportero de por qué no reflejaba ninguna emoción con motivo de los comicios.

Se rio el candidato porque sí era para él un día distintivo. Y se decidía el destino de Venezuela. Aun así Rómulo expresó:

–Ya cumplí con el deber; cualquiera que sea el resultado, será favorable para Venezuela.

Diez minutos después, ya se encontraba haciendo cola en la Escuela Andrés Bello. Y cerca de las diez, escogía una tarjeta grande y una chiquita detrás del biombo.

Vota la señora de Betancourt

Aunque doña Carmen acompañó a su esposo a la mesa electoral, ella no votó en este sitio. Lo hizo en una mesa de Baruta, a las once.

Ambos regresaron a la residencia Maritmar. Rómulo descansó un rato, y a las cuatro de la tarde se preparaba para empezar a oír los primeros resultados extraoficiales, o las impresiones que algunos amigos le llevaban.

A las cinco se desencadenó sobre Caracas una lluvia suave que después se hizo un tanto intensa, pero que no duró más de 30 minutos.

En la quinta Maritmar se encontraban, entre otros, Ricardo Montilla, los doctores Alejandro Ávila Chacín y Abel Sánchez Peláez, Mercedes Fermín, doctor Pedro Pérez Velásquez y un periodista brasileño.

Comienza la impaciencia, traducida en satisfacción

Junto al radio, Ricardo Montilla anotaba los primeros números extraoficiales. Noticias procedentes desde apartadas regiones del país daban mayoría al candidato de Acción Democrática. Todavía no se transmitían informaciones oficiales y el Consejo Supremo Electoral así lo advertía.

Eran las seis de la tarde y desde algunas parroquias de Caracas se daban a conocer cifras a favor de Betancourt.

ÚLTIMAS NOTICIAS, diciembre de 1958

»1963«

De Maturín a Caripito la oscuridad sabotó a Leoni [★]

Veinte minutos de confusión por un apagón provocado vivieron los asistentes al mitin del candidato del Gobierno

SE INFORMÓ QUE SUFRIÓ ASFIXIA Y RECIBIÓ ATENCIÓN MÉDICA. Familiares en Caracas aseguran que está bien de salud.

Un apagón que duró veinte minutos en la ciudad y sus alrededores se produjo anoche cuando el doctor Raúl Leoni, candidato a la Presidencia de la República por su partido Acción Democrática-Gobierno, intervenía en una concentración popular que se realizaba en el Estadio 23 de Enero.

Después de esos veinte minutos de confusión entre la numerosa concurrencia que llenó el coso deportivo, mientras que en la Plaza Ayacucho hacían estallar un niple y oían gritos de angustia y temor en los demás sectores de Maturín, volvió el alumbrado eléctrico y el líder máximo de AD-GOB reanudó su intervención con serenidad y sin hacer mención de que tal apagón podría ser provocado por sabotadores de la extrema izquierda.

Posteriormente se informó que el apagón se hizo sentir hasta Caripito y que el mismo fue provocado por una cadena que lanzaron sobre los cables de alta tensión en un sector del Bajo Guarapiche y un alambre pegado de una pesada cabilla sobre otros cables en las afueras de la ciudad hacia la parte sur, lo que además causó alarma en todo Maturín y sus alrededores.

ÚLTIMAS NOTICIAS, 26 de noviembre de 1963

»1963«

Votos sí, balas no [*]

El 1° de diciembre de 1963, las consignas extremistas quedaron frías. Hubo una decisiva actuación del Ejército para brindar tranquilidad a los electores, que salieron en masa a rechazar el terrorismo

CONTRARIANDO LAS INTIMIDACIONES esparcidas en volantes clandestinos durante el último sábado 30 por la noche, los caraqueños despertaron muy temprano el domingo 1° de diciembre dispuestos a ejercer sus derechos ciudadanos y a sepultar las consignas de los adversarios de la democracia. Durante las últimas horas del sábado habían sido distribuidas hojas mimeografiadas en diversos sectores proletarios de la ciudad en que se amenazaba con represalias a quienes acudiesen a las urnas electorales. Pero esa misma tarde, aviones pertenecientes a las Fuerzas Armadas Nacionales lanzaron abundante y concreta propaganda sobre toda la capital, disipando los temores que los extremistas intentaban sembrar en el corazón de la ciudadanía. La promesa de protección dirigida al pueblo de Caracas por el Ejército se cumplió cabalmente el domingo hasta las últimas horas del proceso, siendo contadísimos los accidentes suscitados en las votaciones en algunos sitios del área metropolitana.

Las horas de la madrugada transcurrieron casi en completa normalidad. Apenas a las 12:15 minutos de la madrugada se notificó a la prensa que entre las esquinas de Avilanes y Río había sido tocado por un proyectil el ciudadano José Durán, mientras se desplazaba en su vehículo por aquella cuadra, y que había sido atendido inmediatamente en el puesto de Salas, de donde regresó sin más contratiempos a su hogar. Muchos esperaban que posiblemente se desencadenaría el caos tan de pronto como fueran abiertas las localidades dispuestas para la votación. Quizás era originalmente la intención de los sectores del extremismo, empeñados en crear el pánico entre los electores. Pero los mismos candidatos presidenciales amanecieron en la calle impartiendo con su ejemplo la tónica democrática de que se invistió desde el primer instante el proceso electoral. El presidente, Rómulo Betancourt, votó a las 10:03 de la mañana en la mesa ordinaria número 7 del Colegio Chávez, entre Mijares y Alta gracia. El doctor Arturo Uslar Pietri lo hizo a las 8:15 am en la Escuela Gabriela Mistral del 23 de Enero. El doctor Rafael Caldera, candidato de

[*] Sin firma

Copei, cumplió el requisito cívico en una mesa electoral de El Recreo. Mientras que Leoni votó a las 7:25 en un local de Chacao y Jovito Villalba, quizás el más madrugador, lo hizo a las 6:08 minutos de la mañana en la mesa ordinaria número 1 de la Escuela República del Ecuador, en la avenida San Martín. A las 9:10 votó el señor Germán Borregales, en el Colegio Chávez, y Wolfgang Larrazábal compareció a las urnas a media mañana en la mesa 3 de la Adicional 18, situada en la avenida Dámaso Villalba, en Santa Mónica.

Colas, areperías y música, un vacío elocuente al miedo

Al amanecer se fueron constituyendo enormes colas que de pronto abarcaron cuadras completas. Los electores se manifestaban dueños de sus propias almas y el dragón del miedo no perturbaba en menor grado la tranquilidad de aquellos semblantes, animados por el calor de la charla. A eso de las 5:00 am los redactores de *Momento* fueron informados de que en las partes altas del barrio Lídice había explotado un niple, produciendo daños a la fachada de un inmueble. Una vez en el sitio de los acontecimientos, fueron testigos de una escena más digna de hilaridad que de alarma. Los daños causados por el aparato se reducían a la rotura de dos cristales de una ventana. Los habitantes de la barriada y sus alrededores no se dejaron intimidar. Lo único verdaderamente explosivo que estuvo a la vista en las calles de esa zona fueron las despampanantes damiselas, que con sus estrechos pantalones y falditas hacían subir a temperaturas peligrosas los compartimientos de la masculina tentación.

En el centro de la ciudad, las cafeterías y ventas de tostadas callejeras se convirtieron en tribunas públicas, donde cada quien exponía sus opiniones al compás de las empanadas y las parrillas. El proceso electoral deslizaba sin inconvenientes por los seguros rieles de la mutua cooperación entre militares y civiles, amenizada en todas partes por los minúsculos radios de transistores. En las esquinas, pavos de ambos sexos tomaban el café mañanero, escuchaban música popular o pulsaban instrumentos, exhalando ese espíritu de franca socarronería criolla tan profundamente incrustado en el corazón de los venezolanos. Aproximadamente a eso de las 9:00, ya las mesas electorales estaban en plena acción. Las colas daban vueltas a todas las manzanas como una enorme serpiente que iba movilizándose con ordenada tranquilidad hacia el interior de los sitios de escrutinio. En contraste con esa apretujada fila humana, los quioscos de los buhoneros lucían desolados y vacíos a lo largo de las aceras.

Cementerio, 23 de Enero, Guarataro y La Charneca sentaron cátedra de civismo

Hasta los barrios donde se suponía que tenía plaza fuerte el extremismo, acudieron masivamente a las mesas de votación. El Cementerio, El Guarataro, Urdaneta, El Valle y Lídice fueron demostraciones plausibles de que el pueblo salió a votar sin miedo en todas partes, a despecho de los reiterados esfuerzos hechos por entorpecer el acto comicial. Ningún acci-

dente detuvo la marcha del proceso electoral mientras este se llevaba a cabo en toda la ciudad. Caracas se levantó dispuesta a votar contra el miedo prefabricado. El Presidente había dicho, en momentos de depositar su sobre: «El pueblo de Venezuela está demostrando hoy una vez más su actitud y capacidad para ejercer el derecho del voto pacíficamente».

En las mesas electorales de Prado de María, Cementerio, Antímano, La Vega y Bello Monte, los votantes observaron una serena compostura que sugería a toda vista la tranquilidad reinante y el decisivo carácter de la ciudadanía. Bajo el sol abrasador del mediodía, una larga caravana de hombres y mujeres se escudaban bajo las cachuchas manufacturadas a base de papel de diarios. Las damas hacían alarde con sus hermosas sombrillas de seda. El ambiente general estaba determinado por la confianza, el optimismo ciudadano y la seguridad colectiva. En Antímano, la lluvia fue pertinaz pero no logró disuadir al electorado, que continuó firme en sus respectivas colas esperando el turno en el que debían consignar sus tarjetas. Antímano fue la parroquia modelo de un evento electoral modelo.

En Lídice Momento ayudó a votar

A las 4:15, mientras periodistas de *Momento* recorrían el sector de Lídice, fueron detenidos por una nena que hizo señas para que acercaran el automóvil, al advertir que se trataba de la prensa:

–Mi mamá quiere ir a votar pero está impedida de un pie –nos informó cuando estuvo cerca a los redactores–. Ella no puede caminar porque tiene toda la pierna enyesada y no hemos podido conseguir quien nos ayude con un carro.

En efecto, la señora Isabel Delgado de Cádiz, residente entre Hornitos y Lídice, número 17, a quien los reporteros subieron de inmediato al vehículo, llevaba ya 18 días con una pierna ajustada por el grueso vendaje de yeso que le habían aplicado al lastimarse en una caída. Faltaban pocos minutos para cerrar el proceso de votación en la cercana escuela Enrique Chaumar de la placita de Lídice, frente al plantel fue bajada con cuidado del auto y fue conducida por los periodistas hasta la mesa 7, donde pudo depositar su sobre sin mayores contratiempos y ser devuelta a su casa en perfecto estado y sin recibir golpes en la pierna lesionada.

En el Grupo Escolar Miguel Antonio Caro de la avenida Sucre, los votantes formaron una larguísima cola y menudearon los chicheros y vendedores de perros calientes, todo en armonía. Sucedió lo mismo en la Escuela Manuel Díaz Rodríguez de El Cementerio, Pedro Emilio Coll en Coche, y Juan Nepomuceno Chávez, del 23 de Enero. En el Liceo Cultura de Los Caobos la cola fue menguada pero escogida: dignas representantes de Eva engalanaron a toda hora el discreto ambiente burgués de aquella zona capitalina. En contraste, la cola de la avenida España fue acaso la más larga, casi tres mil personas hicieron fila india en esa proletaria vía desde las 6 y media de la mañana. Seis horas después había desaparecido y el trayecto aparecía solitario.

Ambiente de comprensión y optimismo

Lo que caracterizó hasta lo último el proceso electoral del 1º de diciembre de 1963 fue su amplio ambiente de comprensión entre los diversos sectores. Las Fuerzas Armadas mantuvieron una línea de compostura admirable; el pueblo respetó la autoridad militar y no se provocaron incidentes por desacatos. En el Colegio Urbaneja Achelpohl de El Valle los soldados de guardia negaron en un principio la entrada a los periodistas, sin atender a las insignias identificativas del CSE que llevaban adheridas a la solapa del paltó. Parecía que la prensa iba a tener dificultad, pero un oficial intervino de inmediato recordando a los guardias el deber en el que estaban de franquear la entrada a cualquier periodista debidamente identificado. Seguidamente hubo un intercambio de sonrisas y asunto subsanado.

En el Liceo Sucre de Los Magallanes las elecciones se desarrollaron sin inconveniente, a pesar de que por las intermediaciones se dejaron oír disparos. Los votantes no reflejaron casi temor alguno ante estas débiles señales de amenaza e impasibles, como si estuvieran esperando turno para asistir a una función teatral o a un restaurante, siguieron las filas en envidiable orden. En Sabana Grande, Bello Monte, La Florida y Chacaíto, los caraqueños acudieron en masa a las urnas electorales, en medio de la seguridad que la guardia militar prestaba a los electores. En el barrio de Campo Rico de Petare sonaron disparos en las primeras horas de la mañana, pero pronto cesaron y los comicios siguieron sin interrupción. Solo, y sin mayores consecuencias, hubo cierta alarma cerca al local de la Escuela Josefina Daviot, debido a una confrontación armada entre miembros del Ejército y elementos francotiradores. Una vez restablecido el orden la zona quedó en calma y las votaciones prosiguieron, indicando que todos los frentes y a pesar de todas las artimañas puestas en movimiento por los enemigos del orden, los caraqueños dieron una aplastante batalla al miedo, pasaron victoriosos por encima de las ruinas del odio y llegaron triunfantes a expresar su voluntad política, dándose paso a un inolvidable ejemplo de civilidad como tal vez antes no se había visto en nuestra capital, porque si es cierto que por tres veces antes los habitantes de esta ciudad habían votado libremente (1946, 1947 y 1958), nunca antes lo habían hecho contra el terrorismo sistemático y la intimidación armada.

REVISTA *MOMENTO*, 8 de diciembre de 1963

»1968«

H.C.

El martirio del retraso irritó a los maracaiberos en las colas

Murmullos, comentarios y chismes se dispersaron entre los electores por la tardanza de horas en el inicio del proceso de votación de 1968

EL PUEBLO MARACAIBERO RESISTIÓ el candente sol en interminables y pesadas colas humanas que se mostraban confusas e irritadas en la mayoría de los sitios donde funcionaban mesas electorales. El grueso de los votantes criticó lo que consideró falta de organización y todos buscaban una explicación al retardo con que se inició el proceso en nuestra ciudad.

Pero los sinsabores y el sofocante calor no vencieron el espíritu de los electores que soportaron de una u otra manera las colas.

Angustiosa demora

La radio, la TV, la prensa escrita y por último el avión parlante de las Fuerzas Aéreas señalaron una y otra vez que las votaciones iban a comenzar a las 6 de la mañana. De esa manera hombres y mujeres de todas las edades mañanearon para arreglarse «a la brevedad» y cumplir con ir a votar.

Pero todos los planes resultaron equivocados para quienes decidieron amanecer en la cola.

En lugares por demás populosos de Maracaibo el material electoral llegaba con dos horas de retardo. ¿Qué pasaba? Entre el grueso del público había murmullos que poco a poco se transformaron en comentarios y casi al instante en chismes.

«¿Y qué pasa que no empieza?», se escuchaban voces en los grupos de votantes de El Naranjal.

Mientras tanto en la escuela Andrés Eloy Blanco, de Las Tarabas, ocurría otro tanto, no había colas sino grupos compactos que impedían la movilización humana.

Los soldados se mostraron preocupados y quisieron abrir paso.

Hubo quejas. Alguien gritó: «Si hubiera sabido esto no vengo»... Poco después se retiró a punta de codazos y zancadillas y en presencia de todos rompió la cédula electoral. De allí desapareció y el grueso del público empezó a pitar. También solicitaban que comenzaran la labor.

Alguien manifestó que había «pugilato verbal» entre los representantes de las mesas. Todos querían ser el principal.

La nobleza guajira

En Ziruma el colegio y el comedor estaban repletos. Los guajiros estaban apretujados. Voces y gritos en una lengua que no es tan extraña para nosotros. Muchas parejas guajiras llegaron en burro.

—¿Qué pasa?

La mujer de tez cobriza con su crío en el cuadril dijo:

—¿Cómo que no han llegado los jefes?... Seguro que se echaron los «palitos» el sábado porque sí hubo venta de aguardiente...

La india conoce el movimiento y el derroche del dinero por la cerveza o el licor. Ella y dos de sus hijos piden limosna. Por cierto —así lo expresaba— que el sábado hubo para ella aumento de ingresos.

—Yo no entiendo de estas cosas, pero todos parecían querer compartir con uno... para que fuera siempre así, pero no lo es... ¡Yo pensaba que muchos se habían vuelto locos!

La cola no se movía y la guajira miró a su alrededor. Nos hizo señas para mostrarnos a un hombre que evitaba el sol con un paraguas.

—Un hombre con paraguas. ¡Hummm! —y terció a reírse sin problemas.

Nosotros seguimos nuestro camino. Un soldado estaba tratando de lograr una mejor organización.

—A la cola... a la cola —repetía una y otra vez, pero casi nadie parecía entenderlo. Los indígenas, hombres y mujeres, seguían en el tumulto a la espera de que comenzara el proceso. Entonces eran las 8 y media de la mañana.

Para la comodidad

Las colas no caminaban y el sol hacía más pesada aquella inactividad. Numerosas amas de casa abandonaron el lugar y regresaron a sus hogares.

—¿No van a votar, entonces?

—Por ahora no... vamos a preparar el almuerzo para retornar por la tarde —manifestaron casi todas.

De esta manera las madres maracaiberas iban a atender sus elementales responsabilidades hogareñas.

Los especuladores a la orden del día

Este personaje cruel, insensato con todos, tramoyero y tramposo, que es el especulador de los artículos de primera necesidad, apareció como por arte de magia.

Así las cosas cuando pasamos por determinados sitios muchos se quejaban de los carniceros:

–¡A 7,50 amaneció el kilo de lomo! –manifestaron.

–¿Y qué han hecho?

–Pagarlo, porque nadie parece tener interés en combatir a los especuladores en un momento como este...

«Los abastos han subido los precios de muchas cosas. Esto es un saqueo contra el pueblo»... declararon varias familias del sector Tierra Negra y Las Tarabas. En La Trinidad también hubo personas que llamaron a nuestra redacción para comunicar abusos de este tipo.

Cobraron medios litros de leche a razón de real y medio

En las mesas de votación vendedores de comida –empanadas, pasteles, emparedados y hasta bollitos pelones– terminaron sus existencias en breve tiempo porque los votantes tenían mucho apetito a las 9 de la mañana.

Había personas sentadas en sillas plegadizas, pequeños taburetes o banquetas. Otros estaban ubicados en las cantoneras de las vías y usaban los periódicos para cubrirse del sol.

Vimos muchachas hermosas y sonrientes sentadas en el suelo.

–Aquí esperamos pero vamos a votar –decían con alegría.

Calles desiertas

Mientras el bullicio humano quedó en las mesas electorales, calles y avenidas de Maracaibo estaban solas.

No había despliegue de fuerza de ninguna especie. La Limpia, la ruta por la cual se desplaza el mayor número de vehículos en nuestra ciudad, estaba casi desolada de unidades.

En la plaza Baralt era igual. Los choferes de por puestos «trabajaron» poco y esto dificultaba la movilización del pueblo.

Luego de someterse al martirio de las enormes colas el pueblo retornó a sus hogares para dedicarse a esperar y por la noche comenzaron las angustias cuando se iniciaron los primeros escrutinios.

»1973«

«Un extranjero indeseable» vaticinó el triunfo de CAP [★]

En 1973, George Gaither vino a Caracas. Desató un escándalo publicitario al asegurar con su encuesta la derrota del gobernante partido Copei en las presidenciales

NO ERA UN HOMBRE QUE, A SIMPLE VISTA, LLAMARA LA ATENCIÓN. Era un hombrecillo, de complexión atlética, rubio, con corte de cepillo. Un turista o un pelotero importado para el campeonato, era fácil que pasara inadvertido. Bajó de un *jet* en Maiquetía y directamente fue trasladado a la Torre Las Delicias en la avenida Libertador. En un maletín ejecutivo portaba la «bomba noticiosa» y el escándalo publicitario del año.

Solicitó entrevista inmediata con Carlos Andrés Pérez, Octavio Lepage, David Morales Bello y José Ángel Ciliberto: «Soy George Gaither» –se presentó en un castellano deficiente–, explicó entonces que Acción Democrática le había solicitado una encuesta sobre los resultados electorales de diciembre y que poseía la información completa.

Una vez en la oficina del candidato presidencial de Acción Democrática, sacó cuatro legajos. Los desplegó sobre el escritorio y mirando fijamente a Carlos Andrés Pérez le dijo: «Míster, usted ganar».

Entrando en detalles, aseguró que la oficina subsidiaria de la Gaither Inc. en Caracas había hecho sondeos de opinión en toda Venezuela y que los resultados finales daban un margen superior a los doscientos cincuenta mil votos a favor de Carlos Andrés Pérez sobre Lorenzo Fernández.

Gaither había sido recomendado por los demócratas liberales de Estados Unidos a Acción Democrática. La comisión de estrategia electoral que dirigía el doctor David Morales Bello y los mil comités de independientes pro Carlos Andrés Pérez que comandaba el doctor José Ángel Ciliberto no tuvieron inconvenientes en contratar sus servicios. «Es una empresa seria –les habrían dicho–. En las elecciones pasadas también hicieron un sondeo de opinión en Venezuela, por cuenta propia, y determinaron, a mes y medio de las elecciones, que el doctor

[★] Sin firma

Rafael Caldera le ganaba por escaso porcentaje al doctor Gonzalo Barrios».

Los recomendantes también dijeron que en George Gaither podían confiar porque «solo diría la verdad». Si el porcentaje favorecía a Carlos Andrés, lo diría. Si no, con la misma franqueza les advertiría que se prepararan para la derrota.

Pero Gaither fue categórico ante Carlos Andrés: «Míster, usted ganar».

Inmediatamente el comando estratégico electoral llamó a la agencia de publicidad para grabar en *video tape* una conferencia de prensa presentando a George Gaither con su encuesta.

Se trataba de aprovechar electoralmente la coyuntura porque habían llegado informes confidenciales de que la empresa alemana Geta se iba a lanzar vaticinando el triunfo de Lorenzo Fernández y, por otra parte, la otra compañía encuestadora, Datos, estaba debatiéndose en problemas internos de sus directivos, que estaban divididos y que solo «sotto voce» decían tener una ventaja relativa en favor de Acción Democrática.

Gaither no tuvo ningún inconveniente. Se presentó ante las cámaras de televisión, puso sus cartulinas en un estantillo y con una varita comenzó a marcar las diferencias. Afirmó que la vez pasada vio ganador a Caldera y que ahora había variado la situación. La victoria correspondería a Carlos Andrés Pérez.

Entonces ardió Troya. El comando electoral de Copei se violentó. Cayeron encima de la humanidad de Gaither los peores epítetos y se le acusó abiertamente de «ser un extranjero indeseable que se atrevía a intervenir directamente en la política nacional».

Algún exaltado propuso se le expulsara violentamente de Venezuela, aplicándole la Ley de Extranjeros. Gaither, a todas estas, estaba en el Hotel Tamanaco, pendiente del vendaval. Se asustó. Lió sus bártulos y cierta tarde llamó a la oficina del candidato presidencial de AD y a su sucursal en Caracas. «Búsquenme un vehículo que me lleve a Maiquetía. Yo me voy».

Era sábado en la tarde. Tan de incógnito como había llegado, Gaither abordó su avión de regreso a Estados Unidos. Pero había dejado levantada la polvareda en Caracas. De fuente copeyana se informó a la prensa que había cobrado un millón de bolívares por «lanzar tamaña mentira». La prensa lo publicó. Acción Democrática defendía la seriedad de Gaither, hasta que, como todos los escándalos, fue desapareciendo de las páginas de los periódicos y de los noticieros de radio y televisión la figura de George Gaither, el catirito de corte de cepillo, norteamericano, hijo de inmigrantes alemanes, que esperó pacientemente, bien abrigado contra el frío norteño del invierno, a que el pueblo venezolano le diera en las urnas electorales la razón.

Gaither ha ganado enorme prestigio. Se comprobó que, una vez más, dijo la verdad. Carlos Andrés Pérez es el Presidente electo de Venezuela.

»1978«

Miguel Schapira

Luis Herrera Campíns se coronó como «el campeón del retorno»

El futuro Presidente pasó el día electoral entre computadoras, charlas con periodistas y saludos de los que visitaron La Herrereña

EL DÍA SIGUIENTE A LA DERROTA de Lorenzo Fernández, en el año 1973, cuando todo el partido socialcristiano rumiaba la desazón de no haber alcanzado el triunfo, uno de sus militantes, tal vez el más persistente, decía con voz de esperanza: «Yo seré el campeón del retorno». Sus palabras fueron proféticas. Cinco años después, el 4 de marzo de 1978, el mismo militante recordaría en medio del tumulto y la euforia de sus partidarios aquella frase que había lanzado en Barquisimeto en medio del escepticismo. Porque Luis Herrera Campíns, portuqueseño, casado, con cinco hijos, será, a partir de marzo de 1979, el nuevo presidente de los venezolanos. Y su partido, el Copei, retomará el poder que le fuera arrebatado por Acción Democrática cinco años atrás.

En la quinta La Herrereña, en la urbanización Sebuacán, la atmósfera se hallaba invadida por aires de triunfo. La casa se hacía pequeña para albergar al creciente número de visitantes que la colmaba. El candidato, ahora proclamado Presidente, emergió de una habitación interior para enfrentar a la prensa. Los *flashes* estallaban con rabia y los focos de la televisión tornaban densa la atmósfera de La Herrereña. Empero, para el incesante desfile de partidarios y simpatizantes, el calor de los focos y el relampagueo de las cámaras era el índice seguro de una presencia victoriosa. Frente a ellos descollaba la figura sonriente del triunfador en las elecciones del 78.

Cuando el CSE emitió su primer boletín, a la 1 y 23 pm, las radios y televisoras comenzaron a lanzar los datos extraoficiales. El primero de ellos daba una diferencia entre Copei y AD de 4,6 por ciento a favor del primero. Los guarismos se fueron sucediendo y confirmaban en su dinámica la victoria del candidato verde. En la quinta Belén, Altamira,

centro neurálgico de la información copeyana, la euforia se evidenciaba acorde a la progresión de los datos computados. Y el contagio llegaba a La Herrereña mientras el centro de computación del comando alimentaba con sus cifras la pequeña computadora que alojaba un salón de la casa de Luis Herrera.

Pero la sensación de triunfo ya se respiraba en los predios copeyanos desde que el doctor Luis Herrera Campíns tomó uno de los cinco teléfonos instalados en la quinta para escuchar el primer insólito dato comicial. En una mesa de un ancianato del estado Bolívar, su candidatura se había impuesto por tres votos. Seis a tres. Luego la sucesión se tornó significativamente, incluso sorprendente en el ánimo de varios partidarios verdes. Nombres extraños, páramos perdidos, pequeñas poblaciones se convertirían en el símbolo inicial de una próxima victoria. «¿Socoroco? ¿Ceibo Macho?, eso es en Delta Amacuro. ¿Desde cuándo ganamos en el Delta y en Cojedes?».

Los rostros se desbordaban en sonrisas y la cautela del doctor Luis Herrera Campíns en emitir declaraciones prematuras no disimulaba su alegría. Horas atrás había dicho: «Voy galopando. Ganaré por una ventaja más grande que la que mis enemigos suponen tendré en contra y más amplia de la que mis amigos creen lograré a favor». Tenía razón.

Las informaciones se seguían sucediendo, y pese a que el Consejo Supremo Electoral no había emitido comunicado alguno –y aún tardaría más de tres horas en hacerlo–, cualquier observador imparcial podría presentir el triunfo de Luis Herrera.

En el globo de la avenida Libertador, a esa misma hora, la reserva de los militantes adecos llamaba a la sospecha. A esa misma hora los comandos electorales del Movimiento al Socialismo y Causa Común daban a aquellos periodistas acuciosos, que preferían oír el tañido de otras campanas, datos que situaban como claro ganador a Luis Herrera. Aunque el país no lo supiera, a las 9 de la noche del día 3 la suerte estaba echada.

El desfile de figuras políticas, de la farándula, del mundo intelectual, se sucedía incesante en casa del ganador. Durante esa noche nadie durmió en La Herrereña. Ni siquiera los dos hijos más pequeños de Luis Herrera que se confundieron en un estrecho y emocionado abrazo con su padre. Su esposa Betty, los tres hijos mayores se convirtieron en excelentes anfitriones de periodistas y visitantes. Alegría, euforia y amenidad caminaban del brazo en casa del candidato verde. El tiempo de quien a las pocas horas se transformaría en el presidente de Venezuela se repartía entre la línea de computadoras, charlas informales con inevitables fablistanes y efusivos saludos a aquellos que se acercaban a desearle suerte.

Cuando estuvo seguro de su victoria –serían las 2 am del día 4– emitió sus primeras declaraciones en su carácter de futuro presidente de la República. Elogió la marcha del proceso electoral y estimó que el cómputo final arrojaría una diferencia a su favor del 4 o 5 por ciento. Las preguntas se agolpaban nerviosas en boca de los reporteros. ¿Fue una sorpresa? «No. Desde que me lancé a la presidencia lo hice con la disposición de triunfar. Frente al escepticismo de propios y extraños logré al final de la campaña disipar las dudas

y lograr esta victoria». «¿Polarización. Estaba prevista? Efectivamente, la polarización fue total y yo anuncié hace meses que alcanzaría niveles superiores a los del 73». «¿Beneficia? Cuando surge como un aglutinante espontáneo en torno a corrientes políticas e ideológicas que sean acordes a la idiosincrasia del pueblo, la polarización es positiva. Cuando se produce merced a artimañas o presiones por parte de un gobierno incide negativamente en tanto cierra el paso a otras corrientes de expresión».

Muchas preguntas; respuestas precisas. Abrazos que interrumpen y emocionan. La visita al comando de campaña. El reconocimiento de Caldera y Jóvito. La sencillez de Betty Herrera. Las bocinas de los carros. El calor. La euforia. La lluvia que no importa.

En La Herrereña comenzaba un nuevo día. Para el país una alborada distinta. Alguien rumiaba su desconsuelo. Alguien renovaba su alegría.

Las 24 horas del 3

La mañana se despertó habitada por miles de personas que hacían colas frente a las mesas del Consejo Supremo Electoral. A las 8 am un asomo de lluvia determinó que muchos caraqueños desistieran de ir a votar a la mañana y postergar su voto para horas vespertinas. En la urbanización Sebucán, un movimiento nervioso, no habitual, la diferenciaba de las urbanizaciones vecinas. Las campanas de Santa Eduvigis tañeron con fuerza llamando a la primera misa de ocho. Tal vez esas mismas campanadas despertaron a los cinco hijos de uno de los candidatos presidenciales con opciones de triunfo. Seguramente, sus padres, Betty y Luis, no durmieron aquella noche. Los pequeños, al igual que sus padres, se prepararon para ir a misa. Cuando franquearon la puerta de La Herrereña una nube de fotógrafos les recordó que Luis Herrera Campíns era uno de los hombres-noticia más importantes de Venezuela. Quince horas más tarde sería –por lo menos– el hombre más nombrado de Venezuela. Pero en la mañana del día 3, como casi todos los domingos, estaba cumpliendo sus deberes cristianos.

La iglesia del Sagrado Corazón de Santa Eduvigis se vio invadida por una legión de periodistas, redactores y reporteros gráficos. El sonido de los obturadores de las cámaras daba extraño marco a una homilía sobre el profeta Isaías, capítulo 63.

El candidato se confesó, comulgó y se retiró para su casa después que finalizara la misa. Luego nos contaría que durante la misa una pequeña niña se acercó para decirle con ternura: «Luis Herrera, como soy pequeña y no puedo votar, pediré con mucha fuerza en mi rezo que usted gane». «Eso –se emocionó el futuro presidente– llenó de convicción mi triunfo. Supe que no podía perder».

Después de un breve descanso en la casa se dirigió al centro de votación. Fue recibido –claro está– por una multitud de periodistas y una salva de aplausos de los presentes. Quiso hacer cola. No lo dejaron. Votó rápido y a juzgar por los resultados posteriores, votó bien. Desprendió la pestaña número 233 y la guardó cuidadosamente en el bolsillo. Luego, pese a las peticiones de una periodista con vocación de coleccionista, insistió en guardar-



Luis Herrera Campins, en campaña, 1979 circa

lo. Así lo justificó: «Según el horóscopo, 8 era para hoy mi número de suerte. La pestaña lleva el número 233. Sumen».

Desde allí en adelante La Herrereña fue una fiesta. Luis Herrera Campíns, portugués, casado con Betty Herrera, padre de cinco hijos, será el nuevo Presidente de Venezuela».

»1983«

Ángel Ciro Guerrero

Los hijos de la democracia pidieron a Lusinchí cambiar las cosas

En el páramo El Zumbador un arreador de mulas se queja del abandono del Gobierno. En Clarines, la nana anciana rememora la infancia del candidato que llega de visita

1 CUANDO JESÚS PIZARRO, el capitán general de la tribu pemón tomó la palabra, sus seguidores se estrecharon entre sí las gruesas manos. Quizás en esa unión además de fuerza había, de modo sencillo, demostración pura de solidaridad de siglos. Y sus palabras sonaron en la pequeña sala de la humilde vivienda de Tumeremo –techo de zinc doblado por el sol y paredes de bahareque todavía– como un aldabonazo en la conciencia nacional: «Usted es nuestra última esperanza. Estamos seguros de que usted será el presidente de todos los venezolanos. De los venezolanos como nosotros los pemones, los arawacos, los warao, los guahibos. De nuestros hermanos de más allá del río, los hombres y mujeres de mar y lago y tierra reseca, los guajiros. En fin, de todos. Pero si esa esperanza se pierde, los próximos candidatos tendrían que pedirle el voto a la montaña, al río, a los pájaros, a la selva. Pero la selva no da voto, los pájaros no dan voto, los ríos no dan voto y las montañas tampoco dan voto. Los indios menos daremos voto a quienes nos sigan considerando venezolanos de tercera...».

Los gobernadores indígenas que habían llegado a Tumeremo venidos de las entrañas mismas de toda la Guayana, para estar presentes en la reunión –compromiso con el líder blanco– no aplaudieron las palabras de Jesús Pizarro. Simplemente movieron sus rostros graves, sudorosos, firmes, de años de sufrimiento, asintiendo sin una sonrisa porque los indios son siempre gente seria. Afuera, entre la multitud apiñada en la calle de asfalto gelatinoso por el apuñaleante calor, las familias de los capitanes generales habían abierto un círculo en cuyo centro quedaron, solos, dulcemente tomados de las manos, una niña arawaco y un niño guahibo. Simbolizaban el futuro. El niño pudo llamarse Sebastián,



Jaime Lusinchi, en campaña, 1983 circa

como el indiecito poeta que hiciera llorar a Raúl Adrián, el piloto del helicóptero de campaña, quien lo llevó a volar «como un pájaro entre las nubes, por sobre la selva y el río», para comprobarse a sí mismo que la selva es grande, el río es grande, pero los waraos somos más poderosos porque estamos por encima de todos...».

2 Chacón afirmó sus cascos sobre el cuarteado macadam de la carretera, la caravana del candidato ascendía lentamente la última curva, precisamente aquella en donde Reinaldo Flores, que en sus tiempos mozos fue contrabandista, hombre violento y matador de gente, tenía aposentado su refugio en la parte más gris del páramo El Zumbador, que divide las tierras altas del Táchira.

El candidato ordenó detener su automóvil y fue al encuentro de Rogelio, que ya se había quitado el sombrero y acomodado la vieja ruana desteñida. El intercambio de saludos se tornó luego en amena e instructiva charla entre el político y el campesino. El primero preguntó por la casa, la familia, el trabajo, se maravilló del paisaje —un marco fastuoso de nubes coronando la serranía—. El segundo, que habló despacio, dio certeras respuestas. Un rato más, Lusinchi y Rogelio hablaban del pasado y del futuro. Lusinchi recordó a Juan Pablo Peñaloza. «No lo conocí», dijo el amigo, «pero mis mayores, muchos se fueron con él buscando mejor suerte».

En torno a los dos hombres otros hombres y mujeres comenzaron a guardar respetuoso silencio cuando Rogelio pidió permiso para la denuncia:

«Mire, yo arreo mulas desde La Florida, el pueblo más distante de la capital tachirense, a pesar de que entre el pueblo y San Cristóbal median escasos 40 kilómetros, y luego en otro viaje traigo y llevo unas veces flores y otras papas desde El Zumbador a Cordero y viceversa. Pero debo denunciarle, señor candidato, que hemos sufrido mucho en este gobierno que fue duro y malo con nosotros, déjeme contarle porque es bueno que usted sepa, que en el pueblo de La Florida hace tres meses que los niños no comen pan, porque la carretera que nos construyó hasta allá Carlos Andrés Pérez, el gobierno de Copei la dejó perder. Y ¿sabe por qué? Porque toda La Florida votó blanco, siempre ha votado blanco. Desde que en 1946 Leonardo Ruiz Pineda, siendo en ese año gobernador de Táchira, la visitara a lomo de mula, hasta hoy que votará otra vez por AD y por usted». Rogelio cambió el tono de su voz y se hizo líder comunal en ese instante.

«Porque debe usted saber, señor candidato, que en La Florida vivimos tiempos felices. Sí, porque ¡qué felicidad, que allá tengamos plaza y estatua de Bolívar construida por Carlos Andrés Pérez! ¡Qué felicidad que hayamos tenido en ese gobierno las carreteras con sus puentes de La Zinagosa, El Potosí, La Negra, La Brava, La Jabonosa, La Gómez, todos cruzando quebradas. ¡Qué felicidad, señor candidato, que en este gobierno de AD los campesinos hayamos recibido millón y medio de bolívares en créditos! ¡Qué felicidad que nuestros hijos tuvieran escuelas, libros, lápices y hasta el vasito de leche! ¡Qué felicidad, señor candidato, que en La Florida seamos una sola familia, hijos de la democracia!». Rogelio,

que daba vueltas al sombrero entre sus manos y apoyaba su cuerpo en el ancla de la mula siguió hablando, pero ahora la voz era denuncia:

«...¡Y qué vergüenza, señor candidato, que este gobierno haya olvidado a la gente de La Florida! ¡Qué vergüenza, señor candidato, que a los niños del pueblo este gobierno les haya quitado un vaso de leche! ¡Qué vergüenza que haya dejado perder la carretera! ¡Qué vergüenza, señor candidato, que en una democracia pasen estas cosas, que a los campesinos de La Florida nos hayan hecho la cruz porque somos democráticos y no copeyanos! ¡Usted, qué nos ofrece para cambiar las cosas?».

Rogelio y su amigo Lusinchi siguieron hablando, mientras alguien sacó morteros de un camión y los disparó al aire maramero. Toda la gente iba hacia La Grita, Zumbador abajo, para el mitin. Rogelio se despidió de Jaime y rato después ascendía, lentamente, y a lomo en ruta hacia Queniquea.

Ramón J. Velásquez, que estuvo presenciando la escena, ratificaría luego sus palabras, iniciándose la campaña electoral de AD en el Táchira, de que el andino tiene tradición de honesto. No solo en los actos sino en sus compromisos. Rogelio llevaba, montaña arriba, las palabras del líder de que la situación denunciada sería arreglada en sus justos términos. Rogelio había empeñado su palabra y Lusinchi la suya. «Eso, anótelos –me dijo el historiador–, porque ese hombre que va allá lleva una carga preciosa y que tiene peso histórico. Él forma parte del gran plebiscito que en el Táchira tendrá Lusinchi».

3 –¡Eusebia, Eusebia. Apura, muchacha, apura. Ahí viene. Avísele a misia Angélica...! El llamado de la anciana partió con eco de años, desde la ancha ventana de celosías de madera arrugada de tiempo. Se repartió por la calle empinada, que brinca historia entre ladrillo y piedras puestas allí por mano española; repiqueteó en medio día pleno de sol, cruzó espacios y fue, finalmente, a romperle la atención de la niña que había detenido su ansiedad y admiración en el hombre que presidía, calle abajo, el tumulto.

–Ta’ bien, abuela, ya voy. ¡Es que yo también quiero verlo...!

Había brillo igual al de sus ojos de india en cada palabra salida de labios firmes, carnosos, tímidos sin embargo. Sus manos arreglaron clinejas tejidas con mucho anhelo y la florecita puesta allí temprano, aunque marchita casi a la mitad del día, le enmarcaba aún más la belleza de sus catorce años.

La anciana, mientras, ponía en orden sus recuerdos. En la cara se le veía el esfuerzo por hilvanarlos en ordenada sucesión. «Porque son muchos», diría más tarde al encontrarlos todos. Unos dispersos en la edad de su tiempo; otros palpitantes aún como su corazón henchido de emociones.

La calle es de trompo y cometa y a cada paso del hombre la ansiedad de las dos mujeres crecía. «¡Allí viene! ¡Allí viene!». Ahora retumbaba en la voz de los niños. Eusebia los miraba con autoridad porque ella se sentía dueña del primer grito y del eco. El «¡Allí viene!

¡Allí viene!» se convertía, ahora, para la abuela en vecindad para el compromiso con la nieta, a la que la anciana había comenzado a contarle una historia. Como si hubiese logrado atrapar, definitivamente, cada uno de los recuerdos de aquella calle empinada.

Era el trompo desenrollándose, quebrando aire en la vuelta y choque con la piedra. Y el grito de los muchachos mirándolo bailar entre los adoquines y la acequia, frontera para el reto que, de saberse enfrentar en lid buena, daba oportunidad de alzarse con lochas de efígie gastada o puyas todavía con olor a cajón de bodega.

Era regresarse al tiempo de las cometas elevadas por sobre los árboles de la plaza cerca, desafiando la torre de la iglesia y liberando la imaginación de muchacho, en contraste con las cosas reales que contaban los hombres sentados en silletas de cuero viendo morir la tarde.

Voces gastadas, pero serenas, que hablaban de cuando se habían ido tras La Libertadora, polaina, machete y máuser (pólvora en la canana, pólvora en el corazón), detrás también de una bandera que por el pueblo pasó teñida de sangre y que lavaron, en la casa grande, las manos frágiles de señoritas vestidas de anhelos.

Otra vez, calle arriba en fila, uno en uno, cuaderno, lápiz y libro de caracteres muy gruesos, hasta la escuela. El buenos días humilde, la sonrisa de la maestra, que nunca supo ocultar su real condición de madre y perdonaba las travesuras de sus otros hijos, los de doña María, los Chacín, los Armas, los Guacarán, los Perdomo, los Porras, los Bustillos, los Requena, los García, los Domínguez.

La calle empinada recortaba ya la distancia entre el hombre, la niña y la anciana que seguía rescatando fragmentos de su particular historia. Como los hilvanados cuando hubo el encuentro con Juan Perdomo, hombre de barba gris, de historia y cuerpo lleno de cicatrices: unas de Guasina, la isla de mitad del río donde fueron puros hombres; otras de Sacupana, convertidas ahora en fiebres con calentura permanente, porque a los huesos de Juan Perdomo más daño les hizo la mosca de alas azules de peste que el hierro hirviente o el machete aplastado sobre sus costillas.

Uno podía observar en todos los rostros de los hombres viejos que aguardaban al final de la calle al líder, la historia viva. Uno podía ir, por entre esos rostros, atrapando pedazos para juntarlos todos y entender las emociones que reflejaban caras negras, caras blancas, caras de años, caras de esfuerzo, caras de gente buena. Como para agregarlos a la historia que la anciana –ventana adentro– encerrada en sus recuerdos, le iba contando a la niña –ventana afuera– hacia la vida, aprisionando porvenir.

Los domingos, fiesta de guardar. Primero lavarse la cara con agua del Unare. Después bordear el río. Río de antes de cuando por allí navegaban los barcos hechos de madera negra, fuerte. Lo demás, soltar la imaginación cual si fueran amarras. A media mañana, sentarse a escuchar al abuelo (espejuelos, montura de oro, chaquetón gris, de rayas, camisa de tela europea, reloj de larga cadena), una vez leída página uno, dos, tres, del libro coloreado que hablaba de aventuras en mares asiáticos. Después preguntar si todo ello era verdad. Si

era cierto que existían en la selva diosas de mil brazos y tigres de Bengala que se comían a los exploradores de un solo zarpazo. «¿Salgari también les tenía miedo, abuelo?».

En la noche, otras reuniones. Para la gente grande. Entonces los muchachos se iban, vela de cebo prendida para iluminar pasillos de caserones fantasmas, y pegar bien la oreja detrás de las paredes para escuchar al abuelo contar de los tiempos aquellos en que él se fue detrás del hombre a caballo, y, años más tarde, regresó convertido en general. Eran días duros. Voces de mando. Caudillos. Héroes. Consignas. Banderas. Ejércitos. Combates entre hombres e ideas que venían de lejos. Sobre todo los que una madrugada entraron al pueblo y acamparon rompiendo el día con clarín de plata «para que los ciudadanos todos entiendan y se dispongan a cumplir la verdad de nuestro esfuerzo». «Fue el año 13, ¿verdad, abuelo?».

Un día hablaron de Gómez, de un dictador, de un país sumido, tiranizado. Pero las cosas se decían muy bajo, tanto que el muchacho casi no podía descubrir, por el sonido, la voz del hombre que, en plena sala llena de luz de carburo, había abierto sobre la mesa un fajo de periódicos y de proclamas. Pero estaba allí la gran foto del hombre que había ganado una guerra en Cumaná, sobre un puente.

Otro día el muchacho notó la ausencia. El cuarto estaba cerrado. Olía a tristeza en la casa.

Se vino a enterar después que el hombre había sido hecho preso.

Le pusieron grillos, porque ese general de La Libertadora se había alzado contra el padre.

Otro hombre, otra tarde, desplegó sobre la misma mesa otro fajo de periódicos. Allí estaba la noticia, pero no decía que el general preso ya llevaba ocho años muriéndose en La Rotunda.

Ya el líder llegaba donde la anciana. Eusebia, la niña, se arreglaba por última vez la clineja. La anciana hablaba en ese instante de cuando la cometa se quedó enredada en las tejas de la casa y de cómo ella había hecho lo imposible para desenredarla. Porque la cometa tenía cola de pañuelo fino. De seda traída a Clarines desde lejos, desembarcada en madrugadas de contrabandistas por Puerto Píritu. Un pañuelo de Doña María urgente de rescatar para evitar reprimendas para ella y para El Niño. «¿De dónde venía el pañuelo, abuela?». «¡De Europa, hija, de Europa!», pero eso te lo cuento después. Arregla las flores, hija, que ahí viene, ahí viene...!».

Fue entonces cuando Carmen Martínez descansó: «Ya te vi, mijo. Ahora descansaré tranquila. El corazón me daba saltos como los tuyos sobre mis pechos cuando te cargaba chiquito por los corredores de la casa. Lástima que la casa, al fin de pobres, se la llevó el río. Eusebia, Eusebia, saluda, muchacha, pareces boba, hija, ¿ahora te vas a quedar callada...?».

»1983«

Lucy Gómez

La llama de la patria joven se apagó en la tarima

En el cierre de campaña, la antorcha que portaba un medallista panamericano no cumplió su cometido, mientras que el candidato Rafael Caldera tuvo dificultades para atravesar la multitud en la avenida Bolívar

EN EL METRO IBAN CANTANDO, gritando, pegándole sellitos a todo el mundo, llenos de sombreros vaqueros verdes, vestidos de verde hasta lo imposible. Se bajaron en la estación de La Hoyada. Las avenidas iban llenándose metódicamente para hacer el famoso «cruzado».

Delante de la tarima, después de pasar bailando limbo, prácticamente y a codazo limpio bajo los tubos, estaba la famosa barra panamericana: ocho filas o más de muchachitas con paraguas de los colores del arco iris, atendiéndole a Carlos Cadavieco y a otro monitor: «Vamos a trabajar –les decía enseñándoles un afiche del candidato– con la cara del candidato y con la otra cara. Con la cara levantaban y con la parte de atrás bajaban».

No había sitio para nadie, la tarima temblaba al compás de los movimientos de las muchachas, mientras trataban de abrirle paso a una reina tipo brasileño, con una corona de cartón forrada de espejos y llena de picos, de metro y medio de alto y ancho, de todos colores. La pobre muchacha subió y bajó dificultosamente, sudando con los ojos muy abiertos.

Arriba, en la tarima, estaban esperando al candidato Marisabel Fernández, Macky Arenas, José Curiel e Hildemaro Martínez, quien recordando sus buenos tiempos trató de bajar a empujones a periodistas y militantes. A las cuatro y media, llegó el secretario general Eduardo Fernández. Abajo, crecía la gente, que ya llegaba hasta la iglesia Corazón de Jesús, por un lado de las Fuerzas Armadas. Por un lado y por el otro hasta el puente del Nuevo Circo.

En la avenida Bolívar planeaban cinco zepelines naranja con letreros de «Vote por Caldera» y varios helicópteros, tirando papelillo y volantes. Arriba de las barras había un copeyano vestido de bata negra larga y collar de flores, que se llamaba a sí mismo «El Eso-

térico». Sostenía un largo pelo y una gallina blanca, que tenía amarradas las patas: «¿Tú crees que Lusinchi entenderá que es con él?», decía. La gallina, que nunca había ido a un mitin, aleteaba y aleteaba desesperada bañando a los fotógrafos, que no hallaban cómo quitarla del primer plano.

La llama de la marcha de la patria joven había llegado ya. Jorge Marín, el ganador de plata en los Panamericanos, la llevaba. Al llegar a la tarima, se le apagó: «C... se me apagó la llama». Inmediatamente, trataron de prenderla, y el piso de la tarima empezó a despedir humo. De la escalera subieron desesperados a apagarla.

El candidato, a todas estas, empezaba a aparecer por allá, en el fondo de la avenida Bolívar, inverosímilmente montado en un camión que avanzaba casi a gatas en medio del gentío. Para colmo, detrás llevaba dos carros de escolta. Ese avance empezó a las cinco, a las cinco y media a pesar de que empujaron a la gente y la batieron hacia los lados no lograban llegar. Caldera iba a bordo, saludando al lado de su esposa Alicia y sonriendo. La sonrisa se le empezó a borrar cuando vio que no podía llegar. Trabajosamente le abrieron campo, hasta que pudo subir, mientras sonaba una marcha triunfal y la gente batía pompones, gritaba hasta ponerse afónica y se empujaba una a otra, aplastándose de lado y lado. El candidato se volteó hacia los cuatro lados de la avenida, que estaban llenos, sonrió, y después empezó a hablar, para prometer el mejor gobierno del siglo.

EL DIARIO DE CARACAS, 1º de diciembre de 1983

»1983«

Carmen Teresa Valdez

María Damasia de los Dolores quiso votar antes

En 1983, mientras en el CSE adelantaban los preparativos para los comicios del domingo, una anciana de 89 años exigía el sábado que le permitieran votar, «porque uno tan viejo no sabe si amanece»

MARÍA DAMASIA DE LOS DOLORES NAVA, de 89 años, soltera, según lo indica su cédula de identidad, se contó entre las personas, las personalidades, los políticos, las denuncias, la comida, los vasos, las servilletas y los ramos de flores que llegaron ayer al Consejo Supremo Electoral. La sede del consejo ofrecía el ambiente de un lugar donde se prepara una fiesta, o cuando menos, de un lugar donde definitivamente va a pasar algo importante. Llegaban los camiones de las agencias contratadas para proveer los bastimentos necesarios a fin de que no ocurra que, justamente por culpa de la democracia, alguien se vaya a morir de hambre.

Bajaban las bandejas de pasapalos, las loncheras, los vasos, las bolsas de hielo, los jugos de naranja –y de pera–, los pudines, las bandejas ornamentales y unos cuantos escritorios que nadie sabía a ciencia cierta por qué justamente se acordaron de mudarlos ayer.

Félix Boschetti, director de administración del CSE, no dijo cuánto pero sí dijo, más o menos, cómo. Dijo que las loncheras –con un precio promedio de 20 bolívares cada una– serán distribuidas entre los funcionarios del consejo (trabajarán en la sede 500), a los efectivos de la Guardia Nacional, fiscales de tránsito y oficiales de las Fuerzas Armadas.

Lo de la directiva del consejo es cuestión aparte. Ellos comerán del *buffet* contratado a varias agencias de festejos. Asimismo, los miembros de la directiva del CSE dormirán –lo poco que puedan– y se cambiarán de ropa en las habitaciones alquiladas para ellos en el hotel Hilton, a partir de ayer sábado y hasta mañana lunes. Esta medida fue tomada debido a que casi todos los miembros de la directiva viven en lugares bastante apartados del centro de la ciudad.

Y fuera del agite ya mencionado estaba el de las credenciales. En las oficinas de la dirección de personal del consejo, encargada de otorgar el distintivo especial que permi-

te votar sin hacer cola y tener acceso a la sede del CSE, el encargado de esa dependencia, Luis Martínez, informaba que hasta ayer al mediodía pasaban de cuatro mil las credenciales otorgadas. Dijo que la mitad correspondía a los periodistas, tanto del país como del exterior. El resto: a funcionarios del consejo, testigos, miembros de las juntas electorales y las otorgadas con carácter de cortesía. Estas constituyen la minoría y fueron dadas a personalidades relevantes a petición de los mismos partidos políticos.

Señaló Martínez que hasta ayer se había extendido el otorgamiento de la credencial y que bajo ningún pretexto hoy será emitido este carnet.

Los visitantes

María Damasía de los Dolores Nava llegó después, pero quien llegó primero –a nivel de personalidades– fue Rafael Caldera. Pidió Caldera que los venezolanos «ratifiquen su ejemplar conducta cívica poniendo de relieve el alto concepto de responsabilidad y el sentido patriótico de nuestro pueblo».

Después llegó Octavio Lepage. «Vengo a buscar mi credencial como testigo nacional». Pidió que todos voten «en forma seria y reflexiva». «Que voten lo más temprano posible. Que revisen perfectamente bien lo que van a hacer. Que no se pongan nerviosos».

Entró Lepage y minutos después llegó Luis Beltrán Prieto. También pidió a todos cumplir con su deber. Se refirió a las violaciones de la tregua sobre propaganda política. Citó la palabra «vagabunderías».

La salida de Prieto Figueroa coincidió con la de Rafael Caldera. Los dos se abrazaron. Estas visitas se alternaron con las declaraciones de los fiscales del Ministerio Público encargados de investigar el caso de las actas ilegales de votación que habrían sido editadas en la imprenta municipal.

Pero además de las visitas de las personalidades muchas otras personas se acercaron al consejo. Llegaban los despistados preguntando sobre la mesa que les correspondía o si era posible votar sin cédula.

Y llegó el más decidido de todos. Una anciana cuya estatura no alcanzaba el metro cincuenta. Encorvada, flaquita y con un bastón. Abrió una cartera blanca y mostró su cédula y una estampa de la Sagrada Familia. «Esta es mi religión y este es mi derecho. Y apártese todo el mundo que yo voy a entrar».

–Que no, señora.

–Que sí, señor.

María Damasía de los Dolores Nava, de 89 años, dijo que ella no tenía credencial, pero que ella entraba al consejo y punto. Amenazó con su bastón pero no hubo consecuencias mayores. La anciana quería anticipar su derecho. Quería votar ayer y no hoy. «Porque uno tan viejo no sabe si amanece o no».

»1983«

Felipe R. Solórzano

Risas, lágrimas, comparsas y heridos por Lusinchi

Los accidentes no se hicieron esperar y más de 50 personas fueron ingresadas en centros asistenciales durante las caravanas de celebración en Caracas

LAS CARAVANAS DE JUBILOSOS JÓVENES Y ADULTOS ondeando banderas blancas recorrieron las principales arterias viales del área metropolitana, voceando consignas de triunfo y esperanza, pero como en todo lo que envuelve euforia, los accidentes no se hicieron esperar y más de 50 personas fueron ingresadas a los centros asistenciales del área metropolitana, muchos de ellos con piernas rotas, como los jóvenes Luis José Sala Ramírez, de 23 años y su compañero José Silvino Prieto, de 21, quienes se estrellaron con una moto contra la acera en la avenida Sucre.

Igual ocurrió con la joven Corina Díaz, la que fue atacada a pedradas supuestamente por militantes de Copei, cuando se desplaza en una caravana por El Paraíso.

Otros heridos fueron ingresados a los centros asistenciales por riñas, tiros y arma blanca en atracos, todo dentro del marco de la celebración del triunfo de Lusinchi, lo que convirtió a las calles de Caracas en un río turbulento de gente.

EL MUNDO, 5 de diciembre de 1983

»1983«

Miyó Vestrini

Las mesas esperaron inactivas por el presidente Herrera

Hasta cuatro horas aguardaron los electores para poder votar, mientras el operativo militar aseguraba el sitio para el mandatario saliente, que llegó «tranquilo y sin nervios»

A LAS CINCO Y VEINTE DE LA MAÑANA llegó el primer votante a la escuela Martínez Centeno. A las nueve aún no había votado. Y la cola era tan larga que los efectivos militares la dividieron en tres para que no desbordara hacia la primera avenida de la urbanización Santa María. Sin embargo, en el local mismo de la escuela, las mesas de votación estaban desiertas. Varios testigos y miembros de mesas inactivas protestaban enérgicamente. Con extrema cortesía se les explicó que todo obedecía a estrictas medidas de seguridad, ya que se esperaba de un momento a otro la llegada del Presidente de la República, quien tenía que votar en la mesa 6, incluido dentro de la lista de 237 electores. Hasta que el primer mandatario no depositara su voto, era necesario mantener despejado el local. Por esta razón, se dejaba pasar a los electores con ritmo muy pausado.

Un «zafarrancho»

A la pregunta «¿Desde qué hora está usted aquí?», las respuestas brotaron rápidamente: «Desde las seis», «Yo llegué a las cinco y media, ¡ay, mija, ya perdí la cuenta».

El cielo se mantenía gris, con amenaza de lluvia, pero nadie recordaba que un eclipse había sido anunciado.

Dentro, frente a la mesa 6, todavía se comentaba el «zafarrancho», así lo calificó una señora, que se había producido entre los miembros de la mesa por una discusión en torno a pequeños detalles de procedimientos y testigos. El desacuerdo, solucionado felizmente, hizo que la instalación de la mesa se produjera a las siete y media. Absorta en la lectura de *Selecciones*, una votante se distrajo un instante para comentar: «¡No hay derecho!». Y la simpatía de un italiano nacionalizado calmó los ánimos. Después de evocar con evidente

apetito unos «tortellini al brodo», dijo que «mientras la ley se esté cumpliendo, ¡tutto va bene!». Una joven salió del recinto sonriente: «Están un poco confundidos con las listas, pero todo está normal».

En la entrada de la escuela llamó la atención una anciana en silla de ruedas, quien venía a cumplir con su derecho al voto y fue ayudada eficientemente por los militares. Una madre con bebé en brazos dejó en custodia su cartera para poder estar más cómoda. Sistemáticamente, se le decomisaban a todo el mundo yesqueros y fósforos que son devueltos al salir. Un periodista comentó: «¡Menos mal que nadie trae un Dupont de oro!».

Llega el Presidente

A las nueve, llega la noticia de la presentación del Presidente en la cercana iglesia de Santa Eduvigis. En efecto, allí estaba el Primer Mandatario junto a su esposa Betty y su hija Ana Luisa. Oyeron misa ubicados en la penúltima fila de la iglesia.

A las diez y diez comenzó todo el mundo a correr: había llegado el Presidente. A unos treinta metros de la entrada, se detuvo para una improvisada rueda de prensa. Empujones, cámaras y grabadores no lo disturbaban. Con voz firme, reiteró que las elecciones venezolanas eran un ejemplo para los otros países del continente americano «ya que se había logrado superar con un gran esfuerzo de voluntad, inteligencia y comprensión, los celos y situaciones de desconfianza que antes existían entre civiles y militares».

Dijo que los seis procesos electorales, a lo largo de casi 26 años, en un continente tan convulsionando, «señalan indiscutiblemente un alto nivel de cultura política y de entendimiento democrático».

Satisfecho y sonriente, recordó su ya familiar expresión: «Estoy tranquilo y sin nervios». Comparó su propia emoción a la de un ciudadano que por sexta vez concurre a un proceso electoral. Explicó, al responder a una pregunta, que el sistema de votación actual está mucho más tecnificado y añadió que «como siempre, se han tomado las mayores previsiones para que la voluntad popular no sea deformada, ni confundida en ningún momento».

«Ha habido un gran régimen de consulta», afirmó, «lo cual me parece fundamental para la democracia».

El Diario de Caracas le pidió una breve evaluación de su política de animación cultural y tras estrechar cordialmente la mano de la periodista, dijo que se sentía muy satisfecho por lo realizado en el campo cultural. Expresó su deseo de que se mantuvieran los logros en todo el ámbito sociocultural del país. Con ya su proverbial ironía, concluyó: «...y no simplemente una atractiva visitante que se encuentra en algunos lugares». Alusión evidente a una concepción de la cultura que no comparte. Después de cumplir con el ritmo del voto y permanecer sonriente bajo la cegadora luz de los *flashes*, conversó de nuevo con los periodistas y felicitó al pueblo venezolano «por su comportamiento durante el proceso electoral, particularmente por haber evitado las vías de hecho en la confrontación». Reve-

ló haber hablado con los miembros del CSE para recomendar no dejar a la gente «demasiado largo tiempo sin ninguna orientación en relación con los resultados», pero advirtió también que «realmente, hay que disponerse a tener la suficiente serenidad como para esperar los resultados oficiales del CSE». A lo largo de todas sus declaraciones el Presidente ratificó la importancia de la democracia como «ejercicio permanente activo de la libertad y de la participación de los ciudadanos en el trazado de su propio destino» y, evocando con serenidad la próxima entrega del mando, afirmó que hay que hacerlo «con gozosa disposición de espíritu, después de haber servido con la mejor buena voluntad y decisión al país». A su lado, la primera dama permanecía silenciosa y lamentó no poder satisfacer el deseo de los fotógrafos de simular una nueva votación para ser fotografiada. Sin embargo contestó algunas preguntas y volvió a expresar su convicción de que las mujeres tienen muy arraigado el sentido del deber. «Es por eso», añadió, «que cuando estamos ejerciendo un cargo, lo cumplimos a cabalidad, como yo lo hice dentro de la Fundación del Niño, de donde me llevo grandes satisfacciones».

Cuando el Presidente y su esposa, abandonaron la escuela Martínez Centeno, comenzó a llover. La cola mantenía sus mismas dimensiones y la gente utilizaba periódicos para protegerse de la lluvia. Se escucharon aplausos y una viejita dijo: «Hay que aplaudirlo porque es nuestro vecino...». De hecho, cuando deje La Casona, Luis Herrera Campíns volverá a su casa situada muy cerca del lugar donde votó ayer.

EL DIARIO DE CARACAS, 5 diciembre de 1983

»1983«

Jorge Villalba

Petkoff: «La campaña reafirmó mi confianza en un pueblo generoso y tolerante»

Los 90 metros cuadrados del apartamento del candidato del MAS y del MIR fueron invadidos por los periodistas, que lo escoltaron para votar con su esposa Mariuska

CUANDO TEODORO PETKOFF SALIÓ AL RECIBO poniéndose la corbata roja, se encontró con que los 90 metros cuadrados de su apartamento se encontraban ya invadidos por periodistas y miembros de su comando de campaña. Eran las 10:20 de la mañana y estaba previsto que acudiera a las 11 a votar en el Colegio Colinas de Bello Monte.

Repuesto ya de su sorpresa, el candidato presidencial del MAS y del MIR se puso a conversar con los presentes. El tema, como es natural, fue el electoral. Petkoff lucía optimista y hablaba con entusiasmo de los comentarios que sobre sus posibilidades de encarnar una sólida alternativa socialista frente a AD y Copei habían hecho en la víspera las agencias internacionales de noticias. De pronto hizo su aparición en sala el rostro travieso de su pequeña hija Alejandra, quien se instaló en las rodillas del candidato hasta que este se fue a votar, acompañado por su esposa Mariuska, Eloy Torres, Gonzalo Ramírez Cubillán, Alfredo Padilla, Luisa Barroso y el jefe del comando de campaña del MAS, Luis Bayardo Sardi. A su llegada a la calle Suapure de Colinas de Bello Monte, Petkoff fue recibido por numerosos simpatizantes. Algunas pavitas esperaban para hacerle fotografías, como si se trata del «Puma». Antes de entrar al centro de votación, el abanderado socialista dirigió un mensaje a la población:

«Me encuentro muy bien, lleno de optimismo, sobre todo por esta reacción de los venezolanos que es la de siempre. La verdad que esta campaña electoral lo que hizo fue reafirmar mi confianza en la naturaleza de nuestro pueblo, para comprobar que es generoso,



Teodoro Petkoff, acto público, 1983 circa

tolerante y amplio», dijo al referirse a la masiva concurrencia del pueblo a las urnas y el perfecto orden reinante durante los comicios.

Petkoff aseguró que manifestaciones como la brindada ayer por los venezolanos demuestran que hay una base sólida en la población sobre la que puede asentarse la vida democrática y mejorarla. «Eso es lo que queremos que ocurra cuando se exprese la voluntad de los venezolanos en las urnas», añadió.

—¿Y cómo se siente Ud. luego de esta primera experiencia como candidato presidencial? —preguntó una periodista de televisión.

«Creo que no sería sincero si no dijera que estoy lógicamente expectante, ansioso por ver qué es lo que va a pasar, qué lenguaje van a hablar los venezolanos con sus votos, y estoy al mismo tiempo lleno de contento y de satisfacción porque la jornada va a ser en sí misma muy importante para el país. Estoy seguro de que sus resultados van a producir un cambio fundamental en el cuadro político venezolano».

Por otra parte, el abanderado del MAS y el MIR hizo un llamado a los electores que aún no habían acudido a votar para que lo hiciesen, «porque la democracia nos da un inmenso poder con el voto que no puede ser desperdiciado ni malgastado».

Luego Petkoff, trajeado de azul celeste y camisa del mismo color con rayas finas, se dirigió con su esposa al interior del Colegio Colinas de Bello Monte, donde votó en la mesa ocho. Allí fueron recibidos con grandes manifestaciones de cariño por las personas que se encontraban en la cola.

EL UNIVERSAL, 5 de diciembre de 1983

»1988«

Alfredo Álvarez

El Puma se soltó el moño en el mitin de CAP

Con ironía, el reportero relata los detalles de la última actividad de campaña de CAP. «El candidato llegó, y con él, la disciplina de calarse un mitin, que de seguro los militantes ya conocían»

DESDE EL PUNTO MÁS ALTO DE LA TARIMA se ve una columna de humo que se levantó sobre el elevado de la avenida Nueva Granada. La versión oficinosa sobre tan extraño suceso daba relación de que los militantes del barrio Guaicaipuro en ese momento se disponían a la quema simbólica de una urna, donde, según Aristides Hospedales, yacían los restos mortales de un tigre de Bengala que no alcanzó a ver su primera noche de Navidad.

Mientras los hombres del candidato trataban infructuosamente de comunicarse con Miraflores (querían confirmar una nueva versión sobre El Amparo), ya Gonzalo Barrios se encontraba cómodamente instalado en la fila que el protocolo seleccionó para los invitados superespeciales. A su izquierda posaba la figura serena de Blanca de Pérez, y a la derecha, la del secretario general del partido, Alejandro Izaguirre. Viva la institucionalidad.

Desde la mañana el comando de campaña afinó los más elementales detalles. Morales Bello chequeaba todo con la precisión de una institutriz suiza. Preguntó a Durán si se habían hecho los contactos con la base meteorológica, para desechar los rumores de una lluvia copeyana. Durán acotó que tal rumor no era más que la última manifestación del talento de Rafucho Salvatierra. Morales insistió sobre los contactos con Encarnación Rivas y la corte de Odian y Obatalá, como recurso auxiliar. Pastor Heydra saltó como un resorte y enunció como un *boy scout* que la misión estaba cumplida, señalando que ese sindicato y afines había anunciado su cuadratura con CAP. No había cabo suelto y Morales Bello indicó que la hora del almuerzo había llegado.

Faltaban por chequear los detalles del incidente del hotel Hilton, pero a buena hora se apareció en el comando de La Florida Alejandro Gómez Silva con su combo para dar

detalles al mismísimo Morales Bello sobre la fallida insurrección de Eduardo en el área de Parque Central. Olavarría –según el parte oficial– fue reducido por las guardias pretorianas de Eduardo y «el mal de morir» no fue más allá de un amago. Morales Bello pidió su chaqueta blanca (sin hombreras) y dijo que después del almuerzo meditaría un poco para estar en forma.

Todavía el cielo de Caracas estaba nublado y Morales Bello desconfiaba de los partes de guerra que le habían dado Durán y Heydra. Aun así, cuando llegaba a la concentración, justo a la entrada de Valle Abajo, el Sol despuntó como un grito y más de 10 toneladas de angustia desalojaron el carro donde viajaba el jefe del comando de campaña de CAP.

La tarima que se utilizó en Maracaibo volvió a Caracas, pero le agregaron nuevos aditamentos. Esta vez con más refuerzo; en ella podían estar cómodamente instalados unos 700 invitados, que a la hora de cantar *play ball* eran por los menos 1.000. Los adecos que corrieron con la gran suerte de sortear ese mar de policías mal encarados, dueños de una sola idea, y con la pasión exacerbada por partir narices, huesos y cráneos (al mejor estilo de un Rambo tropical), disfrutaron de 25 metros cuadrados de tarima de la más fina calidad e inigualable acabado.

El ingeniero Angel Barroyeta tomó un curso intensivo para el armado de tarimas por todo el interior del país a través del desarrollo de la campaña electoral. Entre el inicio del grito de guerra en el mes de mayo (con mítines en Valencia, Cabimas, y Puerto Ordaz), este infatigable ciudadano armó no menos de 2.100 tarimas en Venezuela. La que ayer albergó al máspreciado universo adeco tenía la altura de un edificio de 5 pisos, y colocó al candidato a más de 8 metros del asfalto. Barroyeta estaba feliz, por su obra... y porque no tendría mañana que armar la misma tarima en un sitio distante de Caracas. Para él, culminó la odisea.

A los lados de la obra de arte de Barroyeta y todo su combo, la presencia adeca desbordó todos y cada uno de los balcones del edificio. Apretujados, con sus binoculares y sus cámaras Instamatic, los fervorosos seguidores del candidato tomaron sus mejores ángulos. Ya Juan José Delpino y Sótero Rodríguez estaban en el ala izquierda de la tarima, y desde atrás Liliam Arvelo mostraba lo bien que le quedaba su mono Adidas color blanco, voto seguro.

A todas estas, el candidato anunció su llegada con los gritos del otro mitin que se arma al fondo de la tarima, circunstancia que Celestino Armas confirmó con sus propios ojos. Este dirigente se prepara con mucha seriedad para conducir el Ministerio de Energía y Minas, y para ello lució, con singular acierto, un casco de fibra de vidrio con su respectiva lamparita. Él, por supuesto, piensa que el triunfo está a la vuelta de la esquina.

Mitin one

Antes del candidato, entraron Wolfgang Larrazábal, Luis Piñerúa Ordaz y su esposa Berenice. Los organizadores del acto habían dispuesto un montacargas al fondo de la tarima

para que los invitados especiales hicieran su entrada con la mayor comodidad posible. Piñerúa y sus acompañantes lo utilizaron, pero el candidato se negó en los más enérgicos términos. Lo suyo es pasión de pueblo a mano alzada.

Si había entrado durante toda la campaña por la puerta grande de la tarima, no era este el momento para valerse de un recurso tan poco electoral como el montacargas. CAP y sus empujadores profesionales subieron por la escalera donde minutos antes me habían destrozado los lentes contra mi nariz. La gritería dio cuenta fácil del anuncio y en fracciones de segundos el jingle de las «manos que ves» lo delató a los sopotocientos adecos que allí se concentraron. El candidato llegó, y con él, la disciplina de calarse un mitin, que de seguro, ellos ya conocían.

A medida que la euforia subía, más adecos del más alto pedigrí se apersonaban en la tarima. Canache llegó también por detrás, en compañía de Virgilio Ávila Vivas, y todo un muestrario de bellezas adecas. En el entarimado no cabía un fotógrafo más, y a quienes nos competía atender el mitin nos llegó la hora de ponernos serios.

Antes del candidato, hicieron uso de la palabra Arístides Hospedales, quien se limitó a reivindicar las condiciones de estadista del candidato y a destacar cómo ellos estaban seguros de que lo suyo era bateo y corrido. Después le correspondió el honor al senador Gonzalo Barrios, pero la traducción simultánea no funcionó para el área de la tarima en que nosotros nos encontrábamos.

Por esta vez, el candidato nos sorprendió en la entrada de su mitin y no dijo sus célebres palabras de... «amiiiigooos y amiiigaaasss», sino que se nos fue por los más facilito, y habló de caraqueñas y caraqueños, y de venezolanos y venezolanas. El cambio de libreto se debió sin duda a que CAP fue informado de que la alocución suya era retransmitida a todo el país por 65 emisoras de radio, así como por los canales de TV 2, 4 y 10. Ese simple hecho motivó tan importante cambio en el guion.

Mitin two

Pérez organizó su intervención para dar cuenta fácil de los últimos malestares del clima de opinión en el país. Habló de los retos de Venezuela en el próximo año, así como de las duras circunstancias que él enfrentará de manera conjunta, con todo el colectivo nacional. El repunte de la OPEP fue saludado como una buena nueva navideña, pero el candidato estima que la consigna debe ser trabajo, trabajo y más trabajo. Eso debió sonarles muy bien a los de la CTV, quienes enfrentan unos porcentajes muy altos y dignos de un país en desarrollo.

Aun así, CAP vaticinó que el año 89 será de buen talante, en virtud de las reformas electorales que su eventual gobierno propiciará. No tenía cinco minutos en su apogeo verbal cuando José Luis Rodríguez, su presentador oficial, hizo acto de presencia. Pérez detuvo su mitin y le dio chance para que el Puma, además de arrancar los gritos de pasión entrecortada, le diera espacio a la prédica cinética a favor del voto indeciso, blanco,

ninguneado y húmedo. También se vale.

El Puma apeló a sus mejores dotes de orador evangélico. Presentó al hombre como en todos los mítines del interior del país y se soltó el moño para sorpresa de los presentes. Arrancó más plausos que cualquiera de los predecesores de Pérez.

El Puma hizo lo suyo, y CAP retomó la palabra. Aclaró su posición frente a El Amparo, la calidad del debate electoral, la posición de AD y la del candidato frente al Golfo, y pasó después a echarles tierrita a las insinuaciones del debate de Fernández.

A estas alturas la euforia colectiva era enorme. Pérez les decía a los presentes y a los oyentes cómo acomodaría el país y los adecos daban por descontado su triunfo sin consultar el oráculo el 4 de diciembre.

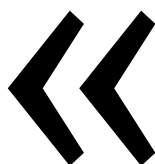
Yo, humilde reportero del suceso y la noticia, asistía a la última pauta de una jornada de más de tres meses. Enhorabuena.

EL NACIONAL, 1º de diciembre de 1988

»1988«

La propaganda salió del exilio y la Ley Seca pasó a la reserva [★]

El triunfo adeco apareció, se decretó, se desató en cornetazos, pitazos, abrazos, justo a las 8:55 pm, cuando el CSE anunció su boletín



¡PÚYALO!», GRITÓ UN ADECO, cartera de ron en mano, cuando el merengue dominicano que se escuchaba en la Andrés Bello dio paso al primer boletín que emitió el CSE. Y la voz de Delgado Chapellín de verdad fue el detonante. El triunfo adeco apareció, se decretó, se desató en cornetazos, pitazos, abrazos, justo a las 8:55 pm. La propaganda salió del

exilio y se convirtió otra vez en banderas blancas, manos ambulantes, frases recargadas de «energía». La Ley Seca, en cambio, pasó a la reserva (en donde por buen tiempo estuvo Caldera). Las botellas corrieron, las latas crujieron, las calles se humedecieron de etil y sudores. Delgado Chapellín dio la luz verde y los adecos, de nuevo, se adecuizaron. Después del boletín, siguió la música: del merengue se pasó a la salsa y de la salsa a los vallenatos. El adeco seguía gritando «¡Púyalo!, ¡púyalo!», mientras las canciones se dejaban colar (tanto como el ron). Las pintas de las paredes, casi confinadas por el cese de campaña, se revalorizaron, las revalorizaron los electores que hasta las leían en coro: «Tu voto dio en el blanco... un voto per CAPita».

EL DIARIO DE CARACAS, 5 de diciembre de 1988

»1993«

Alberto Morán

Álvarez Paz cerró a golpe de gaitas

Hasta los niños aplaudieron al aspirante zuliano en el último acto de campaña en su tierra

DESDE LAS DOS DE LA TARDE comenzó a llegar la muchedumbre. El sol todavía ardiente hizo refugiar a los primeros militantes en quioscos de refrigerios y en otros negocios asentados en la avenida Dr. Portillo. Hubo algunos que trajeron sus propias provisiones.

A medida que comenzaba a caer la tarde, llegaban señoras con sus niños. Ellos también aplaudieron al candidato en su mensaje de cierre.

Los simpatizantes de OAP, paralelamente al grupo coordinador del mitin, se organizaban tipo barra, como para ir a aplaudir a un artista.

Ya cuando Oswaldo subió a la tarima, la avenida se encontraba repleta de personas.

Se escuchaban consignas, arengas, inclusive algunos militantes exhibían urnas de los candidatos de la oposición.

Los técnicos de radio y televisión ultimaban detalles para grabar el mensaje. Funcionarios de la Cantv se encontraban cerca de las tranquilas. Cuidaban de alguna eventualidad imprevista con el cableado telefónico.

La gente llegó en cualquier tipo de vehículos. Unos a pie, otros en carros particulares y la de los barrios fue trasladada en bus.

A las seis de la tarde, la intervención del candidato fue interrumpida por la ovación de la militancia. Y así continuó el discurso hasta casi las siete de la noche, cuando se despidió de su público zuliano.

Había de todo. Aplausos. El candidato paraba el mensaje y respondía a las expresiones con sentimientos propios del zuliano.

OAP, en compañía de su señora esposa, María Eugenia de Álvarez, bajó de la tarima, desde donde se dirigió a toda su militancia.

Lo seguían el candidato a la gobernación por la tolda verde, Leonardo Ferrer, así como otros socialcristianos que le acompañaron durante todo el discurso y al culminar le reiteraron su apoyo.

El abanderado copeyano bajó al golpe de gaitas del entablado movible que prepararon con antelación. Llegó a la segunda parte de la tarima para tomar la última escalera que lo llevó a tierra firme. En ese momento hubo señoras copeyanas que rompieron los círculos humanos y lograron subir a recibir al candidato en la primera plataforma y hasta donde OAP había logrado llegar. Los periodistas, en medio de la muchedumbre, apenas pudieron poner el grabador y grabar las últimas palabras del candidato.

—Debemos respetar los resultados electorales y hacerles honor a los compromisos contraídos, de manera de trabajar juntos después de las elecciones para reconstruir a Venezuela —dijo.

A una pregunta respondió: «Los venezolanos están maduros y esos los hace conscientes de su deber. Van a ir a votar, acudirá la Venezuela que trabaja, que escucha, que promete».

Se necesitó de la intervención de más hombres para acordonar la escalera por donde tenía que bajar Álvarez Paz.

El aspirante logró descender de la mano de su esposa a tierra firme. Y allí se volvió a romper la barrera humana. La gente le tendía la mano para saludarlo. Poco a poco fue saliendo de la multitud hasta abordar el auto que lo aguardaba.

La gente, por su parte, volvió a sus vehículos para retirarse en tanto que los que andaban a pie caminaban desordenadamente sobre las aceras y por el centro de las avenidas.

A las ocho de la noche, la Dr. Portillo y las calles adyacentes habían logrado recobrar la calma.

PANORAMA, 2 de diciembre de 1993

»1993«

Gregorio Salazar

En el día de Caldera la abstención fue la gran olvidada

El 5 de diciembre de 1993, aunque no fue un día de paz, la jornada comicial vista desde el CSE transcurrió en una bucólica quietud provinciana

FUE DEMASIADA LA QUIETUD, la calma chicha citadina, para una fecha que se supone cargada de trascendencias, de bruscos cambios de rumbos, de saltos hacia adelante. Pero no fue propiamente lo que puede llamarse un día de paz. Todo lo contrario, fue –como lo anunciaban las encuestas– el gran día de Rafael Caldera.

Las horas pasaron cargadas de presagios meteorológicos. Desde la sede del Consejo Supremo Electoral, donde días atrás todo era actividad, agitación y movimiento, pudo apreciarse en toda su magnitud el letargo, la bucólica quietud provinciana que cayó sobre el valle de Caracas.

Desde el mediodía, cuando algún funcionario del organismo electoral dio a conocer proyecciones numéricas, comenzaron a ceder las expectativas. Y es que cuando usted da una cifra y le pone hasta dos decimales, todo queda fuera de dudas, invulnerable a cualquier inclinación escepticista, aunque se desconozca la fuente original.

Esos primeros guarismos señalaban 35,14% para Rafael Caldera, 24,98% para Andrés Velásquez, 21,46% para Oswaldo Álvarez Paz y 15,96% para Claudio Fermín. Y por allí siguieron orientándose los pronósticos.

En adelante, volviendo a las cuestiones atmosféricas, pareció inevitable que la luz difusa del cielo –entre blanco y plomizo–, que había reinado durante todo el período, diera paso a un firmamento de un sorprendente azul intenso. Y hubo quien hizo votos para que el nuevo color viniera con todas sus connotaciones poéticas.

El reto de la democracia

Mientras transcurre el proceso electoral, la tensión está en la calle, en los tumultos frente a los centros de votación, en las angustias de los comandos de campaña. El CSE entra



Rafael Caldera, en campaña presidencial 1993 circa

en un receso expectante y calichoso, hasta que con la llegada de los sobres número uno, contentivos de las actas con los resultados del voto presidencial, los ojos del país y los del exterior vuelvan a volcarse sobre la sede electoral.

Una que otra consabida declaración sobre la «gran jornada cívica del pueblo venezolano», el «gran ejemplo de civismo», que ciertamente lo fueron, y la espera por el ansiado primer boletín –tormento de los medios de comunicación– matizan la espera de los reporteros.

A eso de las 2 de la tarde, después de la declaración de Isidro Morales Paúl, presidente del CSE, diciendo que Venezuela había aceptado el reto de la democracia y había dado un gran ejemplo a América Latina y el mundo, vino una brisa tenue para mantener a raya el calor y comenzó a mecer levemente los mangos y las palmeras de la plaza Diego Ibarra, irreconocible sin su ajetrear de vendedores de bisutería, comparsas de soldaditos, transeúntes de paso urgido y taconear que levanta piropos. El agua estancada de sus fuentes, ayer apagadas, remarcó el clima de estabilidad del ambiente.

Hay agitación cuando llega Pablo Medina, quien depara una de las primeras sorpresas de la tarde. Denuncia que la DIM detuvo a los testigos de La Causa R en la mesa de La Rosaleda, donde votó el abogado Freddy Gutiérrez, recientemente puesto en libertad. Obviamente, no causa sorpresa ver a Medina formulando denuncias, pero sí enfundado en un traje de lino –verde tenue– nuevecito. «Tranquilos, que el equipo gana. El pueblo ha respondido acudiendo masivamente a las mesas de votación», dijo.

A medida que avanza la tarde, se intensifican los piticos de los celulares y proliferan las proyecciones siempre en el mismo orden: Caldera, Velásquez, Paz y Fermín, aunque este marcador comenzó a invertirse en los dos últimos puestos según los cómputos de las televisoras. José Amalio Graterol, quien ve al reportero como si ya se sintiera ministro de Agricultura y Cría, anuncia que Caldera ha ganado en toda Venezuela, menos en Bolívar y Zulia.

A todas estas, nada circula sobre cálculos en las tarjetas a los cuerpos deliberantes, aunque, a juzgar por los porcentajes de las tarjetas presidenciales, ya se puede vaticinar la férrea oposición que tendrá el presidente Caldera en La Causa R, Acción Democrática y un Copei maltrecho y archirreconcomiado con su fundador, que lo acaba de mandar por tercera vez consecutiva a la oposición, donde ya lleva 10 años y habrá de permanecer por lo menos 5 más.

Pasadas las 4:30, los representantes del Alto Mando Militar se hicieron nuevamente presentes en la sede del CSE para ratificarle su apoyo. Destacan la eficiencia del Plan República y la derrota que se le infringió a la abstención, que a esa hora se estimaba por debajo del 20%.

Y a cada paso de algún alto funcionario del CSE, la inevitable pregunta de los reporteros: «¿Y a qué hora van a dar el boletín?». «Después de las 9», fue siempre la vaga respuesta.

De los reporteros partieron también las mayores quejas: una, a las empanadas que repartió el CSE y que a algunos les parecieron rellenas de polietileno. Y otra, a los gorilas que nuevamente contrataron las televisoras para repartir empellones entre los periodistas a la hora de las entrevistas. Esta vez parecieron haberlos pedido prestados a alguna empresa de protección de valores.

Ni Isidro Morales Paúl ni los otros directivos del CSE ocultaron su satisfacción por el funcionamiento del operativo electoral y por la participación masiva del principal protagonista de la jornada, que indudablemente fue una vez más el pueblo venezolano con su abrumadora asistencia a las mesas de votación. A las 6 de la tarde había centros de votación de Caracas con centenares de personas esperando su turno. Ciertamente, la abstención fue esta vez la gran olvidada, al menos en el área metropolitana de Caracas.

»1993«

Migdalís Cañizales V.

Cuando Miraflores no fue noticia

El presidente saliente, Ramón J. Velásquez, siguió con su gabinete, a través de la TV, las incidencias electorales que ocurrían fuera del palacio

LA SOLEDAD EN EL PALACIO DE MIRAFLORES. Ayer en horas de la mañana, mientras el presidente Ramón José Velásquez hacía un recorrido por todos los canales de televisión, su despacho permaneció cerrado hasta las 1:30 de la tarde cuando comenzaron a desfilar no solo los miembros del gabinete ejecutivo sino personalidades públicas.

Pese a que el jefe de Estado no se encontraba en el palacio, los efectivos de la Casa Militar no descuidaron las obligantes medidas de seguridad a la hora de entrar a Miraflores. En esta oportunidad no solo los visitantes pasaban por las puertas de previsión sino también los empleados, a quienes los efectivos de la Casa Militar les quitaron los carnets.

En la sala de prensa un escaso número de periodistas y camarógrafos observaban las incidencias del proceso electoral a través de tres monitores a todo color. Mientras que en los pasillos del palacio solo se encontraban los efectivos de la Guardia de Honor vigilantes de la única visitante de Miraflores ayer en la mañana: la soledad.

En la tarde comenzó el movimiento

A la 1:30 pm el presidente Velásquez llegó al Palacio de Miraflores. El primer visitante fue el Fiscal General de la República, Ramón Escovar Salom, para conversar sobre la marcha del proceso electoral.

Escovar Salom insistió que en estas elecciones hay que estar «muy claro» en la integración del Congreso de la República porque se está estrenando un nuevo sistema en cuanto al método uninominal, que ha sido un paso de avance. Aseguró el Fiscal General, a la 1:30 de la tarde, que hasta el momento no hay ningún riesgo de golpe de Estado. Asimismo señaló que en caso de alguna denuncia sobre irregularidades en el proceso, el Ministerio Público aplicará los mecanismos que le otorga la Constitución.

Posteriormente, el presidente de la República en compañía de algunos miembros del gabinete ejecutivo observó a través de la televisión los resultados de los comicios en su despacho. Para hoy se espera un día muy movido en el palacio de Miraflores porque podrían asistir las nuevas autoridades del poder Ejecutivo y del Legislativo.

EL DIARIO DE CARACAS, 1993

»1998«

Gustavo Rodríguez

El guardaespaldas del presidenciable en campaña

Mientras que al candidato le preocupa obtener el triunfo, al custodio, próximo a su retiro, le quita el sueño mantenerlo a salvo

ANTES DE LLEGAR AL COMANDO DE CAMPAÑA se detuvo apurado en una farmacia de turno ubicada en la avenida Libertador para comprar un paquete de toallas sanitarias. Se encontraba aún somnoliento por haber estado la tarde y noche anterior en la peregina de la parroquia Sucre. Le correspondió camuflarse como encuestador para conocer el perfil político y la simpatía de los habitantes de Catia hacia el «principal», como suelen decirle al candidato presidencial. En realidad, él integró la avanzada y tuvo que amanecer diseñando el plano de la planta, las rutas de evacuación en caso de un atentado.

A primeras horas de la mañana tenía que estar listo el croquis donde se explicaba la cantidad de calles que tendrían que recorrer para planificar el despliegue de seguridad. A un lado del croquis, más bien parecido a un rudimentario levantamiento planimétrico, se encontraba el cajetín que identificaba el lugar, se describían los sitios altos donde eventualmente un francotirador podría poner en peligro la seguridad, la cantidad de alcantarillas y las condiciones en que se encontraban, el número de calles y sus salidas hacia las principales arterias viales.

En la reunión se conversó sobre la encuesta realizada por el equipo de seguridad. Cada miembro del equipo conocía la función que debería realizar. «Las cosas en Catia no están muy buenas para el partido y tenemos que aplicar un anillo de seguridad en hexágono», dijo a sus compañeros mientras sostenía en sus manos un periódico en el cual una encuesta señalaba lo contrario.

Este tipo de anillo consta de seis hombres ubicados a los lados del candidato. Otros guardaespaldas se encargarían de caminar simultáneamente por las aceras observando a la muchedumbre.

Cuando el «principal» llegara al lugar del agasajo, por ser un sitio cerrado, el desta-

camento pasaría a ser un anillo simple conformado por un solo hombre y a él le correspondería ser el «San José», es decir que, al igual que en un pesebre, estaría siempre a la izquierda del «Niño Jesús». Ello obedece a que por lo general los autores de los atentados son diestros y de esta manera se pueden neutralizar con facilidad.

Faltaban dos horas para que el «principal» y su equipo realizaran su última caminata en el cierre de campaña. Un ex funcionario policial que integró la avanzada confirmó que los hospitales más cercanos –el Periférico y Los Magallanes– estaban sin novedad porque no había huelga de médicos. Sin embargo les recordó que cada uno de los guardaespaldas debe llevar, además de sus respectivas armas y el equipo de primeros auxilios, al menos una toalla sanitaria en sus bolsillos para ser utilizada como esparadrapo ante una eventual herida que sufra el «principal» o un integrante del comando de campaña.

No fue necesario recordarle la ubicación de los módulos policiales y las comisarías de la PTJ más cercanas. Todas las unidades estaban operativas, pero utilizarían solo una motocicleta, una camioneta *pick-up* y dos autos rústicos. Ello permitiría a los espalderos una mayor visibilidad hacia adelante y hacia atrás del carro donde se desplazaría el «principal».

Todos los accesos a la tarima serían ocupados por el equipo de seguridad. Entre el público se infiltrarían al menos seis hombres. Antes de partir, cada uno revisó sus armas y se santiguó. Para ello el calibre no es importante y por eso cada quien usa el arma que le agrade más. Lo importante es que la ojiva del proyectil tenga suficiente poder de parada, capaz de neutralizar a cualquier agresor, porque la misión del guardaespaldas es preservar la integridad física del candidato, mas no matar.

El equipo de seguridad lleva una escopeta y una subametralladora, fundamentales a la hora de una revuelta.

La Venezuela del año 2000

Después de varias intervenciones de activistas locales comenzó el discurso del «principal», quien llegó una hora después de lo previsto, por el lugar y el sitio planificados. Le prestaban poca atención a las frases hechas, promesas y a los planes de gobierno de la Venezuela del año 2000. Observaban atentamente las manos y reacciones de todos los presentes. Carecían de un equipo de comunicación «manos libres», pero contaban con radios.

Los que custodiaban los vehículos anunciaron por el canal que el transporte estaba listo y en posición para sacar al «principal» cuando el jefe de campaña lo decidiera. Un motorizado recorría simultáneamente las calles adyacentes para evitar incidentes de última hora como una imprevista barricada.

Deseaba que el discurso terminara cuanto antes. Necesitaba dormir porque al día siguiente tenía que planificar la seguridad de otra «caminata del triunfo» y sería parte del primer anillo.

Dijo a sus compañeros que aprovecharía el día libre para celebrar su cumpleaños. Pen-

saba que tal vez esta sería la última campaña electoral en la que trabajaría como guardaespaldas, porque cumpliría 37 años de edad. En ese trabajo se prefieren hombres entre los 25 y los 35 años. «Deben tener la madurez necesaria para enfrentar una situación inusual pero también las condiciones físicas necesarias para correr detrás de una caravana durante tres y cuatro horas», expresó casi resignado. Deben, además, tener una estatura promedio de entre 1,75 y 1,85 y ser de contextura regular, porque al colocarse el chaleco antibalas puede verse fuera de lo común. Pierden la discreción.

Su esposa lo llamó por el celular y aprovechó para decirle que no lo esperara porque en la noche se «montaría» de nuevo con el «principal» y que si deseaba hacerle un obsequio de cumpleaños preferiría unos lentes oscuros. Los anteojos protegen más la vida del candidato que la vista de los guardaespaldas, con ellos se impide que un agresor en potencia pueda advertir que sus ojos están puestos en otro objetivo para atacar.

Antes de colgar le recordó que la vida de un guardaespaldas de un candidato presidencial es difícil. «Esa mujer mía tal vez cree que está casada con Clint Eastwood o Kevin Costner. Ojalá esto fuera la película *El guardaespaldas* y ella Whitney Houston».

EL UNIVERSAL, 29 de noviembre de 1998

»1998«

Roberto Giusti

19 kilómetros de cabalgata en lomos de Frijolito

Más de tres mil jinetes, liderados por Henrique Salas Römer, marcharon al trote por toda Caracas en un ritual con aires independentistas que dejó un aroma de boñiga y sudor equino

LOS OLORES A BOÑIGA, SUDOR DE CABALLO Y CARNE ASADA, la música llanera y las fogatas hicieron de Los Próceres, la noche del sábado, una réplica pasable de un vivac patriota en la guerra de Independencia. Solo que al amanecer la batería de cuarenta computadoras donde se registraban a los caballistas, la interminable fila de camiones ganaderos y el sonido de los celulares rompían la ilusión para colocarnos en lo que no era sino un muy bien organizado acto de masas.

Modosillos caballos de paso venidos de las tierras altas, jamelgos huesudos de Paria-guán, nobles brutos de pesada estampa con las trazas de bregar el día a día delante de un arado, potras zainas de donoso porte, corceles árabes, yeguas mestizas, caballitos casi como jumentos, y los jinetes: mozas morenas que marchan al trote para anotar su pony en el cupo del pienso, hacendados del sur del lago que riegan su ración de carne en vara con un escocés sin anestesia, vaqueros de las llanuras de Apure, campesinos del páramo sobre lanudos rocines. Más de tres mil caballistas listos para la cabalgata de 19 kilómetros, a la espera de Salas Römer, mientras el sol calienta y el padre Bueno imparte una bendición expeditiva a los jinetes. Frijolito, acostumbrado a estos trotes, es ensillado por Salas Römer y acepta, con equina distancia, el homenaje de una gran cantidad de personas deseosas de conocer al único caballo, después del caballo blanco de Simón Bolívar, que ostenta rango de personaje político de este país, aunque nunca falte un burro.

Poco después de las once este verdadero ejército montado sale de Los Próceres y en la arrancada el caballo de Humberto Calderón Berti se encabrita. Solo la firmeza del jinete, aunado a su peso, domina al animal, espantado por la multitud que a la vera de Los Próceres corea el nombre de Salas Römer y grita, como consiga, la palabra «democracia». Calderón se convierte en la primera baja de la batalla sin haberse disparado el primer tiro.

Cuando enfilan hacia La Bandera se produce una larga parada. En La Carlota no han permitido el despegue de los helicópteros que harán la cobertura aérea. Salas pide un celular y se comunica con el ministro de la Defensa. Cinco minutos después aparecen los helicópteros y la cabalgata invade la avenida Nueva Granada. En ese momento aparece la más bella amazona del universo. Alicia Machado provoca delirios en los grupos que con banderas amarillas saludan el paso de los jinetes y nadie repara en su novio, en lomos de un rocín andaluz de poco lucimiento.

Luego brotan los chavistas con un letrero: «Oligarcas, temblad». Ruidosos, furibundos, enardecidos, solo atinan a gritar «Chávez». Salas Römer sonríe, se lanza hacia ellos y muy pocos dominan el deseo de darle la mano. Bajo el sol de plomo del mediodía pasan frente a Roca Tarpeya y el Helicoide. Desde arriba, desde los cerros, agitan banderas de todos los colores. Un grupo enarbola una improvisada pancarta, «Salas, los adecos estamos contigo», y el candidato envía un beso hacia el anexo de la cárcel de mujeres de La Planta, desde donde se escapa un griterío ensordecedor.

Puente Hierro, la Baralt, El Silencio, la Urdaneta. Salistas y chavistas miden fuerzas sin violencia y cuando pasan por el Banco Central, desde la terraza hombres y mujeres bien vestidos agitan sus brazos. Uno de ellos observa reflexivo y luego saluda: el ministro Petkoff, quien cruza las líneas enemigas y se encamina hacia el ejército de Salas.

Llamado a la libertad

La cabalgata culminó en la avenida Victoria, donde sus seguidores se aprestaron a escuchar un discurso de cierre de campaña capitalina. Reinaldo Armas lo recibió con un canto llanero y al son de la tonada criolla se aproximó a la tarima, donde estuvo acompañado todo el tiempo por su esposa, Raisa Feo La Cruz.

El candidato resaltó el resultado de la cabalgata y no escatimó esfuerzos para fustigar a su adversario en esta contienda, a quien acusó de pretender vulnerar las libertades democráticas. Su rechazo a la convocatoria de una asamblea constituyente se dejó sentir una vez más. Finalmente, dijo a los que aún siguen a su adversario que no pueden permanecer al lado de un hombre que no representa el sentido de grandeza y libertad para el que nació Venezuela.

EL UNIVERSAL, 30 de noviembre de 1998





Henrique Salas Römer, 1998

»1999«

Luis Zambrano

Chávez: «Para que gane el sí, vengan a mí los ricos»

A una semana de la aprobación de la Constitución, el presidente Hugo Chávez abrió los patios de Miraflores a sus seguidores y se declaró «indómito»

EL PRESIDENTE HUGO CHÁVEZ llamó a los ricos y a la clase media a plegarse al SÍ, en un acto de masas de hora y media en Miraflores, teniendo un final de fuegos artificiales y música, donde se presentó a Adrián Guacarán cantando merengues y guarachas con una orquesta de Barlovento.

Desde primeras horas de la tarde, el público se fue aglomerando a las puertas de Miraflores. Al mismo tiempo, una empresa montaba los equipos de sonido y las tarimas donde estaría Chávez con sus ministros. La prensa instalaba sus equipos. Mientras esperaban el momento de la intervención del Presidente, el público entró al palacio, teniendo acceso solo al patio y los corredores. Se asomaban hacia los salones internos por los vidrios de las puertas. Para la mayoría, era la primera vez que entraban, quedándose sorprendidos por el mobiliario, los cuadros, las lámparas, las alfombras y las pinturas. Confundían a Joaquín Crespo con Cipriano Castro. Muchos al observar una gigantesca mesa donde el Presidente se reúne con su gabinete señalaban: «Ahí era donde se hacían anteriormente los guisos». A las 7:20 cerraron el paso al palacio porque el Presidente saldría.

Palacio del pueblo

Diez minutos antes de que apareciera en escena Chávez intervinieron Noelí Pocaterra, Yoel Acosta Chirinos y Aristóbulo Istúriz. Noelí saludó en su lengua indígena y dijo: «En este acto están presentes los caciques Guaicaipuro y Paramaconi guiando nuestros pasos». Aristóbulo, que no les teme a los fantasmas, enfiló sus baterías contra AD, lanzando de inmediato un reto a la masa: «El que no se agache es adeco». Los soldados y los periodistas pasamos por adecos. A las 7:30 apareció el Presidente junto con la primera dama, Mari-sabel, y su hija Rosa Virginia. Juan Barreto, director de *El Correo del Presidente*, luego de pedir un aplauso «para nosotros mismos» —es que últimamente no tiene quien le aplau-

da— le cedió los micrófonos a Miquilena para que presente «al Presidente del siglo XXI». El presidente de la ANC, Luis Miquilena, hizo entonces la presentación del líder, quien inició su intervención cantando el himno nacional, seguido por una multitud bien acompañada.

Chávez se dirigió «a los hombres y mujeres patriotas de Venezuela» y les dio acogida: «Bienvenidos a este espacio reconquistado por el pueblo. Bienvenidos al palacio del pueblo. Me da gusto tenerlos aquí, en este primer aniversario de la revolución bolivariana». Se desparrramaron nutridos aplausos que cesaron al reiniciar el discurso en el que recordó el 6 de diciembre, pero de inmediato se devolvió a los sucesos del 27 de febrero, del 4 de febrero y del 27 de noviembre, señalando que la revolución había nacido el 27-F y se ha venido consolidando a través del tiempo. «Cuánta tragedia aguantó el pueblo, cuánto dolor, pero así son las revoluciones, son como volcanes, nadie las planifica [¿?], nadie las anuncia, pero de pronto estallan».

La maldición de Bolívar

Los ministros, los gobernadores, líderes del PPT y MVR y quienes habían intervenido al principio estaban hipnotizados con el verbo de Hugo. Nadie pestañeaba, todos atentos a la palabra del guía, como esponjas, «grabando» para cuando les toque hablar en otros escenarios. Fue momento de recordar a los caídos. Por ello mencionó a los comandantes Felipe Acosta Carles y Jesús Ortiz Contreras. Se recordó a sí mismo: «Recuerdo al mayor Hugo Chávez, una madrugada de abril. Nos había caído la maldición de Simón Bolívar cuando dijo: 'Maldito el soldado que vuelva sus armas contra su pueblo'. Por ello, en una reunión clandestina decidimos impulsar y acelerar la revolución militar que estaba latiendo en los cuarteles de Venezuela. Muchos hablan de golpe, pero eso no fue un golpe, sino una revolución militar». Tras el recuento histórico, Chávez precisó: «Estamos ocho años después del inicio de esa revolución con estos resultados».

Cadena sin límite

Habló a las masas de las bondades de la nueva Constitución, calificándola como la mejor del continente americano, «pues entre otras cosas le pone un freno al neoliberalismo salvaje que quería destruir a Venezuela y, además, privatizar todo». Chávez sabe manejar al público y percibe cuándo ya está cansado, por eso enseguida lo libera de tensiones con preguntas y frases que caen bien y causan risa: «¿Y qué será de la vida de Frijolito? ¿Recuerdan a Frijolito?». Enciende de nuevo al público: «No daremos tregua, ni pedimos tregua».

Le recordó a la audiencia que el 8 a las 8 es el cacerolazo de los del NO (y también el 9), al que hay que responder con un cohetazo. Pidió también que cuando hable en cadena hagan sonar las mondongueras (lo mismo piden los del NO, así que la táctica huele a trampa). Advirtió a sus enemigos políticos: «Ahora es cuando voy a hablar duro, para que aprendan a respetar al pueblo, y la próxima cadena va a ser sin límite de tiempo y la hare-

mos desde la calle con el pueblo y voy a hablar y hablar hasta que no quede nadie».

Chávez se declaró indómito: «A mí no me ponen freno, yo soy indomable».

Entonces entró en acción la música y el público fue sorprendido por la banda de Víctor Sosa, tocando el pasodoble de Billo's «Ni se compra ni se vende», que cantó Adrián Guacarán. ¿Recuerdan al niño que le cantó al Papa? Bueno, también interpretó «Apágame la vela, María» y «El negrito del batey». Por cierto que don Luis Miquilena sacó a bailar a Marisabel, le dio una vueltita, y la primera dama, muy elegantemente, se quitó de encima al viejo.

Chávez se despidió del público invitándolo para que esté allí nuevamente el 15 por la noche. «Aquí los espero».

EL MUNDO, 7 de diciembre de 1999

»2000«

Gisela Rodríguez

¡Mande, mi comandante!

Hugo Chávez giró instrucciones en la avenida Bolívar para «el juego perfecto» que esperaba para la aprobación de la nueva Constitución. Levantarse a las 3 de la madrugada del día 15 y evitar «comandos realengos», mandó

A LAS 3:30 DE LA TARDE YA ESTABA CHÁVEZ haciéndose sentir entre el público. Repartió abrazos, besos y hasta firmó autógrafos. La Marcha por la Victoria pasó de fiesta bolivariana a mega reunión del Comando Maisanta, donde solo se escucharon órdenes. «Oído al tambor... tomen nota». Levantarse a las 3 de la madrugada del día 15 so pena de recibir un balde de agua fría y evitar «comandos realengos» fueron dos de las directrices dadas. La tarde avanzaba y Chávez continuaba dando órdenes: «Las mesas deben estar abiertas hasta que haya votado la última persona», advirtió a Willian Lara y a Mary Pili Hernández. Deben acostarse temprano el 14 y no inventar cosas esa noche, recomendaba el Presidente, quien buscaba confirmación entre sus diputados: «Yo creo que podemos dormir, Cilia [Flores], unas cinco horas». Y aquellos que tienen vehículos, recibieron el mandato específico de ponerlo a la disposición del comando.

Las órdenes se fueron dando poco a poco porque «el diablo anda suelto» y «el juego tiene que ser perfecto», repetía el comandante.

Mostró su satisfacción por la concentración y felicitó a sus organizadores mientras usaba binoculares para ver hasta el último Florentino que se encontraba al final de la avenida Bolívar. El sol emprendía su retirada cuando el soberano comenzaba a gritar «¡cadena, cadena!».

«No pierdan el tiempo pidiendo cadenas, somos respetuosos del CNE», respondió un jefe de Estado que minutos más tarde instaba a sus adversarios a liberarse de «las cadenas que los oprimen».

No perdió la oportunidad para cuestionar a los opositores, a quienes comparó con el grupo Los Amigos Invisibles, y no precisamente porque anden en la onda del rock, sino porque «ya no se ven».



Arias Cárdenas y Hugo Chávez, 1994 circa

»2000«

María Gabriela Méndez

«Ahora sí que no nos gana ni Bambarito»

En el «gran acto de la victoria patriótica» en la avenida Bolívar, Hugo Chávez pidió ganar en todas las instancias. Un judas con la cara de Arias Cárdenas llevaba un letrero: «Soy el traidor, príncipe de los oligarcas»

DESDE LAS 3 DE LA TARDE COMENZARON LOS ACTOS que precedieron la breve alocución presidencial –poco más de una hora– que cerraba la campaña electoral. Había para escoger: tambores, rap, música llanera, trova, merengue y hasta un cuarteto de esculturales chicas forradas en lycra que bailaron canciones de Shakira.

Reactivar la economía

No faltaron tampoco las cervezas ni los vendedores ambulantes. Adminículos de toda especie alusivos al Presidente se vendían como pan caliente: desde las consabidas boinas de fieltro rojo hasta llaveros, fotografías y yesqueros. Este evento sí que reactivó la economía.

Antes de que Hugo Chávez hiciera su entrada triunfal junto a Marisabel, Juan Barreto y Freddy Bernal se encargaron de encender los ánimos. «El traidor le tuvo miedo a la Plaza Bolívar, por eso se fue para el Este», dijo Barreto. «Vamos a derrotarlos, con Chávez manda el pueblo», frase final de todas las ideas. Por su parte, Bernal pidió cárcel para Ledezma, «el pupilo de Carlos Andrés Pérez», y prometió una ciudad digna.

Luego de entonar el himno nacional acompañado de un inmenso coro, Chávez consultó democráticamente con el soberano cuántas horas duraría su alocución. Y abrió fuego: «Ahora sí es verdad que no nos gana ni Bambarito».

Prometió «cadena en horario estelar»: «El martes 2 de agosto entraremos en una nueva etapa de recuperación económica y reconstrucción social para colocar a Venezuela a la altura de las naciones de América y el mundo».

La lluvia por un rato intentó apagar los ánimos, pero paraguas en mano, la fiesta continuó sin aspavientos. Solo los vendedores ambulantes, previendo una posible estampida,

comenzaron a rematar «tres cervezas por mil». De fondo un estribillo: «El cielo encapota-d anuncia tempestad, oligarcas temblad, viva la libertad». Un judas con la cara de Arias llevaba un letrero: «Soy el traidor, príncipe de los oligarcas».

Un cuadro hecho en creyón reunía en un tríptico a Cristo, Bolívar y Chávez. Niños de menos de dos años vestían de comandantes y hasta un perro lucía su boina.

«No a la base militar»

Entre las ideas que estuvieron al margen de la batalla electoral, Chávez aseguró que no permitirá la instalación de una base norteamericana en el Esequibo: «Vamos a defender el honor nacional. Al pueblo venezolano se respeta».

Al referirse al desfile cívico-militar «más espectacular de los últimos cien años», dijo: «El uniforme me lo pongo cada vez que me dé la gana».

No faltó la mención a Cuba, que en la mañana de ayer celebrada el 47 aniversario del asalto al Cuartel Moncada, considerado como el inicio de la Revolución cubana.

Los oligarcas tampoco se salvaron de la mención: «Los oligarcas le tienen miedo a la espada de Bolívar», dijo al hacer referencia al reciente acto del 24 de julio, al tiempo que señalaba que la espada estuvo guardada por el puntofijismo en la frialdad del aire acondicionado.

Chávez enfatizó, tal y como lo hicieron de manera didáctica desde cada una de las tarimas distribuidas en toda la avenida, la importancia de ganar la mayoría en la Asamblea Nacional. Aseguró ganar todas las alcaldías y gobernaciones de Venezuela. «Saquen a ese gobernador copeyano de Miranda y elijan uno para la revolución» dijo el Presidente.

La campaña tuvo su punto final. Al menos esa fue la razón de tal evento.

EL MUNDO, 27 de julio de 2000

»2000«

Milagros Socorro

«Yo también tengo miedo, pero no lo demuestro»

Una gira en Margarita con Francisco Arias Cárdenas, que en 2000 retó en las urnas a su antiguo compañero de cuartel, Hugo Chávez

ESTOS AVIONES ALQUILADOS PARA CUBRIR RUTAS ELECTORALES no suelen tener más de ocho puestos, quince a lo más. No son más que insectos de hojalata que comienzan a remecerse en cuanto despegan la panza del suelo. Y aunque los dos pilotos responsables de su conducción se presentan en el hangar a la hora señalada, muy atildados y sin rastros de resaca, nada puede contribuir a que descienda la intensidad del miedo. No el mío, desde luego. En nuevo acto de temeridad me he colado en la navecilla que llevará al candidato Francisco Arias Cárdenas a la isla de Margarita, a 40 minutos de vuelo de Caracas, donde deberá batirse como un guapo, un mes antes de las elecciones, pautadas para el 28 de mayo.

«Yo también tengo miedo», concede Arias, en el momento de desplegar un periódico, «pero no lo demuestro». Y con esa frase, pronunciada justo en el despegue, el hombre se retrata de cuerpo entero. Nadie sabe lo que piensa este andino de 49 años, militar retirado con el rango de teniente coronel del Ejército, exseminarista, exgolpista, ex gobernador del estado Zulia y actual retador en la pelea por la Presidencia de la República de Venezuela, a la que acudirá, en el bando contrario, el actual mandatario, su antiguo compañero de cuartel y asonada, Hugo Chávez Frías, el presidente que somete su cargo a la relegitimación tras la aprobación de la nueva Constitución venezolana.

Y, efectivamente, no lo demuestra. Claro que ni una sola vez se asoma a la ventanilla y opta, más bien, por concentrarse en la prensa de la mañana. Su esposa que, como siempre, lo acompaña, le ofrece algo de comer pero él declina la oferta y le recuerda que ya ha comido en su casa. «Una arepita», precisa distraídamente, como si la arepita fuera un trámite y no un bocado relleno acaso con queso fresco. Igual que sus pensamientos, ambiciones e intenciones, los apetitos de Arias están cuidadosamente escondidos tras su fachada imperturbable.

Los asientos del avión son pocos –son ocho–, imponen una estrecha cercanía entre los pasajeros. Mi asiento es vecino del de Arias, un mínimo pasillo nos separa, de manera que mientras él revisa los titulares puedo observar cómodamente esas gotas de cabello blanco que tiene a ambos lados del rostro, islas de canas en el casco de su cabello aún oscuro. Es su rasgo emblemático. La piel de la cara, requemada por la exposición al sol que suponen las marchas electorales, se ve cruzada por finos vasos capilares. Quién lo diría, Arias es un tipo delicado, si no observa ciertos miramientos con su cutis capaz que se le resquebraje al final de una jornada de prolongada intemperie. Intento escrutar en sus ojos cuando, al cruzar la página, se le pone delante una fotografía de Chávez –quien no ha ahorrado insultos contra su contendor, a quien ha llamado serpiente, mosca, traidor y Frijolito II, en alusión al nombre del caballo de Salas Römer, el candidato que Chávez derrotara en las elecciones de diciembre del 98–, pero ni un respingo. Arias mira la foto de su ex hermano del alma sin cambiar un ápice su expresión de interés apenas intelectual por la lectura. La imagen del Presidente, en la foto a color del periódico, resalta una más de las muchas diferencias que separan a los dos comandantes: Chávez es dado a la combinación, digamos, imaginativa, de tonos vivos en su atuendo, mientras que Arias demuestra en este campo su profundo conservadurismo; va vestido, como siempre, con una camisa azul añil (la otra muda es una camisa mil rayas, también azul), un pantalón de gabardina negro muy bien cortado y zapatos de piel de excelente factura. «Aunque no sabe de marcas», concede su secretaria, «siempre se orienta a las cosas finas. Lo guía un instinto». El resultado nos presenta un peso pluma vestido por sastre italiano.

Deben ser los nervios pero el caso es que de pronto me veo atrapada en una extraña situación: la esposa de Arias, Gladys Margarita Fuenmayor, dos años mayor que él y dueña de una voz aguda que pugna por imponerse al ruido de las turbinas, está leyendo –me está leyendo– una larguísima oración impresa en el dorso de una estampita del Corazón de Jesús. No sé cómo me metí en esto. La oración parece escrita por un mercenario que se habrá ganado unos reales por ese trabajito. Pero Arias ha arrugado los periódicos para atender aquellos maitines. No demuestra ningún espíritu crítico ante el obvio oportunismo de la prosa mística en cuyo estilo creo reconocer a cierto escritor... en fin, los Arias no pierden ocasión para exhibir su religiosidad. Mientras él era gobernador acudía todos los días a la capilla de la residencia oficial a escuchar misa antes de llegar al despacho oficial y vérselas con problemas fronterizos, de narcotráfico, de secuestro de ganaderos y de falta de agua, entre muchos otros. En 1995, cuando se presentó por primera vez de candidato a la Gobernación del Zulia, los adecos, entonces todavía enseñoreados del país, quisieron escamotearle el triunfo. Faltaban horas para que se anunciara su derrota cuando un reportero entró a la suite de hotel donde se alojaba con su esposa, sus hijos y sus padres. «Yo iba a decirle que todo estaba perdido para él», cuenta el periodista, «y lo encontré rodeado de su familia, todos arrodillados en torno a la cama. Estaban rezando para que las cosas se resolvieran a su favor. Poco después encendimos el televisor y ahí estaba el comisionado

electoral reconociendo el triunfo de Francisco Arias Cárdenas. ‘Ya ves el poder de la oración’, me dijo entonces, completamente en serio».

Cuando el avión comienza el descenso, la secretaria de Arias le pasa un pomito de crema sin decir nada. Dócilmente, el candidato se sirve generosamente el fluido en el cuenco de la mano y luego se lo distribuye a manotazos por toda la cara. Alcanzo a ver que se trata de la crema hidratante para el día, de la casa francesa Clarins. Tomo nota: debo seguir el ejemplo de Arias en materia de cosméticos, últimamente mi tez tiende a la resequedad.

En tierra la multitud lo traga como instantes antes su tostada piel absorbió el ungüento. Sus más cercanos colaboradores, que habían llegado poco antes, se mezclan con los partidarios margariteños y la gira da inicio en medio de un jolgorio de música y consignas coreadas con megáfono. La gritería súbita contrasta con el zumbido monótono del avión, pero Arias conserva la expresión ensimismada de la víspera, nada parece sacarlo de su introspección y, de hecho, la expresión de su cara permanece imperturbable: una media sonrisa como de pediatra oyendo a la mamá del paciente y los párpados resbalados hasta la mitad de los ojos saltones (un poco más caído el izquierdo). Algo más que echar al cajón de los contrastes con Chávez: este es el tipo de situaciones donde Chávez se crece, cuando las muchedumbres se le arrojan encima para saludarlo, escucharlo hacer chistes, festejarle sus gracejos e incluso tocarlo. En cada aparición pública Chávez suma votos por carretones, Arias... bueno, apela a lo que él llama el voto consciente, sobre todo de las clases medias, de donde proviene el grueso de sus electores.

Chávez no considera su investidura presidencial lo suficientemente inhibitoria como para impedirle lanzar piropos al enjambre de mujeres que aletea en torno a su miel. Arias, en cambio, sería incapaz de alabar la morenez del prójimo; se lo obstaculizan su timidez, su zamarrería poco dada a las expansiones verbales... y la cercanía constante de su esposa, quien asegura que las mujeres jamás han sido motivo para rencillas conyugales. «Y claro que soy celosa, muy celosa», puntualiza con la misma voz de rezar a la que se ha agregado un brillo filoso, «pero yo veo venir a las tipas cuando lo rondan con alguna intención, ya sabes, secundaria. Y tomo mis medidas. A veces lo alerta a él, que es muy inocente y no se da cuenta de esas cosas; y otras veces, cuando está a mi alcance, hago retirar a la tipa de su entorno. Hace un tiempo mandé a trasladar de cargo a una empleada de protocolo que le hacía ojitos con todo desparpajo. Tengo absoluta confianza en él, pero no bajo la guardia».

La caravana de Margarita se inicia bajo un sol que se abate sobre la isla como una andanada de lanzas. A la cabeza de la seguidilla va el candidato, de pie en un vehículo sin techo. Sin mudar el gesto –una especie de mascarilla beatífica que mira a los ojos a cada persona y asiente como dando a entender una complicidad que va más allá de la presente circunstancia, del solazo con veleidades turísticas y de sus limitaciones, puesto que no destaca por su simpatía ni por su chispa discursiva–, Arias recibe el saludo de sus partidarios y una que otra diatriba que le lanza a la cara el chavismo duro. Traidor, le gritan por aquí; Judas, le espetan más allá. Y él, como si percibiera la hostilidad. Una anciana con

menos dientes que arrestos se le planta al lado y le grita: «¡Chávez!». A lo que una de las seguidoras de la caravana responde, rauda: «¿Chávez? Lo tienen en un hospital psiquiátrico en Cuba». A su alrededor la contienda eleva la temperatura pero Arias está al margen de tales pasiones, él sigue encaramado en el *jeep*, haciendo su trabajo. Cabecea levemente, como los muñecos de un parque de diversiones, suda por el espinazo pero no revela ninguna mortificación por las imprecaciones de que a veces es blanco.

Está ahí, parece retraído en el interior de su alma recóndita. Arias se las arregla para quedarse solo con sus pensamientos cada cierto tiempo. A veces, para dar libre curso a sus ensoñaciones, Arias monta en su motocicleta Honda Virago 1100 y, tocado por recio casco, se lanza a la sorda oscuridad de las calles o a los polvorientos parajes de una carretera en construcción. Inspecciona y cavila.

Pese a que la vida le ha impuesto constantemente la profusa coincidencia de parientes y compañeros ya sea de estudios o de carrera, Francisco Arias Cárdenas es un hombre de clara tendencia taciturna y solitaria. Nacido en San Cristóbal, capital del montañoso estado Táchira, el 20 de noviembre de 1950, en el hogar de Ramón Arias, chofer de autobús, e Isolina Cárdenas, maestra de escuela que muy pronto abandonaría este oficio para dedicarse a la procreación y crianza de doce hijos. Hermano mayor –como casualmente lo sería después, en la cofradía de los golpistas–, a los doce años comprendió que la prioridad de los escasos recursos familiares favorecía a los más pequeños y optó por encaminarse al seminario, «un poco por vocación y otro poco por aligerar a mis padres de una boca que alimentar y una cabeza que educar», como él mismo ha reconocido en su entorno privado.

Ingresó al seminario de la orden de los eudistas a cursar el quinto grado de instrucción primaria y permaneció allí hasta graduarse doblemente de bachiller: en Humanidades, a los 17 años, y en Ciencias, a los 19. Paralelamente, siguió los estudios de filosofía que prevén los eudistas para formar a sus muchachos y le faltaron tres de los cuatro años de teología exigidos para diplomarse de cura. «No tenía suficiente vocación», se excusa con un aire de cura que sobrecoge y que no debe sorprender porque tiene un tío materno que es sacerdote, una tía paterna que profesa entre las madres adoratrices, y por lo menos cuatro hermanos que abrazaron la vida religiosa. Pero no tenía suficiente vocación y Arias no parece el tipo de gente que acepta por mucho tiempo un destino torcido. Se apuntó para la Academia Militar con una cara de soldado que no crece más, lo que tampoco debe extrañar puesto que siete de sus hermanos también enfilaron por trilla castrense.

Cuatro años después, sin dilaciones ni nuevas crisis, egresa como subteniente y licenciado en Ciencias y Artes Militares. Posteriormente completa, en la Universidad de los Andes, una maestría en Ciencias Políticas, mención Geopolítica y Frontera, y después se inscribe en la Universidad Javeriana de Bogotá, de donde egresa con una especialización en Historia Social y Política de América Latina.

–Comencé a leer mientras estaba interno en el seminario –rememora Arias– porque era obligatorio seguir la lectura que otro hacía durante el almuerzo y cada día los curas

hacían preguntas sobre la lectura de la jornada anterior. Allí leímos novelas de caballería, los libros de Julio Verne, historias de exploradores, los autores clásicos infantiles. Podría pensarse que fui marcado muy precozmente por la idea del héroe épico, pero la verdad es que más bien me impregné desde niño de la noción de servicio a mis semejantes.

Las lecturas del seminario lo orientaban hacia la filosofía escolástica, los padres de la Iglesia y el existencialismo cristiano. «Por eso mi biografía intelectual es diversa y tiene influencias paralelas», enriquecidas por la selección de textos que hacía para sus ratos libres, cuando consumía, sentado y con la espalda recta («porque si lo hago acostado caigo rendido»), poesía, principalmente de autores venezolanos como Andrés Eloy Blanco, Ramón Palomares y Rafael Cadenas; y novela, entre cuyos cultores confiesa preferir al colombiano Gabriel García Márquez, el peruano Mario Vargas Llosa («sobre todo el de *La ciudad y los perros*», mira por dónde), la venezolana Laura Antillano, el checo Milan Kundera y el comunista portugués, premio Nobel por más señas, José Saramago, cuyo Evangelio según Jesucristo «es la visión más descarnada y cercana de Cristo que he leído en mi vida».

Pero no se detienen en los pasadizos de la ficción las ansias lectoras de Arias, también el gran periodismo lo ha retenido con sus encantamientos. A finales del año 1991 apareció una crónica en el diario *El Nacional* que contaba la mínima historia de una muchacha enamorada de un marinero que debe acudir al puerto de Maracaibo a despedirlo. La cronista impostó la voz de una vieja empleada del muelle que observa a la niña de largas pestañas en el instante de soltar la mano del amado que será tragado por un buque de la Armada francesa. Arias Cárdenas leyó el artículo, aparecido justamente en los días en que la conspiración tomaba cuerpo, y quedó fascinado con la anécdota y la visión de la falda de la muchacha agitada por los tristes vientos de un muelle final. El artículo iba firmado por la escritora venezolana Jacqueline Goldberg y Arias se propuso conocerla para manifestarle su admiración. «Me fui para el puerto a preguntar por ella y a ver el lugar desde donde ella contaba que veía la escena de los enamorados. Pero, claro, nadie la conocía. Un día entré a una librería en Maracaibo y encontré uno de sus libros de poemas en cuya contraportada ponía que ella trabajaba en la Alianza Francesa. La llamé y le dejé un mensaje».

—Y yo le contesté —recuerda Jacqueline Goldberg—. Tenía mucha curiosidad por ese teniente coronel que me había dejado varios mensajes. Quedamos en vernos en un café y él se presentó vestido con el uniforme de campaña. Yo estaba muy sorprendida porque aquel hombre era la negación de la idea que yo tenía de los militares. Jamás se me hubiera ocurrido que un oficial del Ejército pudiera leer poesía y mucho menos mi poesía. En vez de cultivar esa amistad, me dejé ganar por una especie de sospecha, es una tontería, lo sé, pero es que no me cuadraba una persona tan inteligente y sensible... llevando un uniforme. En diciembre del 91 me envió una tarjeta de Navidad. Y el 4 de febrero del 92 vi su cara en televisión, aparecía entre los autores del golpe de Estado contra el presidente Carlos Andrés Pérez. Chica, qué hombre tan raro.

La verdad es que es un hombre de una personalidad impenetrable, concede el perio-

dista Roberto Giusti, quien lo ha entrevistado unas seis veces en los dos últimos años. «Arias es muy introvertido, tiene varias capas, es como una cebolla, quizá porque encarna cuatro estereotipos venezolanos que convergen en él: tachirense (y aquí Giusti alude a una vocación de poder a la que se han acogido antecesores de tanta solera como los generales Cipriano Castro y Juan Vicente Gómez, y el dos veces presidente constitucional Carlos Andrés Pérez), seminarista, militar y golpista. Esta multiplicidad podría explicar el enigma de Francisco Arias Cárdenas».

El asunto es que el propio Arias parece ser el primer interesado en mantener oculta la solución de su acertijo. No falta quien piense que tras la contención de sus impulsos no hay más que un injerto de sacristán con sargentón sin más talento que el dominio de las artes del disimulo. Pero sus allegados no están dispuestos a aceptar la tesis de la presunta simpleza que Arias encubre tras su aparente frialdad (incluso gente que simpatiza con él señala que sería capaz de esperar veinte o treinta años para cobrarse una afrenta).

Para el mediodía del 4 de febrero de 1992 la asonada estaba abortada y los cabecillas detenidos en la sede de la DIM (Dirección de Inteligencia Militar). Por entonces comenzaron a profundizarse las diferencias entre Hugo Chávez y Francisco Arias Cárdenas, rivales naturales en una contienda a la que ambos acudían llamando hermano al otro (y escupiendo al piso tras el abrazo). Ellos eran los más notorios del grupo, pero sobre todo Chávez, que había sellado su destino político al aceptar su responsabilidad de los hechos por televisión (gesto inédito en el universo venezolano que, por cierto, no ha tenido la delicadeza de reeditar). En presidio mermó el espacio y crecieron los antagonismos: donde Arias es callado, Chávez se desborda; cuando Arias calcula, Chávez improvisa; Chávez arrasa con su carisma y atractivo personal mientras que Arias es más bien gris; si Arias, abstemio y negado para las rochelas, ve por los ojos de su esposa –con la que se casó en 1978 y tuvo sus dos hijos Jesús Javier y Javiela Coromoto, de 19 y 18 años, respectivamente–, Chávez tiene fama de no perdonar a la que se le ofrece y se jacta de su complexión de machazo castigador.

Uno de los comandantes presos con Chávez y Arias cuenta que el donjuanismo de aquel llegó a convertirse en un conflicto para los otros convictos porque mientras todos ellos recibían a sus esposas e hijos, Chávez, en la actitud de una estrella de rock, recibía a sus amiguitas y les hacía los honores ante la incomodidad de las señoras que veían afrentada su dignidad de bastiones del hogar. Decidieron pues hacer una reunión formal para recriminarle a Chávez su ligereza, pero en cuanto comenzó el cónclave, y el interpelado vio cómo venía la mano, puso una botella de ron y un tabaco sobre la mesa y comenzó a temblar. Cambió de voz y entonces se le incorporó Maisanta, su bisabuelo, un jefe guerrillero de finales del siglo XIX. Maisanta increpó a los comandantes y les exigió que no molestaran a su muchacho por andar raspándose mujeres en el calabozo porque de raza le viene al galgo; «yo también era así», se ufano el espectro. Dicho esto desapareció para dar paso al Libertador, quien también vino a incorporársele a Chávez, fenómeno que provocó la inmediata reacción de algunos de los oficiales presentes, quienes se pusieron firmes y se

cuadraron, faltaba más, ante la comparecencia de semejante fantasma. Para ese momento ya Arias Cárdenas llevaba rato en su celda, ajeno al desfile de almas en pena.

El lunes 13 de marzo de 2000, ya en la brega electoral, aparecería Arias en los periódicos diciendo que Chávez «tiene problemas de equilibrio mental». Se había tardado ocho años en declarar lo que asegura tener muy sabido desde que lo conoció en la Academia Militar. «Pero yo no podía decirlo», se escuda ahora, «no quería romper el grupo. En aquel momento todo estaba concentrado en la derrota del enemigo. Y yo pensé que podía influir en Hugo hasta el día en que vi claramente que sus compañeros del alzamiento no contábamos para nada y, claro, cuando me dijo en mi cara que él estaba más allá del bien y del mal. Entonces se me reveló que Hugo había perdido toda noción de la realidad. Y lo otro es que es más fácil enfrentar un gobierno espurio que a un compañero de armas».

Esa noche, en Margarita, Pancho y Gladys acudieron a la cita fijada para cenar en la casa de playa que tiene en la isla el general (Ej.) Romel Fuenmayor, hermano de ella y factor fundamental para que se conocieran puesto que fue él quien le vendió a Arias el equipo de submarinismo que la hermana se encargaría de cobrar.

Durante todo el día la pareja había estado desempeñando la muy dura faena del proselitismo en un país del Caribe («eso nomás es pal que lo ha vivido») y ahora el candidato se regala con un plato de espaguetis con mariscos que su cuñado le ofrece en el ambiente distendido de una reunión familiar. Arias, cuyo plato favorito son las lentejas, está en su elemento, solo disfruta verdaderamente de una comida en casa. «Es que no sé comer en restaurantes, eso no es para mí», dice y acepta complacido una segunda ración que le desliza su pariente. Pero no siempre ha comido Arias de la mano de Fuenmayor. Años hubo incluso en que ni siquiera se dirigían la palabra por rencilla iniciada el 4 de febrero de 1992, cuando el entonces teniente coronel Romel Fuenmayor, uno de los edecanes de Carlos Andrés Pérez, hubo de hacer frente en Miraflores al asedio de los golpistas que lo encontraron refrendando su lealtad con una ametralladora en los brazos. Se reconciliarían en octubre del 95, a la muerte de la madre de Gladys.

—Me ha tocado perder muchos afectos —remata Arias—. Con Hugo ya no quedan ni rastros de amistad que lamentar, quedan dos caminos bifurcados. Más que una pelea entre dos golpistas, el reto que me he trazado responde a una propuesta de auténtica democracia. Yo soy mucho más que un alzado latinoamericano, de hecho, no tengo nada que ver con el esquema tradicional del militarismo y el autoritarismo que le cuadra al golpista típico.

El 10 de marzo, sorprendiendo incluso a sus lugartenientes que habían concertado una rueda de prensa para informar de lo contrario, Arias Cárdenas se interrumpió en mitad del discurso y anunció su aspiración a la presidencia. Unas semanas después un periódico pronosticaba un empate técnico en las encuestas; Rómulo y Remo, gemelos contrarios, polarizaban un país al debatir la apasionada firmeza de su rivalidad.

»2004«

Ramón Navarro

Para el revocatorio Catia amaneció de voto

En 2004, los electores del oeste de Caracas esperaron el sol en las aceras para estrenar las máquinas captahuellas

A **COSTUMBRADO A DORMIR HASTA TARDE**, Luis Mujica despertó ansiosamente al escuchar una diana grabada que aullaba desde una camioneta. El hogar de Mujica se despabiló en pleno y todos fueron hasta el grupo escolar Ciudad de Barcelona, en la segunda calle de Ruperto Lugo, en Catia. Eran las 3:00 am y la diana todavía cumplía con su efecto de sacar de las casas a centenares de personas.

«No puedo decirte por quién voté, pero lo que sí te puedo comentar es que me hicieron un favor al levantarme temprano».

«Esa diana no era conmigo», expresó otro espontáneo que cubrió el proceso del voto en seis horas exactas, desde las 4:00 am hasta las 10:00 am.

Catia amaneció ayer no de golpe y bala, sino de voto. A pesar de que su rostro político ofrecía una amplísima gama de rojos –postes, aceras, todo el barrio Isaías Medina alfombrado, toda la avenida Sucre remojada en el color adoptado por el Gobierno, todo el 23 de Enero teñido de rojo–, la ciudadanía aguardaba con lealtad inusual su derecho a conocer las polémicas máquinas captahuellas y de votación.

«Más que mi derecho al voto, quiero ver qué tal son esas máquinas», comentó un elector en la Escuela Nueva Caracas, en Isaías Medina. Prefirió no dar su nombre. «No es por miedo, es simplemente para qué darte mi nombre».

Todos los centros de votación en Catia, cuyos circuitos marcan una diferencia considerable con los que no pasan de 1.000 electores, amanecieron con la gente en las aceras, tomando café, fumando, esperando el gran día. Algunos contemplaron, cerveza en mano, la faena en el Liceo Luis Espelozín, en el Manicomio. El gran espectáculo electoral convocó a la abstención. Catia, abstención cero.

La Universidad Pedagógica Experimental Libertador, en la avenida Sucre, probable-

mente registró el más grande collar de gente a su alrededor en el oeste de la capital. La Escuela Virginia de Ruiz, en La Silsa, siguió los pasos en cuanto a volumen. La ciudadanía, con mucho estoicismo, resistió el atraso y la incomodidad que supone no tener la información precisa del porqué las mesas no abrieron a la hora indicada por el árbitro electoral.

El Liceo Manuel Palacio Fajardo fue tomado por la Guardia de Honor. El mandatario nacional votó allí, en la zona central del 23 de Enero, sin un quejido, sin un lamento. Afuera, muy cerca de las 8:30 am, mientras esperaban al Presidente, un guardia nacional subió el volumen de su Corsa y era Alí Primera quien salía con su canción mansa; y el bravo pueblo hacía una cola larga, razonablemente larga, referendariamente larga, en medio de una euforia silenciosa, y escuchaba –desde una pequeña tienda de campaña– una curiosa carrera de caballos que daba a Chávez como insuperable ganador.

EL NACIONAL, 16 de agosto de 2004

»2004«

Rafael Osío Cabrices

El día más largo de Enrique Mendoza

El jefe operativo de la Coordinadora Democrática cambia, al final de la tarde, el buen humor del amanecer. Quiere que lo dejen solo. El referendo revocatorio, la votación más tecnificada de la historia, corre con el ritmo del siglo XIX

3:00 AM. Chavistas hacen sonar dianas por media Caracas y Enrique Mendoza se levanta de la cama. Desayuna huevos revueltos, tocineta, arepas, jugo de naranja y café. Con sus escoltas, a millón, se dedica a recorrer 15 centros de votación en la capital, mientras comienza la epopeya de resistencia de los millones de votantes.

10:35 AM. Por seis horas se ha estado acumulando la gente frente al Colegio Yale, en Colinas de Los Ruices, al sureste de Caracas.

El voluntariado se encarga de subir en carros particulares, hasta el plantel en la ladera de un cerro, a ancianos y discapacitados.

Hay muy buen humor; los que hacen las segundas colas aplauden como cuando un concierto no termina de empezar.

Los medios aguardan a Enrique Mendoza, que votará allí.

El gobernador sube a pie.

Desde el colegio se le ve primero su cabeza blanca, mirando al suelo como un carnero que remonta la montaña; luego su camisa azul y su chaqueta. A medida que emerge su figura los votantes lo reconocen y se lanzan a vitorearlo. Los periodistas se vuelven un enjambre sudoroso.

Los soldados activan un anillo para proteger al gobernador de Miranda. Este saluda con un brazo descuidado a quienes gritan «¡Enrique, Enrique!»; un minuto antes coreaban «¡Queremos votar, queremos votar!». El gobernador da declaraciones a la prensa; los electores le dicen que hay operación morrocoy. Un soldado de reserva sigue órdenes con entusiasmo infantil.

Mendoza avanza hacia las mesas; el personal electoral clama porque los fotógrafos

no derriben las máquinas; Mendoza deja sus datos sin pasar por las captahuellas, cuyos operadores nunca llegaron (luego de una hora de espera, iniciaron la votación a las 7:10 am); camina con paso corto hacia la AES3000; vota acechado por un monstruo de lentes y micrófonos. Al emprender Mendoza la retirada, el monstruo lanza furiosos tentáculos que atenazan pantorrillas: los cables que los técnicos halan con vigor de veleristas.

Mendoza vuelve a su camioneta. Se le pegan como rémoras un reportero de *El Nacional* y una camarógrafa de Discovery Channel, Gabrielle, que lleva varios días siguiéndolo y ha conseguido pegarle un micrófono al pecho.

11:10 AM. El gobernador llega a la pequeña oficina de la Coordinación General de la Coordinadora Democrática. Su gente le confirma el enorme retraso. «Estamos en eso», responde a todos. Dos jóvenes asesores extranjeros sacan rápidos cálculos con él. Concluyen en que, al paso que va la votación, se necesita un día más.

11:20 AM. Se encierra en una reunión de estrategia en el segundo piso. Francisco Carrasquero dice por TV que ha pedido resolver los retrasos.

11:45 AM. Llegan tres observadores del Centro Carter y su intérprete. Mendoza los recibe, los pasea por la quinta, derrochando tranquilidad. El reportero de *El Nacional* le comenta que lo ve muy sereno. «Sé cuándo las cosas están bien o están mal, como los perros», murmura.

Arranca hacia la quinta Monteverde, casi enfrente, donde está el centro de prensa. Lo muestra a los enviados de Carter y luego los arrastra de nuevo al exterior, para el edificio de al lado. Sus guardaespaldas resoplan tras él.

Leonardo Pizani alcanza a decirle que hay que pedir paciencia a la gente. «Estamos en eso», responde Mendoza. Muestra a los observadores el centro de cómputo, que reúne información de siete salas situacionales.

11:55 AM. Se sienta a una mesa redonda con los observadores de Carter, Julio Borges y Nelson Lara. Les pide solicitar a Carter que interceda con el fin de lograr más rapidez. Nelson Lara dice que no hay un sistema de votación sino de contención, y que hay que pedir el retiro de las captahuellas. Mendoza agrega que a la medianoche del domingo, según sus proyecciones, habrá votado apenas 50% de los electores. Los observadores hacen algunas preguntas; los dirigentes les informan de las regiones más problemáticas: justo donde hay más votantes.

Sale Mendoza y entra Enrique Naime. Borges explica que la estrategia del chavismo es impedir que alcancen los 3,7 millones de votos necesarios para la revocación.

Luego pasa a un correcto y fluido inglés. Los observadores prometen transmitir de inmediato sus preocupaciones.

12:15 PM. Mendoza vuelve a su oficina y parlamenta con un enviado del Partido Demócrata Cristiano de Chile (que no dice palabra), Cesar Pérez Vivas, Alberto Quirós Corradi y Humberto Calderón Berti. Analizan los cuellos de botella del proceso y piensan cómo presionar para que se descompriman.

Entre entusiasmados y alarmados, intercambian anécdotas sobre el tamaño de las co-

las y se reparten tareas. Se lavan los meñiques con alcohol. «¡Segurito van a decir ahora que uno quiere votar dos veces!», bromea Mendoza. El gobernador sale de nuevo disparado de su oficina. Un hombre le dice: «Tú has sido el alma de todo esto». Al cruzar la calle lo saludan desde los carros que pasan. Felicita a Pompeyo Márquez por su reciente discurso. Da un par de órdenes en la Monteverde y vuelve a la Unidad. Tranca la puerta de su despacho y sus escoltas impiden que entre alguien más. Los choferes cortejan con chistes malos a la rubia Gabrielle, a quien llaman «Washi», porque vive en Washington, DC.

12:50 P.M. Se anima con lo que declara Ezequiel Zamora.

Mientras prepara una bebida dietética de sobre, irrumpe Alberto Federico Ravell en su oficina y le reclama que esté «haciendo una brujería». El gobernador ofrece Toronto a sus perseguidores periodistas.

Ravell y él se entregan a enviar y recibir mensajes por T-Motion y seguir lo que reporta la TV. D'Elsa Solórzano entra con malas nuevas: varios detenidos en la provincia por culpa de las captahuellas.

Ravell empieza a comunicar resultados de los *exit polls* que le envían: «¡62% el Sí, 29% el No en Maracaibo!». Se reporta un ataque masivo de *hackers* al *website* de la coordinadora. Andrés Velásquez trae más historias de demoras.

1:35 P.M. El gobernador gana en humor cuando Jorge Rodríguez flexibiliza las normas.

Ravell hace chistes a todo el que entra: Manuel Cova, Jesús Torrealba, secretarías, choferes.

Acuerdan dar declaraciones tranquilizadoras. Cova anota las ideas principales y a las 2:10 pm ya está en vivo.

2:55 P.M. Ante la denuncia del CD que falsea la voz de Carrasquero, Mendoza corre al centro de prensa y activa la rueda de prensa de «Radio Rochela». Mira con complacencia a Andrés Velásquez desde detrás de las últimas cámaras. Vuelve al centro de conteo. Sube la tensión: las tendencias favorecen a la oposición, pero ha podido votar muy poca gente. Mendoza se encierra con un grupo de dirigentes. En los pasillos casi todos hablan por celular y arden los T-Motion: si los impulsos telefónicos fueran visibles, eso luciría como un mangle luminoso. La política es comunicación y angustia.

3:40 P.M. Sobella Mejías invita a amanecer en las filas si es necesario. El gobernador sale de la reunión con rostro congestionado y da órdenes. Corre el tiempo y millones de personas siguen en las colas. La mayor votación de la historia venezolana y la más técnica corre con el ritmo del siglo XIX. En el ascensor, dice a quienes han logrado seguirlo que el problema es que el diseño del sistema colapsó y no hallan cómo solucionarlo.

De vuelta en su oficina, se niega a comer y pide que lo dejen solo.

4:30 P.M. El cielo amenaza con encapotarse. Jesse Chacón, tras un ramo de flores, pregunta: «¿Por qué no quedarse unas horas más?».

Mendoza no sale de su oficina. Se acerca el crepúsculo, y con él, el desenlace.

»2006«

Mabel Sarmiento

A punta de diana pararon a titirimundi

La diana que sonó insistentemente durante la madrugada en casi todos los sectores capitalinos fue el reloj despertador de los ciudadanos, que salieron a votar en las presidenciales

UN SUÉTER, UNA SILLA PLEGABLE, un botellón de agua y el celular eran los elementos que servían de acompañantes a los que fueron a sufragar antes del canto del gallo.

Propagandistas de oficio. Mientras los ciudadanos caminaban directo a los planteles, los camiones –tipo tarima que llevaban las cornetas con las dianas– se dedicaron a dar vueltas a la redoma por cada una de las urbanizaciones.

A su paso soltaban uno que otro cohete e incluso algunos de los tripulantes se bajaban de las unidades para hacer proselitismo político.

No obstante, reinó el civismo en muchos de los centros de votación, principalmente en Chacao, Altamira, El Marqués, El Paraíso, Montalbán, La Vega, San Martín, La Candelaria, Maripérez, Antímano, La Yaguara y Parque Carabobo, por citar algunas zonas del este, centro y oeste que fueron recorridas. La gente no se amilanó ante la presencia de grupos de motorizados que con chaquetas, pasamontañas y hasta con chapas que los identificaban como funcionarios públicos, se dieron cita en varios centros.

La asistencia de estos individuos se observó muy temprano en la mañana en Petare, en la plaza El Indio de Chacao y en El Valle.

En cuanto a las colas madrugadoras frente a los centros, estas se vieron prolongadas hasta por más de seis cuadras. Los electores estimaban que pasarían allí dos o tres horas y luego votarían rápidamente. Entre las quejas reportadas por algunos estaba la lentitud por las captahuellas y que las máquinas de votación emitían papeles en blanco. Aun así las personas se quedaban en la mesa y exigían volver a usar su derecho al voto. A mitad de mañana las filas habían bajado notablemente, pero la gente insistía en quedarse en el sitio como garantía del voto.

Normalidad dominguera

Ayer el movimiento de la ciudad estuvo muy lejos de las colas y los agites que se ven a diario. Las autopistas y avenidas lucieron libres de tránsito, tal como se constató al recorrer la Francisco Fajardo, Valle-Coche, Francisco de Miranda, Baralt, Urdaneta y las vías principales de El Paraíso y Montalbán, así como la de Antímano, calles de Caricuao y la redoma de Petare. Los informales estaban graneados, principalmente los vendedores de frutas y verduras, quienes aprovecharon para hacer su agosto. Los mercados municipales de San Martín y Coche no abrieron sus puertas, mientras que las panaderías y las carnicerías de algunas parroquias trabajaron hasta bien entrada la tarde.

El transporte público se apreció disminuido considerablemente y el metro prestó sus servicios gratuitamente desde las 5 am hasta las 11 pm. La seguridad se vio redoblada.

ÚLTIMAS NOTICIAS, 4 de diciembre de 2006

»2006«

Hernán Lugo Galicia

Viaje redondo en Volkswagen rojo desde Miraflores

Hugo Chávez votó en el 23 de Enero, adonde llegó manejando su escarabajo alemán con su nieto, sus hijos Rosa Virginia, María Virginia y Huguito

TOMÓ AIRE, PUES LAS ÚLTIMAS 48 HORAS habían sido de total ajetreo. Llamó a los coordinadores de la maquinaria y les hizo últimas observaciones; se comunicó con integrantes del Comando Unificado de la Fuerza Armada y hasta declaró a los medios oficiales en un intento por rebatir la especie de que estaba en Cuba. Sus colaboradores inmediatos también estaban cansados, pero a la expectativa de lo que pudiera pasar el 3-D. Fueron a dormir y Chávez se quedó unos minutos más en su oficina. Al filo de la noche se retiró a su habitación.

En la madrugada de ayer, la diana y los cohetes lo levantaron. Tomó su desayuno, una arepita con queso y, como siempre, una taza de avena. Tiene un colesterol que oscila entre 200 y 250, pero su cuerpo puede llegar a 300, confesó el 30 de noviembre a la corresponsal de TV-Española. Después fue informado de lo que ocurría: las mesas se instalaron sin problemas. Que la emisora Sabrosa 106 FM, en Zulia, ignoró algunas recomendaciones del CNE y fue llamada a botón. Se alegró cuando leyó «La Columna de Chomsky», en Últimas Noticias. «¡Qué día bonito!», afirmó.

Antes de la 11:00 am, decidió ir al 23 de Enero a votar. Esta vez no se montó en una camioneta de Casa Militar. Chávez ordenó que le trajeran el Volkswagen de color rojo que le regalaron sus compañeros de armas hace un mes y que le recuerda sus años de juventud cuando era conocido como «Tribilín Chávez», por su delgada contextura. A su lado se sentaron su nieto, sus hijos Rosa Virginia, María Virginia y Huguito, a quien parece no gustarle la fama y prefiere el bajo perfil.

Manejó la unidad feliz mientras recorría las calles de la parroquia caraqueña y vio cómo sus seguidores lo saludaban al paso. Al llegar a la Escuela Manuel Palacios Fajardo, se bajó del escarabajo alemán y alzó los brazos. Había un grupo de gente detrás de la barricada y se escucharon unos cohetazos que asustaron a los corresponsales que creían que se trataba de otro incidente.

Los oficiales de Casa Militar le indicaron por dónde caminar y él quiso escuchar a sus seguidores que le entregaban solicitudes de ayuda. En el trayecto se encontró a Cilia Flores y Desirée Santos Amaral, muy sonrientes. La periodista le regaló el CD *Las favoritas de Billo's*, que contiene como primera pieza el bolero «Frenesí», cantado por Felipe Pirela, y «No, negrita no», en la voz de Cheo Morales. «Voy a escucharlo en mi carrito», le prometió a Santos Amaral, quien tarareó en mofa: «No, negrita no, no bailes la conga así».

Luego de conversar con la prensa nacional e internacional, movió al Volkswagen y partió rumbo a Fuerte Tiuna y, más tarde, a Miraflores. Allí continuó su agenda: llamó a los ministros, quienes declararon en el Salón de Gobernadores, en el Palacio Blanco, e intercambió impresiones con sus familiares.

En las adyacencias, una lluvia no fue excusa para suspender los preparativos de la noche. Tres camiones entraron en Miraflores y los soldados desmontaron 40 baños portátiles en previsión de que quienes fueron a escuchar al mandatario no ensuciaran las áreas verdes del palacio gubernamental. Al frente, los Bomberos de Caracas montaron una unidad quirúrgica y los motorizados se colocaron en la esquina de Bolero en espera de la orden de recorrer Caracas. Las barricadas fueron quitadas al acercarse la noche. Chávez solo esperaba por los resultados oficiales para salir al balcón. Quizás recordó sus palabras en el 23 de Enero: «Hay que respetar los resultados del CNE, y no otro ente paralelo ilegal».

EL NACIONAL, 4 de diciembre de 2006

»2006«

Mariana Albarrán Pasini

Desolación en el Palacio de los Cóndores

El ausentismo y el silencio se colaron en las oficinas de la Gobernación del Zulia al conocerse la derrota de Manuel Rosales ante Hugo Chávez

LOS VENTANALES Y OFICINAS de la Gobernación del Zulia no se abrieron ayer como de costumbre, después de conocerse el desenlace de la candidatura de Manuel Rosales. El ausentismo y la desolación se colaban con el silencio en cada uno de los pasillos.

En la entrada del palacio de gobierno zuliano resaltaban la figura de cuatro oficiales de la policía regional que custodiaban la instalación y quienes con nostalgia miraban hacia la plaza Bolívar, que se encontraba sin su acostumbrado bullicio.

«Aquí no hay nadie», sentencia un oficial cuando un vendedor se acerca a las escaleras del edificio ofreciendo café.

«Yo no he visto entrar a nadie. Ni el fantasma de la Caballero debe estar allá adentro», pronuncia el cafecero. Las banderas flameaban con normalidad en la cúspide del Palacio de los Cóndores, donde resplandecía el sol, pese al aroma de tristeza de sus paredes.

«Es un día de calamidad, de esos que uno espera que nunca lleguen», describe con una cara desencajada y con paso de un guerrero vencido Álex Soto, de 45 años, un vendedor de golosinas y simpatizante del gobernador.

El sonido de las cornetas de los carros que habitualmente acompañan la sede del gobierno regional no se escuchó. La vía se encontraba libre, como pocas veces puede suceder un lunes por la mañana.

Con una camiseta roja y una gorra con la frase de «Yo voté por Chávez», Maximiliano Áñez gritaba de frente a las oficinas «Los aplastamos y no volverán», sin que nadie escuchara sus consignas que parecían caer en el vacío. Ni los indigentes o mendigos se inmutan ante la provocación de Áñez, quien se marchó de la plaza Bolívar sin despertar ni aceptación ni rechazo.

Ambiente sombrío

El resto de las instituciones o sedes de poderes públicos no escaparon del desconsuelo y pesadumbre que cubrió gran parte del casco central marabino. La puerta de la Asamblea Legislativa regional se encontraba abierta a la espera de los diputados y acostumbrados visitantes que no se asomaron por el recinto deliberativo.

«Una parte de los diputados debe estar festejando el triunfo del oficialismo y otro tratando de resignarse con el 38% de votos que a duras penas y sacrificios pudieron alcanzar», afirmó Marta Herrera, educadora, al salir de la catedral.

«¿Y ahora qué harán con La Negra? ¿Con qué van a pagar las hallacas todos aquellos que creyeron que ya tenían sus navidades resueltas?», exclamó Herrera tajantemente.

La ausencia de comerciantes, manifestantes, políticos y trabajadores del sector público hacían que el clima se tornara fresco, pero con una atmósfera de desamparo.

«Son las 11:30 de la mañana y no cabe duda que el sinsabor del fracaso desplomó cualquier espíritu navideño y no es necesario que el Consejo Nacional Electoral (CNE) emita otro boletín para que nos cause más sufrimiento», explicó Alicia Fernández, una simpatizante de la gestión de Manuel Rosales, quien esperaba encontrar consuelo en torno a la figura del Cristo Negro y la Virgen del Carmen.

Desincorporados

Las oficinas de las organizaciones adscritas a la Gobernación del Zulia tampoco laboraron en la jornada de ayer.

Las santamarías se encontraban abajo y ni los agentes de seguridad se encontraban presentes.

La única oficina que trabajó, pero sin escapar de los efectos del abatimiento y quebranto, fue la Oficina Regional de Información (Dicori).

«Nos encontramos emocionalmente afectados, pero conscientes de que tenemos una responsabilidad laboral que cumplir», dijo un trabajador de Dicori que no se identificó.

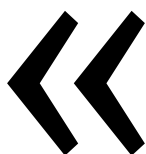
PANORAMA, 5 de diciembre de 2006

»2012«

Leonardo Padrón

Capriles, una estrella pop en La Fría

El candidato de la MUD termina su discurso e intenta volver a la van en la que se moviliza. Debe cruzar de nuevo el río crecido de sus seguidores. Lo arañan, lo aprietan, lo revuelcan. Logra entrar, pero aún no sabe si está completo



NO ESTÁ MÁS FLACO, LO QUE ESTÁ ES LLEVAO», me aclara Calimari, una de las dos manos derechas del equipo de Henrique Capriles, ante mi asombro al verlo más desgastado que la última vez que nos reunimos. «Lle-
vao» es un modismo maracucho. Implica, en latín directo, «escoñetao».

No se podía esperar menos de alguien que lleva meses recorriendo el país frenéticamente. El ritmo de campaña del candidato de la unidad opositora es abrumador. Su vitalidad ha sido decisiva para emprender una cruzada de ribetes sobrehumanos por el mapa profundo del país y procurar la victoria de este enjuto y corajudo David sobre ese desproporcionado Goliath llamado Chávez. Mientras escribo estas líneas lleva ya recorridos 250 pueblos. Se dice rápido, pero en una geografía de carreteras vergonzantes y distancias ampulosas el esfuerzo se multiplica in extremis.

Las elecciones presidenciales de Venezuela en este año 2012 nadie podrá olvidarlas. El país entero está parado encima de una cornisa. Pero ahí está Capriles, llegando al aeropuerto con apenas media hora de retraso, listo para la voluminosa agenda de la gira que nos llevará al Táchira y al Zulia. En el despegue, se hace la señal de la cruz, la versión larga, la que muy pocos usan. Junto con Alberto Barrera Tyszka y Héctor Manrique conversamos lo que es su sino: la campaña. No son ni las 9:00 am y se toma, ya, la primera bebida energizante de la jornada. Le pregunto desde cuándo no pasa dos días seguidos en su casa. «Desde hace un año, tal vez más». Es un hombre que perdió su cotidianidad. Está dejando la piel y el alma en una aventura proteica. «Viajo más que un piloto. Muchas veces son cinco vuelos a la semana». Mientras hablamos, hay una cifra que nos prohíbe la serenidad: ¡estamos a 18 días de las elecciones! «Hay que echar el resto», comenta. Casual-

mente, al día siguiente, en el acto de Chávez con la juventud en el Poliedro, este diría la misma frase. Nada ilustra mejor lo reñido de la contienda. La ansiedad que surca el país. La asfixiante cuenta regresiva. Sabemos todo lo que está en juego.

A quince minutos para aterrizar, el flaco amarra sus zapatos deportivos con doble nudo. «Ya viene la coñaza», dice en alusión a la vorágine de empujones, arañazos y apretujones que genera su llegada a cualquier lugar.

Una estrella pop en La Fría

Apenas Capriles asoma el rostro en la escalerilla del avión una ráfaga de gritos ametralla el aire. El recibimiento es frenético. Hay un desespero por verlo, tocarlo, entrar en su campo visual. La multitud genera un apiñamiento peligroso. Siento que me aplastan por detrás, por los costados, mi cuerpo va de un lado a otro, pierdo el rumbo, me arrastra la corriente, mis lentes se salen del bolsillo, los atajo a última hora, arrecian los empujones, los gritos, el delirio. A Capriles lo manosean, lo estrujan, lo halan. Todos somos como bultos chocando contra las piedras de un río esquizoide. No creo poder llegar a la camioneta van que nos sacará del lugar. Un mínimo descuido puede hacer que me quede allí, en mitad de todos y de nadie.

Comienza la caravana por La Fría. Vamos en una camioneta abierta. Capriles va más allá, con el gobernador Cesar Pérez Vivas, el anfitrión de la zona. Gente que corre, corea canciones, grita consignas, agita banderas y traga humo. Gente convertida en estruendo y algarabía. Intento tomar una foto de la multitud y un brusco frenazo de la camioneta me derrumba. Mi gorra cae a la calle. Un enjambre de personas se lanza sobre el anhelado fetiche. El camino que nos lleva a La Grita es hermoso, paradójico, variable. A la vera del camino nos sigue el pueblo de Las Mesas, más allá sale la gente de Seboruco. Corren, saludan, toman fotos, cantan. Hombres desdentados y en pantuflas le sonríen con asombro. Una señora de 70 años remonta una calle empinada delante de nosotros, se esmera, jadea, persigue al candidato. Él es la gran noticia en esa remota vastedad.

La Atenas del Táchira

«Bienvenido a la Atenas del Táchira», reza un anuncio justo a la entrada de La Grita, un nicho oficialista por tradición. Capriles aparece como una exhalación y se oye el rugido de la multitud. En la tarima hay más gente que posibilidades, pero logró conseguir una rendija minúscula. El impacto es absoluto. El paisaje es una alfombra gigantesca de seres humanos, una manifestación vehemente de algo que solo tiene un nombre: furor. Capriles se ha convertido en un fenómeno de masas. Hay, allí, un amasijo humano ondeando banderas y gorras de distintos partidos políticos, todos mezclados en un solo deseo. Gente en las platabandas, en los postes, en los bordes de las ventanas. Aplaudiendo, gritando, desmayándose. El furor. Es eso. No hay otra palabra.

El candidato puntualiza, propone. Sin retórica, sin cursilerías planetarias. Es lo opues-

to a Chávez, esa incontinencia verbal que tiene, como diría Juan Cruz, «una asignatura pendiente con el silencio». Uno de los momentos más importantes es cuando Capriles termina su discurso e intenta volver a la van en la que ya todos lo esperamos. Debe cruzar de nuevo el río crecido de sus seguidores. Lo arañan, lo aprietan, lo revuelcan. Logra entrar, pero aún no sabe si está completo. La gente golpea el vehículo como si fuera un tambor gigante. Quieren que se asome, que abra una ventana, que pruebe su existencia. Adentro lo espera un periodista del periódico francés *Libération*. Capriles se sienta en la última butaca y allí, entre frenazos, cornetazos y gritos, responde las preguntas del periodista. No hay tiempo para el descanso.

El momento íntimo

Pérez Vivas le da indicaciones al chofer para volver al aeropuerto con la mayor rapidez. La agenda se ha retrasado y el Zulia espera. Pero Capriles pide desviarnos para visitar al Santo Cristo de La Grita. Le parece impensable estar tan cerca de él y no visitarlo. Ya en la iglesia se arma la logística para que su entrada no cause mayor perturbación. Hay una importante cantidad de fieles. Capriles camina emocionado hacia el Cristo. Una mujer, que reza de rodillas, lo ve de soslayo y se hace la señal de la cruz: «¡Esto es un milagro!». Él va hacia el rincón más oculto. La imagen que veo me conmueve. Allí está, a los pies del Santo Cristo, con la cabeza gacha, tocándolo, en actitud de absoluto recogimiento, íngrimo. Sentí al país entero en ese rezo. Puede suponer uno –sin temor a equivocarse– que oraba por la suerte de un destino decisivo.

En ruta al aeropuerto, nos toca comer la dieta ya famosa en sus giras: pollo. Todo es frugal, austero, incómodo. Nada más tortuoso que comer en un vehículo que a toda prisa sorteas curvas para que en el día quepa lo que queda por delante. No hay chance de visitar merenderos, refrescarse con la cerveza del lugar, distenderse a la venezolana. No son vacaciones. Es la mayor contienda electoral de los últimos 14 años. Todo necesita estar bajo el compás de una disciplina monástica.

La ruta hacia la Grey Zuliana

El único momento de paz es cuando estamos a 30.000 pies sobre la tierra. Capriles busca distenderse. Habla de lo supersticioso que es. Alejandro Silva, una de sus dos manos derechas, relata el día en que la única opción para escapar de la muchedumbre era cruzando una escalera por debajo. Capriles se negó. Le insistían. Era una salida rápida, fácil. No quiso. Prefirió atravesar el bosque de gente, cualquier cosa antes que pasar por debajo de una escalera. Habla de su fijación con el número 11, de gatos negros y espejos rotos. Le pregunto por la gira más impactante que ha hecho. Dice Barinas, dice Falcón, oriente, territorios de raigambre chavista. Su sonrisa ya es una victoria.

La caravana en el Lejano Oeste

En Maracaibo, Capriles es recibido por el gobernador Pablo Pérez y la alcaldesa Eveling Trejo. Liliana Hernández, con su proverbial simpatía, nos pide seguirla escaleras arriba de un camión. Es como un enorme balcón rodante. Pregunto la necesidad de hacer una caravana en una zona donde la oposición ha reinado durante años. Me aclaran: vamos al Maracaibo que pocos conocen, al oeste. Al sitio donde nunca ha llegado una gota de petróleo. Al único territorio del Zulia donde suele ganar el chavismo. Ese ha sido el alarde de Capriles durante su campaña: penetrar, sin miedo, los lugares donde históricamente la oposición ha sido derrotada.

5:00 pm. La parroquia Venancio Pulgar es un lugar que hiere la vista de cualquier ser humano. Un paisaje que crispa. Un lunar vergonzoso en un estado lleno de oro negro. Calles de tierra, sin alcantarillas, casas precarias, llenas de perros famélicos y puertas desgonzadas, montañas de basura en lo que deberían ser jardines. La parroquia entera parece un escombros. Un lugar arrasado por alguna tormenta. Un olvido de Dios. La caravana surca 24 kilómetros de pobreza sobrecogedora y extrema. Algunos de sus habitantes no parecen personas, sino fantasmas, espectros de la miseria, siluetas turbias, manchados de grasa y resignación. Ese lugar es el peor de los saldos del estado paternalista que consolidó la Cuarta República y que este proceso revolucionario llevó al paroxismo total. Lo único con olor a nuevo en esos monumentos de la miseria es el afiche del Presidente. El resto es ruina, carencia, pies desnudos, aguas negras y oscuridad.

Cuentan que días atrás, conociendo ya la ruta de la caravana, el oficialismo vino a sembrar sus trincheras de guerra. Por eso, a cada tanto, nos conseguíamos con lo que llaman «los puntos rojos», grupos con franelas rojas voceando un odio absurdo. Asombraba ver a muchachas de 14, 15 años señalando con grotesca afectación sus genitales, en un gesto de sórdido desafío que no calzaba con la edad de sus ojos. Eran herederas directas de la agresividad que Chávez ha destilado durante más de una década. Alguien nos comentaba: «¡Eso es nada! ¡Antes no podíamos entrar a esta parroquia! Nos tiraban huevos, piedras, botellas. Lo de hoy es inédito. Logramos penetrarlos. ¡La gente se cansó de esa estafa llamada socialismo!».

Ir en una caravana sobre un camión exige tener los sentidos en alerta máxima. A dos cuadras del inicio, se escuchó el primer grito: «¡Rama!». Nos acercábamos a la rama de un árbol justo a la altura de nuestra cabeza. Treinta personas al unísono nos agachamos para evitar el golpe. Otra vez arriba. Al instante, un nuevo grito: «¡Cable!». Y otra vez agacharnos para evitar el latigazo de un cable de luz en nuestra frente. Estábamos en mitad de una extravagante sesión de *aerobics*. Los gritos de «¡cable!» y «¡rama!» se alternaban con variantes como «¡zapato!». Estaba allí, el emblemático zapato de la marginalidad que invariablemente termina enredado en un cable de luz, mientras ostenta su abandono.

De pronto, apareció un invitado no previsto en la agenda: la noche. Todo se volvió una oscurana. Desde una callejuela, vi salir a dos motorizados con el rostro oculto detrás de

pañuelos rojos. Pensé lo peor. La noche, a veces, es una cómplice sin escrúpulos. Barrera Tyzka y yo le comentamos a Manrique lo inconveniente de continuar la ruta. Estábamos en una zona donde podía ocurrir cualquier cosa. Lo que nos dijo un asistente nos congeló: «Falta la mitad del recorrido. La calle está llena de gente. Henrique no va a querer parar».

Media hora después, el cielo soltó una tanda de relámpagos. La lluvia se agregó a la caravana. La noche anterior había granizado, lo cual había sido leído como una respuesta de la geografía zuliana a la sentencia de Chávez: «Para que gane el majunche, tendría que caer granizo en Maracaibo». Reaparecen, empapados, Capriles, Eveling, Liliana, Pablo Pérez. Adentro, esperaba al candidato un periodista del *The Sunday Telegraph*. A los 5 minutos, Capriles ya le está dando la entrevista, y en fluido inglés. Pero el recorrido no podía terminar, la gente seguía apostada bajo una lluvia violenta gritando una arenga interminable: «Que se baje». Él abría la ventana o se asomaba en la puerta y ocurría la histeria. Por las ventanas entran cartas, mensajes pidiendo ayuda económica, remedios, becas de estudio. De mi lado, un joven mete la mano para saludar a Eveling Trejo que está sentada a mi lado: «Yo no quiero que me resuelvan nada a mí, yo solo quiero que cambien el país».

La caravana había empezado a las 5:00 pm, eran las 9:00 pm, las nueve oscurísimas de la noche y todavía había puñados de gente esperando a Capriles, quien tuvo que detenerse 4 o 5 veces más a devolver tanto afecto. Dos vendavales se desataron sobre Maracaibo ese día. El más notable, sin duda, a cargo de un tenaz caraqueño que carga la marca del futuro en su rostro. Al cerrar la puerta de la habitación del hotel sentí un silencio distinto. Era el silencio que le sigue a la fiesta. Había sido testigo del furor ante un nuevo líder. Así de sencillo. El furor.

Al día siguiente, en el vuelo de regreso, fue Capriles quien –cambiando las reglas del juego– comenzó a interrogarnos sobre la difícil arquitectura de una telenovela o la calidad de ciertos actores locales. Y así, largo rato. Quería desconectarse del tema que lo obsesiona. Dentro de tres horas, estaría de nuevo montado en un avión para volar a Bogotá para reunirse con el presidente Juan Manuel Santos. Era otra victoria. Debía subir a Caracas, meterse en un flux y montarse en otro avión. Pero no le importa el esfuerzo, el desgaste, la turbulencia. Se trata de su empresa de vida. Y, quizás, el último chance para la democracia en un país llamado Venezuela.

»2012«

Joseph Poliszuk

La marea roja volvió a Miraflores

Por unas horas, la avenida Urdaneta se volvió feria, corredor peatonal, en la celebración de la nueva victoria de Hugo Chávez

BASTÓ QUE EL CONSEJO NACIONAL ELECTORAL cantara la victoria de Hugo Chávez y la avenida Urdaneta se convirtió en corredor peatonal. Un contingente de personas salió con franelas rojas desde diferentes puntos para celebrar la tercera reelección de su líder.

La gente se subió sobre camiones estacionados en la propia avenida y hasta en los techos de las paradas de buses. Por unas horas, la Urdaneta se volvió feria: las cornetas del palacio de Miraflores ponían la música y los asistentes el resto. Todos al son de una fiesta en la que hubo cerveza, whisky y hasta parrillas en las que vendían pinchos.

«Estamos felices», gritaba Alfredo Rojas. «Mira, gracias a Chávez estamos comiendo carne y no Perrarina». Para él todo era alegría; también para otros que hasta se desmayaron dentro de los muros del palacio mientras esperaban a que su comandante saliera al Balcón del Pueblo.

«Van cinco desmayados», gritó alguien en medio de la multitud y, más allá, Luis Rondón se preguntaba dónde estaban los autobuses que tanto les achacaron. «La oposición se enfrascó en decir que los chavistas iban en autobuses y aquí hay una conexión de corazón», dijo. «La frase del ‘corazón de la patria’ no salió de un laboratorio, Chávez ha interpretado lo que sentimos».

Los chavistas, en esa onda, ayer destacaron el rol de su líder y entre música, motos y peatones que coparon varias cuerdas de las avenidas Urdaneta y Baralt, el «Che Guevara» del 23 de Enero destacó como un *rock star* al que le pedían tomarse fotos en medio de la algarabía.

Fue una nueva celebración chavista a la que los buhoneros no faltaron: ofrecían vuvuzelas a 20 bolívares y franelas de Chávez a 60. Hubo hasta público extranjero: con la bandera de Uruguay, Roberto Cruz y su familia se sumaron a la celebración. «Llegamos hace



Hugo Chávez, cierre de campaña 2012 ORINOQUIAPHOTO/GREGORIO MARRERO

ocho días y destacó la participación del pueblo y la forma como se ha educado políticamente», comentó.

La rumba siguió así durante horas y a pesar del ruido de los fuegos artificiales y la grasa que dejaron las parrillas en la calle, los indigentes de la República Bolivariana de Venezuela no dejaron de sacar sus cartones y montaron tienda junto al puente de la avenida Fuerzas Armadas y los edificios de los alrededores.

EL UNIVERSAL, 8 de octubre de 2012

»2013«

La campaña de Capriles en el feudo de Chávez [★]

El llano venezolano recibió con entusiasmo a Henrique Capriles, el que fuera en octubre el contrincante de Chávez y en abril rival de Nicolás Maduro

MIENTRAS LA SEGURIDAD SE LAS APAÑABA para ir cargando a las desmayadas por el sofocón, en los alrededores del escenario no cabía un alfiler. Llevaban varias horas esperándolo cuando la camioneta sobre la que iba Capriles multiplicó lo que ya tenía pinta de avalancha, de empujones y pisotones.

Antes, una mula había hecho lo propio, abriéndose paso a mordiscos y coces, mientras el animador pedía: «Dejen paso a la mula, la mula». Los momentos surrealistas de esta campaña parecen no tener fin.

En los alrededores del escenario en el que habló Capriles no cabía un alfiler.

Al son de «Nicolás, no te vistas que no vas», el aspirante opositor aprovechó para bromear con la idea de Maduro de que Chávez se le había aparecido en forma de pájaro y que ha hecho estragos en las redes sociales.

«Yo creo que Nicolás se tragó un pajarito porque eso es lo que tiene en la cabeza», dijo para deleite de los suyos.

También invitó a soñar con una Venezuela distinta, productiva y segura, y sobre todo se hizo eco de una denuncia contra el sistema electrónico electoral que rige el Consejo Nacional Electoral (CNE).

Según la denuncia, un militante del oficialista Partido Socialista Unido de Venezuela (PSUV) obtuvo una clave que permite el acceso a las máquinas de votación.

«Eso tiene que significar para este pueblo de Barinas y para todos los venezolanos más fuerza para luchar y derrotar a este gobierno», exclamó.

Según el CNE, lo único que eso permitiría es bloquearlas y no alterar resultados. Apostado en primera línea de quienes esperaban a Capriles, José Gamboa acudió acompañado de su familia para ver al candidato opositor, a quien dijo haber votado siempre.

Gamboa lleva tres años en Barinas, emigrado desde Caracas, según aseguró, porque «había mucha delincuencia». «Tuve que venirme a una parte más tranquila, pero ya la delincuencia llegó aquí. Necesitamos un cambio», le dijo a BBC Mundo. «Queremos seguridad. A mí me mataron a dos sobrinos en Carora, estado Lara. Uno de diez años y el otro de 21. Y ellos no tenían nada que ver», interrumpió una señora de 61 años que se encontraba en primera fila junto a Gamboa.

«Se siente la necesidad de un cambio. Este país ha venido de más a menos, hay inflación que no tiene ningún país de Latinoamérica, hay escasez de productos de la cesta básica y un alto índice de inseguridad», le dijo a BBC Mundo Juan Pérez, uno de los asistentes al evento.

«Estoy aquí para buscar una solución para Venezuela. Tenemos 14 años con el mismo gobierno y no se han visto soluciones (...) Hay mucha inseguridad», se quejó Orlando Brito, ataviado con la gorra tricolor.

La escasez

Uno de los asuntos a los que Capriles dedicó más tiempo fue a la sempiterna escasez de productos en los mercados que sufren cíclicamente los venezolanos y que el Gobierno atribuye a especuladores y acaparadores.

En una visita a un Pdval, uno de los supermercados del Estado, BBC Mundo pudo constatar que efectivamente no había ni pollo, ni crema dental o leche, entre otras cosas. «No se consigue. La carne cuesta el doble que en octubre y el queso el triple», le dijo a BBC Mundo Ramón. «Nunca me había pasado que tuviera que comprar una crema dental que no conocía la marca. Llevamos así mes y medio».

Desde el otro lado, chavistas consultados por BBC Mundo culpan, entre otras cosas, a los patrones consumistas de sus compatriotas.

Al final, más allá de los chascarrillos propios de campaña que llaman la atención de la prensa estos días, los venezolanos tendrán muy en cuenta estos aspectos cotidianos cuando el próximo 14 de abril acudan a las urnas en las primeras elecciones sin Hugo Chávez en 14 años.

BBC MUNDO, 4 abril de 2013

»2013«

Maradona, el recurso final de Maduro [★]

El ex futbolista argentino, vestido con una camisa roja con el número 10 en la espalda, intentó distraer la ausencia de Chávez en la avenida Bolívar en el cierre de campaña de su sucesor

MILES DE PERSONAS HAN INUNDADO este jueves las principales avenidas de Caracas para acompañar al candidato del gobernante Partido Socialista Unido de Venezuela (PSUV) a las elecciones presidenciales que se celebrarán el próximo domingo, Nicolás Maduro, en el cierre de su campaña electoral.

Aunque el inicio del acto electoral no estaba previsto hasta las 17:30 horas (23:00 horas en España), miles de simpatizantes del PSUV, ataviados con la «franela roja», se han concentrado en las calles capitalinas desde primeras horas de la mañana.

«Saliendo para Caracas. Me dicen que están de punta a punta las siete avenidas. El cierre de campaña presagia vientos de victoria. Viva Chávez», ha escrito el candidato oficialista a través de la red social Twitter.

«Ya en [el aeropuerto internacional de] Maiquetía subiendo a Caracas a vivir la Revolución. Cierre gigante de campaña. Que nadie se engañe: vamos triunfar, Venezuela», ha seguido narrando desde @NicolasMaduro.

Maduro ha recorrido en un camión las siete grandes avenidas que vertebran el centro de Caracas, dándose un auténtico «baño de pueblo» –como han destacado los medios de comunicación oficiales–, en medio de la gran marea roja.

El candidato oficialista ha estado acompañado en su recorrido por su esposa y ex procuradora general de la república –cargo al que tuvo que renunciar por las aspiraciones presidenciales de Maduro–, Cilia Flores, y por líderes destacados del PSUV y del Gobierno.

Maduro ha partido del Palacio de Miraflores –residencia presidencial– y ha paseado por las siete grandes avenidas caraqueñas: Urdaneta, México, Baralt, Fuerzas Armadas, Lecuna, Universidad y Bolívar, estrechando las manos de sus seguidores.

Finalmente ha llegado a la avenida Bolívar, donde se ha subido a una gran tarima –en la que hasta ese momento había cantantes amenizando la espera– para dirigirse a sus miles de simpatizantes, para pedirles el voto el próximo domingo.

En la tarima le esperaba el ex futbolista argentino Diego Armando Maradona, vestido con una camisa roja con el número 10 en la espalda y en cuya parte delantera también se podía leer «Cristina K. 2015», un mensaje de apoyo a la presidenta argentina, Cristina Fernández de Kirchner, de cara a las elecciones de dentro de dos años. Los dos se han abrazado y «El Pelusa» ha lanzado al público balones de fútbol con su autógrafo.

Además, se han soltado cientos de pájaros, en memoria de Chávez, ya que Maduro aseguró que se le había aparecido en forma de «pájaro chiquitico» para bendecir su aspiración presidencial. El candidato oficialista se ha quedado con dos pájaros y se ha colocado uno en cada hombro.

El pueblo de Chávez

«Estamos llegando a un punto del camino al que no pensábamos que íbamos a llegar. Es la primera vez en la historia de la revolución bolivariana que llegamos sin él. Este es el pueblo de Chávez, este es el puesto de Chávez», ha dicho, en alusión al difunto presidente.

El mandatario interino ha apuntado que su «desaparición física» no significa el fin de la revolución bolivariana. «Ahora es que hay Chávez para rato en la historia futura de esta patria libre e independiente que es Venezuela», ha sostenido.

Incluso ha señalado a una posible sucesión dinástica. «Llegará el tiempo en que al «Gallito» (uno de los nietos del difunto jefe de Estado) le pondremos la banda presidencial y seguirá el legado de Chávez», ha augurado.

Además, ha destacado su vinculación al líder bolivariano. «No recuerdo un día de mi vida que no trabajé para apoyar a Chávez. Lo acompañé en el MBR-200. Allí conocí a mi compañera de vida, Cilia Flores», ha recordado.

En este sentido, ha aclarado que no concurre a las elecciones presidenciales «porque sea un ambicioso de poder». «Yo no estoy aquí porque me mantengan los cheques de la burguesía rancia caraqueña. No soy un ambicioso personalista», ha enfatizado.

En este momento, ha decidido proyectar un video recogiendo las declaraciones que hizo Chávez el pasado 8 de diciembre, cuando anunció su recaída en el cáncer y pidió al pueblo venezolano que eligiera al entonces vicepresidente como su «sucesor», «en caso de que él faltara».

Maduro se ha mostrado seguro de que el próximo domingo se alzará con la victoria, «con al menos 15 de diferencia». «Yo ya estoy preparado para ser su presidente y gobernar con el legado de Chávez», ha confesado.

**Nicolás Maduro,
en campaña, 2013**

ORINOQUIAPHOTO/GREGORIO MARRERO





»2013«

Yesenia Rincón Castellano

Un país de locos donde los que pierden bailan

Los opositores en Maracaibo acataron el llamado al «salserolazo» convocado por Capriles en protesta por la proclamación de Maduro. Mientras, los oficialistas permanecieron encerrados

ABUNDABA TODO EL «GUAGUANCÓ» CUBANO en el repique de cueros del bongó en el género musical que el ex candidato presidencial mandó a sus afectos a sonar ayer, y en la piel morena tostada de Miguel Perdomo, quien al mediodía, lejos de verse triste porque a la 1 pm estaba tomando posesión de la Presidencia Nicolás Maduro, disfrutaba con vueltas impetuosas al son del «aguanile, mai mai...».

«Santo Dios/ santo fuerte/ santo inmortal/ aguanile/ aguanile, mai mai» sonaba a todo volumen en el frente de la casa 89-10 de la calle Nueva Venecia en Santa Lucía, Maracaibo. La canción invocó una plegaria yoruba, originaria de la isla caribeña con la que tantas alianzas sostuvo el presidente Hugo Chávez, acuerdos que critican sus opositores, los mismos que bailaban ayer.

Pero como buen país de mezclas étnicas, sin importar el origen de la salsa, que también fue popularizada en Nueva York y Puerto Rico, el luciteño de 18 años bailaba con pasos exactos, en apoyo al último discurso de Henrique Capriles, a quien respalda al punto de haberse encadenado hace cuatro días frente al CNE, en exigencia del recuento de los votos, que por un margen tan cerrado dieron ganador a Maduro.

En un barrio aledaño, por la calle 89 del sector Belloso, en la casa de Norys Ferrer, sus hijos bailaban «Mentira fresca», canción interpretada por Colón con fuertes críticas al oficialismo y, así, literalmente, «hecho el Willy» logró récord de ventas en CD pirateados.

Hernán Ferrer, de 26 años, uno de los hijos de Norys, apreció: «Los chavistas de la barriada han pasado el día encerrados en sus casas, con el sonido del acto de la toma de posesión en la televisión a todo volumen, para confrontar toda la variedad de salsas y cacerolas. Ciertamente, se vio poca presencia de oficialistas respondiendo con cohetes y el

canto de Alí Primera a los opositores. Muchos estaban en la plaza Bolívar de Maracaibo, donde al momento de salir Maduro en la televisión, los fuegos artificiales explotaron en el cielo, sin verse sus colores ante la resolana.

Carlos Vitora, quien lleva cuatro años dedicado a la venta de afiches de su «comandante», como llama con proximidad a Chávez, notaba las caras apagadas de los presentes, acontecidas por el cansancio, el calorón y la ausencia del líder de la revolución en la pantalla.

El país, lleno de contrastes, mostraba la satisfacción de Vitora: «He vendido más de 120 afiches de Chávez y Maduro en menos de una hora», dijo contento y justificó su alegría: «Estamos en un país de locos. Los que ganaron están callados y los que perdieron bailan».

Con mucho más fanatismo, Rafael Bracho no escapaba a los *flashes* de los celulares de los oficialistas en la plaza, porque instaló sobre su cabeza una silla roja y sobre ella un plátano esculpido en anime y con la cara de Maduro.

«Yo tengo siete años desempleado y toda mi familia es opositora, pero yo, sin ganarme medio, trabajo en el consejo comunal Adán Bracho del barrio Andrés Eloy Blanco, parroquia Cecilio Acosta. Creo en Chávez porque él le dio poder al pueblo. A los opositores les hago un llamado de paz, más adelante se verá qué pasa, la patria es de todos».

Pese a las diferencias de esa misma concepción de patria habló Perdomo desde Santa Lucía.

Con el eco de las cacerolas y de la canción «Patria» de Rubén Blades –quien casualmente adversa a Colón–, el luciteño aseveró: «Estamos contentos porque logramos ser escuchados para el recuento de votos. No somos minoría y merecemos respeto. A pesar de la polarización, Venezuela somos todos. La mejor patria es unida». Y tras su afirmación, Blades susurraba aleccionador: «¡Flor de barrio, hermanito! ¡Patria son tantas cosas bellas!».

PANORAMA, 20 de abril de 2013





Henrique Capriles Radonski,
en campaña 2012

»2015«

Luzmely Reyes

La mejor noche opositora en 17 años

Desde las ocho de la noche del 6-D la dirigencia de la Unidad sabía de la victoria parlamentaria. A la medianoche la certeza de la mayoría calificada fue celebrada con abrazos y gritos por la dirigencia de la MUD

A LAS DOS DE LA MADRUGADA DE ESTE LUNES aún líderes de la oposición sumaban votos. Estaban seguros de que llegaban a la mayoría calificada (112 diputados). Solo era cuestión de que sus candidatos en los circuitos peleados tuvieran las actas en mano. En una suite del hotel Altamira Village que sirvió de *war room*, el cruce de llamadas y felicitaciones no se hacía esperar. Hasta allí llegaron Vicente Díaz, ex rector del Consejo Nacional Electoral, Enrique Márquez (Un Nuevo Tiempo), Julio Borges (Primero Justicia), David Smolansky (alcalde de El Hatillo), Freddy Guevara (Voluntad Popular), Miguel Pizarro (Primero Justicia), entre otros conocidos y no tan conocidos artífices del más contundente triunfo de la oposición venezolana.

Apenas culminó la rueda de prensa colectiva que ofrecieron luego de que el CNE emitiera el primer boletín, Borges y otros corrieron a la suite. Debían reunirse para verificar actas. En la habitación de dos espacios se encontraron, mientras en la sala un sereno y confiado Márquez decía: «Creo que podemos llegar a 117 o 118».

A Márquez lo que más le impresionó del triunfo fue el arrase de la oposición en al menos tres estados: para ese momento Nueva Esparta, Mérida y Zulia. «Es un motivo para que el Gobierno reflexione», comenta.

Al frente de él están sentado Smolansky y Guevara. A ambos les están llegando datos de otros estados. Uno dice: «Tienen que tener las actas e irse a la Junta Electoral».

Alguien comenta: «Cualquier minuto que pase nos pueden joder».

Por momentos voltean a ver la televisión. Más de una hora después de haber dado la rueda de prensa, Venevisión apenas emite unos segundos. En la pantalla colocan el *insert* como si estuvieran «en vivo».

En este salón se empiezan a ver las claves de la victoria. Pese a sus diferencias, los líderes de Voluntad Popular, Primero Justicia, Un Nuevo Tiempo y Acción Democrática acordaron en la MUD una hoja de ruta, en agosto pasado, cuando ya persuadidos todos de que la unidad era la única vía, tomaron la decisión de ir con una tarjeta única a la elección y con un programa para sortear los obstáculos.

Así, la noche del 6-D y la madrugada del 7-D, Julio Borges y Freddy Guevara eran la imagen de la camaradería. No solo puertas afuera, sino también adentro.

Los datos siguen llegando: Valencia, Punto Fijo, Maturín, Guarenas, San Felipe, zonas de Táchira, de Lara (especialmente de la montaña). Llamadas de distintas fuentes abundan.

El cuartel general

La Mesa de la Unidad Democrática escogió como cuartel general las instalaciones de un hotel de reciente data ubicado en la avenida Luis Roche, de Altamira. Desde el jueves 4 se instalaron en el Altamira Village no solo dirigentes, sino la sala de prensa y un innovador estudio de televisión que fue levantado en un salón de conferencias. Desde allí, la Unidad lanzó su artillería para romper el cerco comunicacional.

En una suite del piso 2 de este hotel se estableció el cuarto de guerra. En los pisos 1, 2 y 3 había espacios para los dirigentes, invitados internacionales, periodistas que se fueron sumando a medida que al final de la tarde, y aun con mesas sin cerrar, se manejaban algunas proyecciones por las encuestas a boca de urna.

En el piso uno funcionó lo que tal vez es la innovación más ambiciosa de un comando de campaña. Profesionales del periodismo venezolano, muchos de ellos ex trabajadores de Radio Caracas Televisión y de Globovisión, fueron artífices de un moderno estudio de televisión –con todos los perolitos– que se levantó en menos de una semana y que fue base para la apertura de un canal de Youtube con contenidos variados y de calidad. Desde allí emitieron entrevistas y cubrieron las ruedas de prensa de la Unidad, algunas de las cuales no fueron transmitidas por la televisión, pese a que todos los medios, incluso VTV, tenían equipos desplegados en la sala de prensa.

En ese espacio fue que empezaron a correr las noticias extraoficiales. Para las ocho de la noche, un feliz Andrés Velásquez daba cuenta del triunfo en Bolívar. Hasta allí llegó Miguel Pizarro, para fundirse en un abrazo con Armando Briquet, ex jefe de campaña de Henrique Capriles Radonski. También llegaron Lilian Tintori, Smolansky, Guevara, Borges.

El primero en decir que habían ganado la mayoría calificada fue Borges. Entraba a un ascensor y gritó: «Ganamos la calificada»... Y aún el CNE no informaba oficialmente.

En el piso 3 del hotel funcionó la sala de prensa. Se fue llenando desde la tres pm, cuando se corrió la voz de las *exit polls* y del lado del oficialismo no había manera de negarlo. Para las 12:40 de la medianoche había un enjambre de cámaras, grabadores, teléfonos que buscaban captar el momento del triunfo.

Aun con datos en manos, los voceros de la MUD no ofrecían información oficial. Muchos sonreían felices mientras iban y venían por los pasillos intrincados de este hotel.

Todavía faltaba por hablar oficialmente, cuando llegó un grupo que se mostró muy contento. De pronto en un amplio salón como un patio interno del hotel se sumaban Tintori, Carlos Tablante, Tamara Adrián, Mitzy Capriles de Ledezma y más de cien personas que aplaudían a Tintori y a Guevara cuando celebraban con todos, puertas adentro, una victoria que aún no terminaba de convencer a algunos. Tamara Adrián decía en voz baja: «Creo que ganamos 100, pero no quiero celebrar antes de que den los datos oficiales».

A Tintori la saludó con un gran abrazo Julio Ayala, de la Internacional Socialista. Y ella, junto a Mitzy Capriles, dijo: «La Ley de Amnistía es prioridad». Para ese momento, a eso de las 11 pm, Tintori aún no sabía a ciencia cierta si su esposo, Leopoldo López, había podido votar.

Mientras esto pasaba puertas adentro, a la sala de prensa llegaban más y más periodistas. Algunos dirigentes políticos de la vieja guardia, como Agustín Berríos, comentaban: «Esto empezó un 6 de diciembre [en alusión a 1998] y termina un 6 de diciembre».

Ganó el cambio

A eso de las 12:30 am todos en la sala de prensa se aprestan a escuchar desde la pantalla las declaraciones de la rectora Tibisay Lucena. Mientras la funcionaria da vueltas en su intervención, muchos gritan en la sala: «Termina de decirlo...». Cuando declara lo que ya de este lado se sabía, se oyen las ovaciones de seguidores de la oposición que habían también copado la sala.

Allí empezó el desfile: entran Borges, Pizarro, Carlos Ocariz, Gerardo Blyde, José Guerra (feliz muestra sus números y dice: «Gané»), Ramos Allup, María Corina Machado, Tintori, Caldera... mientras todos caminan en medio de felicitaciones hacia el podio, alguien descubre el nuevo mensaje del *backing* del set de prensa: «¡Gracias Venezuela, ganamos!».

Varios minutos pasaron para lograr recomponer el ambiente, todos quieren tomar fotos, los camarógrafos atrás protestan, Borges intenta poner orden... Inicia una cadena el presidente Nicolás Maduro, pero ya nadie lo escucha. Todos quieren que hablen Chúo y los voceros de la Unidad.

Cuando Chúo termina de leer el comunicado único, hay un nuevo forcejeo.

Uno a uno empiezan a salir de la sala prensa. Cuando toca el turno a Borges se dirige al *war room*. Y hasta allí llegan poco los demás dirigentes que evalúan cuántos votos faltan aún por sumarse para ese momento. Ya es más de la una de la madrugada.

La reunión como tal no se termina dando porque entran unos y salen otros. Se escucha fuera del hotel algo de música. Habían montado una modesta tarima en la calle, pero no había más de mil personas celebrando. Algunos de los dirigentes bajan a saludar a los vecinos.

Chúo Torrealba es la estrella. Lo rodean, le preguntan, lo agarran algunos periodistas, recibe felicitaciones...

Habla de tomar la victoria con humildad, explica lo que pasó, adelanta que la cifra oficial de diputados puede escalar a 108 o más... Antes de irse a dormir nos comenta: «Nosotros aprendimos, para llegar a una noche tan linda como esta [un juego de palabras con la frase del célebre certamen Miss Venezuela] aguantamos muchos golpes, pero pudimos hacerlo porque hubo madurez y claridad en la ruta».

Torrealba recuerda que la ruta de la victoria se comenzó a transitar el 23 de enero de 2015, cuando los emblemáticos líderes opositores hicieron su declaración de unidad en un acto celebrado en el barrio El Morro, de Petare.

«Nos atacaron, nos despreciaron y nos subestimaron, pero el pueblo supo ver y actuó en consecuencia. Yo solo soy un pítcher emergente que pusieron a salvar un juego, y creo humildemente que esta noche se cumplió la misión».

EFECTO COCUYO, 7 de diciembre de 2015

»2015«

Boris Muñoz

El pueblo sabe quiénes son ellos y quiénes somos nosotros

En vísperas de las elecciones parlamentarias del 6-D, los venezolanos se debaten entre dos modelos, entre la violencia y la paz. En el cierre de campaña oficialista no había en el ambiente ni la pasión ni la devoción que despertaba el difunto presidente

A MEDIDA QUE EL METRO SE DESPLAZABA en dirección este-oeste, los vagones se fueron llenando con grupos de empleados de distintas dependencias del Estado vistiendo camisetas rojas y militantes con gorras tricolor con la insignia 4-F y franelas de Chávez. La escena producía un fuerte *déjà vu*. En ocasiones anteriores había hecho este mismo viaje rumbo a la avenida Bolívar para presenciar algún mitin importante del chavismo o el cierre de alguna campaña. La última vez fue el 4 de octubre de 2012, a tres días de la última elección de Chávez. Con los vagones y las estaciones a reventar de gente que clamaba eufórica «Viva Chávez, corazón del pueblo», ese día fue sin duda la apoteosis del líder de la revolución. Pero ahora era distinto. No había en el ambiente ni la pasión ni la devoción que despertaba el difunto presidente. Aun así la gente asistía a su cónclave.

Un grupo de mujeres del Banco Bicentenario hacía lo posible por no mostrar su falta de entusiasmo por el evento. Cuando se les preguntaba cómo veían las elecciones y si apoyarían la revolución el domingo con su voto, sin atreverse a hablar, miraban hacia arriba, fruncían el ceño y la boca con gesto reticente, como suele hacerse en el Caribe para expresar escepticismo o descontento. No fueron las únicas en mostrar en entrelíneas su descontento. Poco antes de abordar el metro, tropecé en Centro Plaza con un grupo de Seguros Federal, otra institución del Gobierno. Una joven empleada lo puso de este modo: «El resultado de las elecciones es aún incierto. Lo que yo quiero que pase no puedo decirlo. Pero puedes interpretar mi silencio». Un compañero de trabajo suyo, Jonathan Pereda, mitigó su descontento con una fórmula:

«Hay mucha gente cansada. Todavía hay muchos chavistas, aunque no todos apoyan

a Nicolás Maduro ni están contentos con quienes nos gobiernan. Pero el 6-D definirá muchas cosas, porque si gana la oposición es mucho lo que se puede perder. Se temen las represalias contra el chavismo. El odio de la oposición es lo que no le ha permitido superar al chavismo hasta ahora».

Sin embargo, al llegar a la avenida Bolívar cualquier escepticismo o duda personal se disolvía en el espíritu de grupo. La tarde transcurrió entre el acostumbrado ambiente de verbena: baile, guachafita, camaradería, alcohol. Y –la última moda– drones que sobrevolaban las cabezas de la multitud para mostrar que la revolución sigue teniendo poder de convocatoria, apiñamiento, apretujón. Es decir que sigue siendo un cuerpo rojo-rojito, como le gustaba proclamar al extinto comandante Chávez.

Maduro cruzó la avenida Bolívar para presidir la tarima donde se encontraban algunos de los candidatos a la Asamblea Nacional. Desde una distancia cercana, se veían muchos de los rostros que ocupan el poder desde hace casi dos décadas: Darío Vivas, José Vicente Rangel, Elías Jaua, Jacqueline Faría, Freddy Bernal, Jorge Rodríguez, Cilia Flores y el propio Maduro, quien, alternativamente, cantaba, bailaba o contaba anécdotas domésticas de su relación con Flores, la primera combatiente.

Los discursos no dejan duda de cuál es la estrategia para traer de nuevo al redil a las ovejas remisas. El mensaje es el más simple y trillado que se pueda imaginar: la realidad no existe y si nos vemos forzados a reconocerla, pues nada es culpa nuestra. Todo –el desabastecimiento, la inflación y hasta la corrupción– es culpa de la derecha apátrida. Se trata de repetir lo mismo más allá de lo obsceno. «No nos van a confundir. El pueblo sabe quiénes son ellos y quiénes somos nosotros. Vamos a defender todas las reivindicaciones. Vamos a seguir defendiendo nuestra soberanía. La ultraderecha sabe que no tiene vida con nosotros», clamaba la primera comandante, Cilia Flores. Y, a la par, todo se trata de ser leal a Chávez. «Chávez vive y está aquí con nosotros. La patria no se vende, la patria se defiende», gritaba ya sin voz la almirante Carmen Meléndez.

En su intervención, Ernesto Villegas trató de restarles trascendencia a los comicios parlamentarios, argumentando que la oposición había inflado su importancia para hacerle creer al mundo que sería la última oportunidad de la democracia en Venezuela.

Sin embargo, en más de un sentido, el dilema planteado por Nicolás Maduro es cierto. El domingo 6 de diciembre, cuando los venezolanos vayan a los centros de votación tendrán que elegir entre dos modelos. Maduro bramó que los venezolanos elegirían entre el modelo de «la patria revolucionaria, bolivariana y chavista. Y el de la antipatria: entreguista, pitiyanqui y muy corrompido».

Desafortunadamente para el Gobierno, para la gente en la calle, el verdadero dilema se plantea en otros términos.

El miércoles dos de diciembre, en Chacaíto, durante el acto de cierre de la oposición en el municipio Libertador, abundaron expresiones de descontento que no tenían que ver con

la ideología o el partidismo que han caracterizado por mucho tiempo los bandos políticos en Venezuela.

Renzo Yépez, quien vive en el barrio Las Malvinas de la parroquia El Valle, una zona de clase media y media baja en el suroeste de la ciudad, esbozó sus razones para apoyar un cambio. «En primer lugar por la inseguridad. Segundo por el salario. Y en tercero para darles un futuro mejor a mis hijos y a mis nietos».

Esas mismas razones suelen alinear a muchos de los militantes opositores en todo el país, pero también son compartidas por muchos chavistas. De hecho, Yépez reconoce: «Voté por mi comandante Chávez. Él representaba una alternativa, pero aunque la IV República –en referencia al periodo de la democracia representativa 1958-98– tenía muchos problemas, en los barrios había abastos donde se conseguía todo lo que uno buscaba. Ahora no hay ni siquiera productos básicos. Maduro desperdició el legado de Chávez y no pensó en gente como yo. Por eso voy a votar en contra. Tengo la esperanza de que una representación opositora en la Asamblea Nacional lo haga mejor».

Sus palabras resuenan en las generaciones más jóvenes, pero también entre quienes han visto sus esperanzas y sus vidas deshacerse a causa de la violencia sin freno de las últimas décadas.

«¿Cómo puedo apoyar a este gobierno cuando un asesino de 17 años mató a mi hijo? ¿Cómo puedo apoyar a este gobierno si nos expropiaron el pequeño negocio de comida que teníamos en Catia?», se pregunta Vincenzo Ianello, un mecánico profesional de electroautos de 63 años, residenciado en Catia. Jakelin Santana, su mujer, una chef de 54 años, está cansada de la confrontación. «He ido a la iglesia para pedirle a Dios que nos regale progreso y unión. No podemos seguir siendo enemigos de nosotros mismos». Dice que su hijo Víctor Santana, de 32 años, asesinado hace cuatro años, murió a manos de un «hijo de Chávez», pues se trataba de un menor de edad que ha vivido la mayor parte de su vida en la revolución bolivariana. Aunque nada reparará esa pérdida, la perspectiva de un triunfo opositor parece animarlos como una promesa de un futuro mejor.

Aunque lo expresen con disimulo por temor a ser observados y sufrir represalias o por pudor y verdadera lealtad, entre el chavismo militante se percibe algo semejante.

Suhey Rondón, empleada del Instituto Postal Telegráfico, no deja ver quiebres en su identidad política. «Hay que apoyar a la revolución. Así de sencillo», dijo luego de asegurar que el domingo le dará su voto a Freddy Bernal en Catia. Sin embargo, cuando le pregunté sobre cuál sería el resultado de las elecciones, se mostró menos determinante. «La mayoría decidirá», dijo. Su compañero de trabajo Jonathan Galindo lo puso en términos aún más abstractos: «Ganará la democracia». Luego ambos se miraron y acordaron que sobre todo debía triunfar la paz.

Según el emperador Marco Aurelio, perder no es otra cosa que cambiar. Es muy probable que el 6-D se demuestre que el chavismo ya no tiene una mayoría de votos en país

—y casi sin duda tampoco una mayoría parlamentaria—. El candidato a diputado por el circuito 4 de Caracas, José Guerra, cree que el 2016 tendrá una tónica política muy diferente. «No hay capacidad productiva no utilizada, el precio del petróleo ha seguido en caída y hay muy pocas reservas internacionales. Eso hará todo más cuesta arriba. Si la oposición no ganara la mayoría parlamentaria, lo que no aparece en ningún escenario, ganará de todas maneras la mayoría del voto popular. El país cambiará porque se hará evidente que el chavismo ya no es mayoría y ese será un problema mayor para el Gobierno que para la oposición», me dijo Guerra durante el acto de cierre de su campaña.

Para sobrevivir, el chavismo deberá obedecer a la ley del cambio y la transformación. El descontento no es solo un denominador común entre chavismo y oposición, sino un poderoso vaso comunicante para trasvasar los votos de un campo hacia el otro. Aquellos que se dicen chavistas, pero no «maduristas», han encontrado una vacuna perfecta para castigar al Gobierno sin sentir que han traicionado a su líder. Después de todo, como ya se ha dicho, Maduro no es Chávez.

¿Qué hará el presidente Maduro si la mayoría de los votantes dicen que el modelo revolucionario es errado y que tenemos que probar otro rumbo? ¿Acatará su voluntad, como le toca a un buen gobernante, o se lanzará a la calle, como ha amenazado, con sus huestes paramilitares para seguir sembrando el terror? Ese será uno de los interrogantes principales que arrojará el 6-D. Sin embargo, la población, más allá de las banderas políticas, ya ha expresado que está cansada de violencia y que quiere que triunfe la paz.

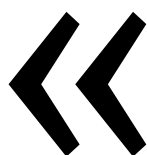
PRODAVINCI, 4 de diciembre 2015

»2015«

Fernando Mires

En Venezuela ha vencido la unidad

En este análisis, Fernando Mires afirma que «la Unidad no debe su triunfo a nadie más sino a sus electores. La MUD corresponde con la naturaleza política de Venezuela: pluralista, variopinta, multicultural y social. Todo lo contrario al chavismo»



ABAJO, A LA IZQUIERDA, EL DE LA MANITO» comenzó siendo una instrucción electoral y se fue convirtiendo en un eslogan de la oposición. Frase surgida para contrarrestar un fraude preelectoral avalado por el CNE al introducir en el tarjetón una sigla con candidatos maduristas, casi copia de la de la MUD y puesta a su lado con el objetivo de confundir al elector.

El de «abajo, a la izquierda, el de la manito» ganó inapelablemente unas elecciones a las que el Gobierno, sin que nadie lo hubiera pedido, otorgó un carácter plebiscitario. Las elecciones fueron efectivamente un plebiscito informal. Por lo tanto sus resultados solo pueden ser interpretados como un NO rotundo al régimen. Maduro lo quiso así.

Unos dirán con cierta razón que el 6-D fue una rebelión popular institucionalmente organizada. Otros, con la cabeza más caliente, gritarán revolución, revolución. El Gobierno, o lo que de él quedará, argüirá que ha perdido una batalla pero no la guerra. Lo que nadie podrá negar es que el 6-D marcará un hito decisivo en el largo proceso que lleva a la derrota final del chavismo.

El de «abajo, a la izquierda, el de la manito» es el símbolo de la unidad representada por la MUD. En Venezuela ha vencido la Unidad. Esa debería ser la premisa de todo análisis. Cualquier intento por desconocer el papel histórico que corresponde a la MUD deberá ser rechazado de inmediato.

No faltarán quienes intentando minimizar el rol de la Unidad sostendrán la tesis de que el vencedor en Venezuela no fue la MUD sino el «voto castigo». Pero el tan mentado «voto castigo» no puede ser aplicado a las elecciones que tuvieron lugar el 6-D.

Todo voto comporta un castigo y un premio. Se castiga a quien no se vota y se premia

a quien se vota. El «voto castigo» es el voto en blanco o el voto nulo, o simplemente el no-voto: la abstención. Nada de eso se dio en Venezuela el 6-D. La mayoría indiscutida y aplastante la obtuvo la MUD. Fue un reconocimiento popular a la unidad políticamente organizada.

Tampoco faltarán quienes sostendrán que el triunfo obtenido no es de la MUD sino de las movilizaciones populares que confluyeron electoralmente a votar por la MUD. Es decir, la MUD habría vencido porque simplemente «estaba ahí».

Vamos a suponer que esa tesis es correcta. Si la gente votó por la MUD a falta de otra alternativa hay que convenir entonces en que fue obra de la MUD el haber catalizado a toda la unidad política sin dar lugar a otra alternativa. «Estar ahí» fue su mérito. Hay otros gobiernos autocráticos, menos represivos que el venezolano, que han logrado mantenerse en el tiempo porque en sus países no ha surgido nada parecido a la MUD.

Más todavía: la Unidad no debe su triunfo a nadie más sino a sus electores. A diferencia de Argentina, donde el triunfo de Macri fue posible como consecuencia de una fractura al interior del peronismo, es decir, gracias al apareamiento del peronismo disidente de Massa, el PSUV se presentó a las elecciones del 6-D sin divisiones internas.

La MUD, a diferencia del Cambiemos de Macri, no ganó las elecciones con votos prestados. Esa es la razón por la cual se puede afirmar que la Unidad, a pesar de sus errores, a pesar de sus líneas divisorias, a pesar de deficiencias, y otras taras más, es una de las fuerzas de oposición más grandes que existe en América Latina.

La MUD es antes que nada una coalición electoral. Por lo mismo encierra diferencias. Más allá de un amplio predominio democrático y social, conviven en su interior posiciones de la izquierda clásica, centristas, liberales, hasta llegar a una delgada capa de derecha contagiada con la lógica polarizada del chavismo. Existen, además, diferencias entre las toldas que siguen sus respectivas clientelas. Por si fuera poco, la MUD está atravesada por fuertes liderazgos que atraviesan partidos y programas: el de Leopoldo López, predominantemente juvenil y urbano; el democrático-popular que encabeza Henrique Capriles. A ellos se sumarán probablemente los ímpetus regionalistas del zuliano Manuel Rosales.

En síntesis, la MUD corresponde con la naturaleza política de Venezuela: pluralista, variopinta, multicultural y social. Todo lo contrario al chavismo, organizado de acuerdo a una estructura militar donde no se discute, donde apenas se piensa, donde se obedece y se acata. La Venezuela uniformada fue la utopía del presidente muerto y de sus sucesores. Esa utopía ha sido enterrada por la pluralidad de la MUD.

La MUD surgió como resultado de un largo proceso. Nacida de grandes derrotas, de «carmonazos», de fracasados paros petroleros, en un ambiente pesimista signado por confusiones, realizó sus primeras gestas electorales el año 2006 alrededor de la figura de Manuel Rosales, siguiendo la inspiración política de Teodoro Petkoff. El 2007 logró su primer éxito electoral al oponerse a la nueva constitución propiciada por Chávez. Ese triunfo demostró que «sí se puede; sí se puede»

En cierto sentido la candidatura de Rosales, pese a su derrota, legó al país un organismo electoral competitivo que, aunque con continuos reveses, supo mantener una línea ascendente.

En gran medida, el triunfo que estuvo a punto de alcanzar Capriles en su inolvidable gesta electoral del 2013 fue la continuación del «nuevo comienzo» del 2006, pero a la vez su confirmación.

El hecho de que Capriles no hubiera llamado a la inmolación colectiva para defender su victoria (aún no comprobada) debe ser evaluado desde una perspectiva histórica. Si Capriles hubiera actuado siguiendo los impulsos de los más radicales, con toda probabilidad este 6-D que con tanta alegría celebran hoy los venezolanos nunca habría existido. Los liderazgos se ponen a prueba solo cuando los líderes están dispuestos a sacrificar su propia popularidad en aras del camino que consideran correcto.

Imposible no recordar a los artífices de la MUD. Ya mencionamos a Teodoro. Injusto sería no nombrar a Ramón Guillermo Aveledo, verdadero ingeniero de la MUD. El hombre que supo sobreponerse a los arteros ataques (no solo del oficialismo). El político que entendió la máxima de Max Weber: «Hacer política significa trabajar sobre duras maderas». Su ejemplo ha sido seguido por Borges, Ramos Allup, el joven Guevara y tantos otros que entienden la política como una profesión donde lo que importa es el día a día y cuyo ejercicio suele ser a veces gris e ingrato.

No por último hay que mencionar a Jesús «Chúo» Torrealba, el líder unitario, el que supo mediar entre posiciones antagónicas, el que nunca renunció al diálogo y al compromiso, pero también el que imprimió a la Unidad ese sesgo populista-democrático sin el cual no es posible ganar ninguna elección.

No es el momento para enrostrar faltas a nadie. Quien se mete en política debe estar preparado para equivocarse. Por ejemplo, para muchos, las acciones que llevaron a La Salida del 2014 eran inconducentes. Aun quienes estaban de acuerdo con el propósito de López para imprimir una mayor dinámica a una oposición resignada después de la derrota en las municipales, lo criticaron por el hecho de haber actuado de modo unilateral, desconociendo la perspectiva que ofrecían las elecciones parlamentarias. Lo mismo ocurrió con su extemporáneo llamado a una constituyente y, por cierto, por haberse sumado a una «transición» que no mencionaba a las elecciones que se avecinaban. No obstante, la calidad de un político no se mide por la cantidad de errores que comete, sino por su capacidad para corregirlos. La huelga de hambre que llevó a cabo López desde su prisión, destinada a apurar una fecha electoral que el Gobierno no quería entregar, lo integró de pleno a la lucha unitaria. Así es la política; los errores se corrigen no con golpes en el pecho sino actuando sobre la marcha.

Del mismo modo hay que señalar que el diálogo llevado a cabo por parte de la oposición con Maduro, siguiendo las indicaciones del Papa, si no fue errado (una política sin diálogo no es política) debió haber estado condicionado a la liberación de los presos polí-

ticos. El mismo Maduro, sin embargo, resolvió el problema. Presionado tal vez por corrientes internas encabezadas por Diosdado Cabello, no dio lugar a la continuación del diálogo. Eso no significa que en algún momento no deberá hacerlo. Si hasta las FARC se rindieron a través de un diálogo, nada indica que en Venezuela hay que excluirlo para siempre. Solo las bestias no dialogan.

Hay hechos que con el pasar del tiempo tienden a olvidarse. Tarea historiográfica será recordarlos. Uno de esos fue el de las elecciones que tuvieron lugar en San Diego y San Cristóbal en el 2014. En esos comicios, dos mujeres, representantes de sus maridos en prisión, Rosa Brandomicio de Scarano y Patricia Gutiérrez de Ceballos, lograron sendos triunfos (87% y 69%). Ellas demostraron que la movilización popular y las elecciones democráticas no son situaciones contrapuestas. Todo lo contrario: una movilización popular sin perspectiva electoral está destinada a estrellarse en contra de la represión. Elecciones sin movilización popular van al fracaso. Hubo algunos que en ese momento pensamos que todo un país podría llegar a convertirse en un gigantesco San Diego y San Cristóbal; y así lo escribimos. Y así sucedió.

Un especial reconocimiento requiere el rol jugado por tres mujeres: Lilian Tintori de López, otra vez Patricia Gutiérrez de Ceballos y Mitzy Capriles de Ledezma. Recorriendo el mundo lograron que diversos gobiernos fijaran su atención en Venezuela. En gran parte la solidaridad que provino de Europa, principalmente de España, hay que debérselo al activismo incansable que ellas demostraron. Con ellas en las portadas de los principales diarios del mundo terminó el aislamiento internacional de los demócratas venezolanos.

El triunfo del 6-D tiene un gran significado político. Solo por acceder como mayoría al Parlamento, la Unidad ha cambiado la composición orgánica del Estado. Desde ese momento, Maduro comparte su poder instrumental, basado en el dinero y en las armas, con el poder del pueblo expresado en la Asamblea Nacional. Por esa misma razón la AN deberá convertirse en el centro de gravitación política de la nación. Desde el Parlamento puede llegar a ser construida una nueva hegemonía nacional. ¿Logrará la Unidad ponerse a la altura de tareas tan inmensas? No conocemos la respuesta.

De ahora en adelante la unidad no será solo electoral. Ya llegará el tiempo en que los distintos partidos de la MUD harán uso de su legítimo derecho a dividirse. Por el momento será muy importante actuar lo más unitariamente posible. Eso no significa por cierto eludir las discusiones. Pero después que estas hayan tenido lugar, será imperioso que todos sus partidos sigan los caminos tomados por la dirigencia colegiada. No hay otra alternativa. La democracia no se puede permitir más el lujo de tolerar actividades por cuenta propia y liderazgos destemplados. Probablemente Chuo tendrá que hacer un rayado en la cancha. El tema es existencial: se está o no se está.

En todo caso, no hay mejor vía para forjar la unidad que emprender tareas comunes. En ese sentido, más allá de cuál va a ser la alternativa que deberá ser tomada frente a Maduro y Cabello, tres de esas tareas son impostergables.

La primera es la liberación inmediata de todos los presos políticos. En democracia no debe haber presos políticos, fue el dictamen del ex presidente costarricense Oscar Arias. Efectivamente, nadie puede ser enviado a prisión por el delito de disenter y actuar en disidencia.

La segunda deberá ser la liberación de la Justicia con respecto al Ejecutivo. El proceder de los tribunales judiciales en Venezuela ya es un escándalo internacional. No hay crimen más grande en contra de la ciudadanía de un país que negar a una parte de la población el elemental derecho a ser defendida y juzgada por tribunales competentes.

La tercera es la re-profesionalización de las Fuerzas Armadas. Por un lado las FAN deberán ser devueltas al lugar al que pertenecen: el de la defensa de la soberanía nacional. Por otro, será necesario entregar a ellas el monopolio sobre las armas como ocurre en todos los países civilizados. Esa función no puede ser más compartida con organismos paralelos como las «milicias revolucionarias» o los grupos de choque paramilitares creados por la fantasía infantil de Chávez. Tarea profesional de las FAN será desarmarlos y disolverlos. De la misma manera, los servicios de seguridad nacional, en muchos casos ocupados por cubanos, tendrán que ser reestructurados. Y los cubanos enviados a sus casas. Sus familias los esperan con ansiedad.

¿Y las tareas económicas? Son las más importantes y a la vez las más difíciles. Después del desastre creado por Maduro y su guerra económica (en el hecho, una guerra declarada a la economía) no habrá soluciones a corto plazo. Un nuevo «modelo» no se adquiere como en una zapatería. El país está definitivamente desmantelado. No obstante, a diferencia de lo que piensan marxistas y neoliberales, la política no está siempre determinada por la economía. En determinadas situaciones sucede exactamente al revés.

La creación de un ambiente político estable puede hacer posible que muchos inversionistas internos y externos intenten invertir en Venezuela. En ese sentido los inversionistas no se diferencian de otros miembros del género humano. Para realizar nuestros trabajos con cierta eficiencia, requerimos de un mínimo de orden institucional y reglas transparentes. Sin esas condiciones nada funciona en esta vida.

El tiempo de la locura irá quedando atrás. Los jóvenes venezolanos de mañana solo lo recordarán como una pesadilla que les contaron sus padres y abuelos.



**Este libro se terminó de imprimir
en el mes de junio de 2016 en los talleres
de Gráficas Acea**

«No se trata de pergeñar una helada teoría que dé cuenta del cruce entre literatura y periodismo. La cosa es mucho más simple, basta con releer las crónicas de escritores como José Martí o Rubén Darío, para verificar como el talento narrativo es un atributo que puede dar a la información su más luminosa visibilidad»

Tomás Eloy Martínez, «La llama sagrada»

